ANT
XIX
97

MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.

MEMORIAS
DE
MEXICO.

13 cms.
R.43.547
BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

D. Joaquin de Sierra.

TOMO VII.

SEVILLA.

Imprenta de don José M. Atienza,
calle de las Sierpes núm. 5
1847.

MEMORIAS DEL TIEMPO.

COMEDIA HISTÓRICA EN CUATRO ACTOS

Por

D. Domingo de Sierra.

TOMO UNICO.

IMPRENTA.

Imprenta de don José M. Alegría,
calle de las Sierpes núm. 5
1843.

JOSÉ BÁLSAMO.

—

CAPÍTULO X.

El Apólogo.

El mariscal de Richelieu y la condesa Dubarry, hacian colacion en el elegante gabinete de Luciennes, donde ya hemos visto al conde Juan Dubarry sorberse con gran descontento de su hermana una enorme cantidad de chocolate. La favorita se recostaba blandamente en un sofá cubierto de seda y recamado de flores de oro, al

paso que se estrema en estirar las orejas á Zamora, y mientras el viejo y astuto cortesano, lanzaba ayes repetidos de admiracion á cada nueva actitud de aquella belleza encantadora.

—Oh! condesa! esclamaba con mil ridículos jestos: vais á despeinaros, y he ahí un broche que se os acaba de soltar. Ah! ya se os ha caido una chinela.

—Bah! no hagais caso de esas bagatelas, duque, contestó la condesa arrancando distraidamente á Zamora un mechoncito de sus crespos cabellos y dejándose caer en el sofá mas voluptuosa y seductora que Venus en su concha marina.

El negrillo poco sensible á las coqueterias de su señora, bramó de cólera; pero ella le tranquilizó cojiendo de la mesa un puñado de confites é introduciéndoselos en los bolsillos.

Sin embargo, Zamora no se dió tan fácilmente á partido, pues hizo una horrible mueca, volvió sus bolsillos y los vació arrojando los confites por el suelo.

—Ah, bribonzuelo! le dijo la condesa estendiendo una pierna admirablemente

formada, cuya estremidad fué á ponerse en contacto con los fantásticos calzones del negrillo.

—Oh! piedad, piedad, esclamó el mariscal, vais sin duda á matarlo.

—Ojalá pudiera destrozar hoy todo cuanto me desagrada! murmuró la condesa: estoy implacable.

—Y qué! observó el duque, os disgusto yo por desgracia?

—Oh! muy al contrario; sois un antiguo amigo y os adoro; pero en verdad que, segun veis vos mismo, estoy medio loca.

—Sin duda los mismos á quienes volveis locos con vuestras gracias, os habrán comunicado esa enfermedad.

—Cuidado, cuidado, porque me atormentais horriblemente con esa galanteria que no sale de vuestro corazon.

—Condesa, ya empiezo á creer, no precisamente que estais loca, sino que sois ingrata.

—No, no, ni loca ni ingrata; sino que estoy....

—Sepámoslo.

—Rabiando, señor duque.

—De verás?

—Y lo estrañais!

—No por cierto, querida condesa, pues no ignoro que teneis graves motivos.

—Eso es lo que me impacienta contra vos, mariscal.

—Conque tambien hay algo en mí que os disgusta?

—Sí.

—Y qué es? Vamos, tened la bondad de decirlo; pues aunque soy demasiado viejo para correjirme, soy capaz de hacer los mayores esfuerzos por agradaros.

—Lo que me disgusta, mariscal, es, que no sabeis una palabra del asunto que me ocupa.

—Oh! sí.

—Conque no ignorais lo que me tiene desesperada?

—Como he de ignorarlo? Zamora ha roto la fuente chinesca...

Una sonrisa imperceptible vagó durante un instante por los lábios de la joven; pero Zamora que se reconocia efectivamente culpable, bajó con humildad la cabeza, pareciéndole que las nubes del cielo

iban á descargar sobre él una horrorosa tormenta de mojicones y papirotazos.

—Si, dijo la condesa suspirando; sí, duque, teneis razon; eso es, y no hay duda de que mereceis la calificacion de hombre fino en política.

—Siempre he oido decir eso mismo, señora, replicó Richelieu con la mas hipócrita modestia.

—Pues yo no he tenido necesidad de oirlo para conocerlo, y por vuestra parte habeis adivinado la causa de mi profundo disgusto sin rodeos ni dificultades. Es cosa asombrosa!

—No hay duda, condesa, pero no lo he dicho todo.

—Ola! conque tenemos todavia mas?

—Sí, he adivinado otra cosa.

—De veras?

—Como lo estais oyendo.

—Y cuál és?

—Que anoche esperábais á Su Majestad.

—En dónde?

—Aquí.

—Y qué mas?

—Que Su Majestad no vino.

Un vivo carmin apareció en las mejillas de la favorita que se incorporó apoyándose en el codo y prorumpiendo en una leve esclamacion.

—Y.. ya lo sabeis, continuó el duque; hace poco que he llegado de Paris.

—Qué prueba eso?

—Qué podia ignorar lo que ha pasado en Versalles; y que sin embargo...

—Duque, mi querido duque, hoy sois el hombre de las reticencias... Qué diablos! Cuando se comienza á decir una cosa se concluye.

—Os despachais á vuestro gusto, condesa, pero yo necesito que me dejeis respirar. En qué habiamos quedado?

—En aquel... y *sin embargo*.

—Es cierto: pues bien, y *sin embargo*, no solo sé que Su Majestad no ha venido aquí sino que adivino la causa.

—Duque; siempre os he tenido por brujo, y solo me faltaba una prueba.

—Sí? Pues voy á dárosla.

La condesa que daba aquella conversacion mas importancia de lo que que-

ria manifestar, abandonó la cabeza de Zamora, cuyos ásperos rizos manoseaba con sus blancos y delicados dedos.

—La prueba! la prueba, duque, esclamó.

—En presencia del señor gobernador? observó el mariscal.

—Vete, Zamora, dijo Mme. Dubarry al negrillo.

Este, loco de contento, dió un brinco, y se plantó en la antesala.

—Está muy bien, murmuró Richeliu; pero es preciso que lo sepais todo, condesa.

—Conque os estorbaba ese mico de Zamora?

—Siempre me estorba alguno para decir la verdad.

—Alguno.... ya se comprende; pero es Zamora alguno por ventura?

—Zamora no es ciego, ni mudo, ni sordo; luego es alguno; porque yo doy este nombre al que es igual á mí en ojos, lengua y oidos; es decir, al que puede ver lo que hago, y oir y contar lo que digo: en una palabra, al que puede, si se le an-

toja, hacerme traicion. Una vez sentada esta teoria, voy á proseguir.

—Si, si, duque; me dareis en ello mucho gusto.

—No lo creo, condesa, mas no importa; debo hablar claro. Sabed pues, que el rey estuvo ayer en Trianon.

—En el grande ó en el pequeño?

—En el pequeño, y se paseó del brazo con su nuera.

—Ah!

—Y la señora delfina, que, como no ignorais, es muy hermosa, y que segun creo, conoce perfectamente sus intereses...

—Dios mio!...

—Se mostraba con él tan amable y zalamera, llamándole abuelito por aquí y abuelito por allá, que S. M., cuyo corazon es de oro, no pudo resistir por mas tiempo; de modo que al paseo siguió la cena, y por último los juegos inocentes de costumbre. En fin...

—En fin, repitió la favorita pálida é impaciente; el hecho es que el rey no ha venido á Luciennes. No es esto lo que quereis decir?

—Eso mismo.

—El negocio es sencillisimo: S. M. tenia allí todo cuanto ama.

—Oh! Nada de eso, y estoy seguro de que vos misma no creeis lo que acabais de decir: allí tiene cuando mas todo lo que le agrada.

—Peor todavía, duque, y es preciso estar alerta; brincar, conversar, perder el tiempo jugando, he aquí todo cuanto el rey necesita. Y con quién jugaba?

—Con Mr. de Choiseul.

La condesa hizo un movimiente que reveló toda su irritacion.

—Quereis que no volvamos á hacer mencion de estas cosas? gritó el mariscal.

—Al contrario, duque, quiero que nos ocupemos seriamente de ellas.

—Ya veo que sois tan animosa como intelijente: sujetemos pues al toro por las astas, como dicen los españoles.

—He ahí un dicho que Mr. de Choiseul es incapaz de perdonaros.

—Y sin embargo no se le puede aplicar. Decia pues, condesa, que Mr. de Choiseul, ya que es preciso nombrarle,

manejaba la baraja con tanta facilidad y destreza....

—Que ganó.

—No por cierto; perdió, y Su Majestad ganó mil luises á los ciento, juego en que tiene mucho amor propio, por lo mismo que lo juega muy mal.

—Oh! Choiseul, Choiseul! esclamó la favorita. Y Mme. de Grammont? Supongo que tambien estaria...

—Puede decirse que estaba en efecto, pero como de paso.

—La duquesa?

—Sí, y opino que comete una necedad.

—Cómo?

—Al ver que no la persiguen, huye; al ver que no la destierran se destierra por sí misma.

—A dónde?

—A provincia.

—Irá tal vez á intrigar.

—Y qué diablos quereis que haga? Hallándose, pues, como digo, de viaje, ha querido naturalmente saludar á la delfina, que segun parece la quiere mucho, y este

es el motivo de haberse presentado en Trianon.

—El grande?

—Por supuesto, porque aun no se ha amueblado el pequeño.

—Pues al rodearse de todos los Choiseul, la delfina manifiesta claramente el partido que pretende abrazar.

—No, condesa; no exajeremos las cosas, porque al fin mañana marchará la duquesa.

—Y el rey se ha divertido donde yo no estaba! esclamó la favorita con una indignacion que no aparecia exenta de cierto terror.

—Dios mio! Es hasta un punto increible, pero por desgracia muy cierto. Vamos, condesa; qué consecuencia sacais de todo?

—Que estais bien informado, duque.

—Hay ademas alguna otra cosa?

—Sí.

—Pues acabad.

—Saco tambien la consecuencia de que bien sea de grado ó por fuerza, es indispensable librar al rey de las garras de esos

Choiseul, pues de lo contrario somos perdidos.

—Pobre de mí!

—Perdonad si he hablado en plural, pues ya habreis podido facilmente comprender que ha sido con aplicacion á mi familia.

—Y á vuestros amigos, condesa; por consiguiente me toca alguna parte como poseedor de ese titulo; de suerte que....

—De suerte que... Sois, amigo mio, duque?

—Creia habéroslo manifestado ya, condesa.

—Pero eso no basta.

—Tambien creia habéroslo probado.

—Eso ya vale mas. Y me ayudareis?

—Con todo mi poder, condesa, pero...

—Pero que?...

—No debo ocultaros que la tarea es difícil.

—Luego los Choiseul han echado raices que es imposible arrancar?...

—Al menos, están muy plantados.

—Lo creeis así?

—Sin la menor duda.

—De modo que á pesar de cuanto dice La-Fontaine, contra esa encina son inútiles los esfuerzos del viento y de las tempestades...

—Ese ministro es un hombre grande.

—Perfectamente; ya estais hablando como los enciclopedistas.

—No pertenezco á la academia?

—Perteneceis tan poco, duque!

—En efecto, veo que teneis razon, pues mi secretario es quien pertenece á ella, y no yo. Sin embargo, persisto en mi opinion a pesar de todo.

—Y creeis que Mr. de Choiseul sea un jenio?

—Sí.

—Pero en qué lo revela? Vamos... hablad.

—En que ha hecho tal embrollo con los parlamentos y con los ingleses, que el rey nada puede resolver sin su auxilio.

—Con los parlamentos! Pues no los escita contra las prerogativas reales?

—Sin duda, he ahí su grande habilidad.

—Y al mismo tiempo desea guerra con los ingleses.

—Es claro: la paz le perderia.

—Eso no es tener jénio, duque.

—Pues qué?

—Ser altamente traidor.

—Y cuando la alta traicion prevalece, condesa, se convierte en jénio y en jénio de primera clase.

—Ya, pero en ese caso conozco á alguno que es tan hábil como Mr. de Choiseul.

—Bah!

—Al menos sobre el negocio relativo á los parlamentos.

—Ese es el principal de todos.

—Y lo digo porque el hombre á quien aludo tiene la culpa de la resistencia de los parlamentos.

—Me volveis loco, condesa.

—No le conoceis?

—No por cierto.

—Pues es de vuestra familia.

—De veras? En mi familia un jénio? Aludis por ventura á mi tio el cardenal?

—No, sino á vuestro sobrino el duque d'Aiguillon.

—Ah! Con efecto: él ha dado un verdadero impulso al asunto de la Chalotais.

Por Dios vivo que es un escelente muchacho, y ha sabido enredar perfectísimamente el asunto. Vamos, os aseguro, condesa, que es hombre digno de que se entienda con él una mujer de talento.

—Y querreis creer, duque, que no conozco á vuestro sobrino?

—Hablais con formalidad, condesa?

—Nunca le he visto.

—Pobre jóven! Lo cierto es que desde vuestro advenimiento ha vivido siempre en el fondo de la Bretaña. Cuidado con él, señora, porque no está acostumbrado á mirar al sol.

—Y cómo se conduce entre tantas togas? Porque al fin es hombre de talento y noble por su cuna.

—No pudiendo hacer otra cosa mejor, las indispone, porque cada cual se aprovecha de los placeres que le vienen á mano, y como sabeis, no andan muy abundantes en Bretaña. Y qué activo y desenvuelto es! Qué bien serviria al rey si estuviese á su lado! Oh! yo os aseguro que en tal caso, no serian tan insolentes los parlamentos. Es un verdadero Richelieu, condesa, y por

lo mismo me permitireis....

—Qué?

—Que os lo presente cuando llegue.

—Debe venir á Paris?

—Quién es capaz de saberlo, condesa? Puede suceder que permanezca en su Bretaña por espacio de un lustro, como dice ese bribon de Voltaire, ó que venga ya de camino; puede estar á doscientas leguas de aquí ó en la barrera de Paris.

Hablando así el mariscal examinó en el rostro de Mme. Dubarry el efecto de sus últimas palabras. La condesa le dijo despues de un instante de silencio:

—Volvamos al asunto que nos ocupaba.

—Como gusteis, condesa.

—En qué quedamos?

—En que Su Majestad se divierte mucho en Trianon acompañado de Mr. de Choiseul.

—Y en que es preciso derribar á este.

—Es decir, que os habeis empeñado en derribarle, condesa.

—Cómo! Conque ese deseo me obliga á arriesgar mi propia existencia, pues mo-

riré si no lo satisfago, y no sois capaz de ayudarme un poco, mi querido duque?

—Oh! oh! observó este arrellanándose: he ahí lo que en política llamamos una declaracion.

—Opinad lo que gusteis, llamad á eso lo que querais, pero contestad categóricamente.

—Oh! Quién habia de esperar que tan lindos y frescos lábios pronunciasen un adverbio tan feo?

—Y á eso llamais responder, duque?

—En rigor, no, pues solo se reduce á preparar mi respuesta.

—Está ya preparada?

—Esperad un momento.

—Dudais?

—Nó.

—Pues ya os escucho.

—Y qué me decís de los apólogos, condesa?

—Que son muy antiguos.

—Bah! mas antiguo es el Sol, y sin embargo no hemos encontrado todavia otra cosa que ilumine mas.

—Oigamos pues el apólogo; pero su-

pongo que será trasparente....

—Como el cristal.

—Vamos pronto.

—Me escuchais ya, bella condesa?

—Ya hace rato que os espero.

—Supongamos pues.... ya sabeis que en los apólogos siempre se supone.

—Dios mio, qué pesadez, duque!

—No creeis en ella vos misma, condesa, pues jamas habeis prestado mayor atencion á las palabras de otro.

—Callaré ya que me he equivocado.

—Supongamos pues que os estais paseando por vuestro hermoso jardin de Luciennes, y que alcanzais á ver una magnífica ciruela, una de esas preciosas *reinas-claudias* que tanto os gustan, porque sus colores rosados y purpurinos se asemejan á los vuestros...

—Siempre adulador.

—Distinguís, repito, una de esas ricas ciruelas en la punta de una rama, de la rama mas alta del árbol. Qué haceis entonces, condesa?

—Sacudo el árbol; eso es muy sencillo.

—Sí, pero inútilmente, porque el tal árbol es muy grueso, y ha echado hondas raices que no pueden arrancarse, como no ha mucho deciais: ademas notais tambien que sin conseguir que se mueva os lastimais esas hermosas manitas contra su corteza. En tal caso decis inclinando con ese seductor abandono que esclusivamente os pertenece y que tambien es propio de las flores:

—Dios mio! Dios mio! Cuanto daria por ver en el suelo esa ciruela! Y sin embargo nada adelantais.

—Es muy natural, duque.

—No os diré yo lo contrario..

—Continuad, continuad: vuestro apólogo me interesa infinito.

—Supongamos tambien que al volveros de pronto, como lo haceis ahora, divisais á vuestro amigo el duque de Richelieu que se pasea pensativo

—Y en qué piensa?

—Buena pregunta á fé mia! En vos... Y le decís con ese acento tan halagüeño que tanto hechiza.

—Eh! Duque! Duque!

—Muy bien.

—Vos que sois hombre... vos que sois fuerte... vos que habeis conquistado á Mahon: vamos, sacudid un poco ese rebelde ciruelo para que yo pueda conseguir esa ciruela condenada. Me parece que podemos suponer todo esto?

—Si por cierto, duque; como que lo estaba yo repitiendo en voz baja mientras me lo estábais diciendo: pero qué me contestábais?

—Contestaba...

—Sepámoslo.

—Contestaba... Reflexionad un poco, condesa, pues aunque yo tambien lo deseo no veis qué sólido es este árbol y cuán fuerte son sus ramas? Yo tambien procuro no lastimar mis manos, aun cuando tienen cincuenta años mas que las vuestras.

—Ah! esclamó con viveza la favorita; bien, bien, ya comprendo.

—Pues continuad el apólogo. Qué me decis?

—Os digo....

—Por supuesto con vuestro acento halagüeño....

—Como querais.

—Hablad, hablad.

—Os digo así: mi querido mariscal, no mireis con indiferencia esa ciruela ya que obrais así, porque no es para vos. Deseadla conmigo, amigo mio, apetecedla de veras como yo, y si sacudís el árbol como conviene, si la ciruela cae....

—Qué sucederá?

—La comeremos entre los dos.

—Bravo! esclamó el duque batiendo las palmas.

—Os parece bien?

—En verdad, condesa, que sois inimitable para dar fin á un apólogo. Por vida de mi abuelo! como decía mi difunto padre, que habeis dado con el hito.

—Quereis pues sacudir el árbol?

—A dos manos y con todo mi corazon, condesa.

—Y era en efecto una ciruela claudia la de la rama?

—No lo juraré.

—Pues qué es?

—Paréceme que en el árbol solo habia una cartera.

—Corriente; la cartera para los dos.

—Oh! no; para mí solo. Y no me la envidieis, condesa, porque caerán del árbol tantas cosas buenas, que tendreis no poco trabajo en escojer.

—De modo, mariscal, que es negocio concluido.

—Obtendré el empleo de Mr. de Choiseul?

—Si el rey lo dispone.

—No dispone el rey todo cuanto vos quereis?

—Bien veis que no, pues se empeña en conservar á su Choiseul.

—Oh! Creo que el rey se acordará al fin de su antiguo compañero.

—De armas?

—Sí, de armas; no están en la guerra los mayores peligros, condesa.

—Y nada me pedis para el duque d'Aiguillon?

—No, no; ya sabrá solicitar por sí mismo el bribonzuelo.

—Y ademas, vos podreis servirle de padrino. Ahora me toca á mí.

—A vos? qué os toca?

—Pedir.

—Es muy justo.

—Y qué me dareis?

—Lo que os acomode.

—Es que yo lo quiero todo.

—Sois muy razonable.

—Y lo obtendré?

—Vaya una pregunta! Supongo que quedareis satistecha; y que nada mas me pedireis.

—Nada mas que eso y alguna otra cosa.

—Decidla.

—Conoceis á Mr. de Taverney?

—Hace cuarenta años que somos amigos.

—Tiene un hijo.

—Y una hija.

—Precisamente.

—Y qué mas?

—Ya lo he dicho todo.

—Pues cómo!

—Lo que aun me resta que pediros, no lo sabreis hasta que se presente una ocasion oportuna.

—Muy bien.

—Se me figura, duque, que nos hemos

entendido.

—Sí, condesa.

—Que hemos firmado un pacto.

—Algo mejor; lo hemos jurado.

—Pues derribad el árbol.

—Tengo medios.

—Cuáles?

—Mi sobrino.

—Y luego?

—Los jesuitas.

—Ah! ah!

—Es un plan sumamente divertido que he formado para todo evento.

—Lo puedo conocer?

—Ah! condesa!

—Bien, bien; teneis razon.

—Ya sabeis que el secreto...

—Es la mitad del logro: me parece que he adivinado vuestra idea.

—Vamos, condesa, sois una mujer adorable.

—Pero tambien quiero yo sacudir el árbol.

—Muy bien; sacudid, sacudid, condesa, pues el éxito no puede dañar en este caso.

—Tambien tengo un medio.

—Y lo creeis bueno?

—Inmejorable.

—Cuál es?

—Ya lo vereis, duque, ó por mejor decir....

—Qué?

—No, no; no lo vereis.

Y pronunciando estas palabras con toda la gracia y atractivo de su boca encantadora, la jóven condesa, como si volviese en sí de una larga distraccion, bajó con rapidez el vestido que durante el pasado acceso diplomático, habia operado un movimienfo de flujo semejante al del Océano.

El duque que era algo marino y que por consiguiente se habia familiarizado con los caprichos del mar, se rió á carcajadas, besó las manos de la condesa, y adivinó (porque para esto era escelente) que la audiencia se habia concluido.

—Cuando comenzareis á derribar, duque? preguntó la favorita.

—Mañana. Y vos, cuándo empezareis á sacudir?

En este instante llegó hasta los interlo-

cutores gran estrépito de coches en el patio, y oyéronse voces que gritaban:

—Viva el rey!

—Yo, dijo la condesa observando por la ventana, voy á empezar ahora mismo.

—Bravo!

—Bajad por la escalerilla secreta, duque, y esperad en el pátio. Antes de una hora os daré la respuesta.

CAPÍTULO XI.

El plato de segunda mesa de Su Majestad Luis XV.

No era Luis XV tan benigno que se pudiese todos los dias tratar con él de asuntos políticos, porque en efecto le aburrian en estremo, y en sus ratos de mal humor salia del paso con este argumento, al cual nada habia que replicar:

—Bah! La máquina durará tanto como yo.

Cuando las circunstancias eran favorables, se esplotaban; pero muy rara era la ocasion en que el monarca dejase de resar-

cirse de las ventajas que un rato de buen humor le hicieran perder.

La favorita conocia con tanta perfeccion su carácter, que, semejante á los pescadores esperimentados, jamas se embarcaba cuando el tiempo anunciaba tempestad.

El momento mas favorable era cuando el rey la visitaba en Luciennes. Su Majestad habia obrado mal el dia anterior y conocia que le iban á reñir; por consiguiente debia estar de muy buen talante.

Sin embargo, por muy confiada que sea la res destinada á caer en la trampa, siempre posee cierto instinto que es preciso no perder de vista, pues de nada le sirve si el cazador sabe tomar bien sus medidas.

Veamos los medios de que se valió la favorita, respecto á la caza real que queria atraer á sus redes.

Estaba, como creemos haberlo ya dicho, en un deshabillé sumamente elegante, parecido al que sirve de adorno á las pastoras de Boucher: pero le faltaba el colorete, porque este desagradaba en estremo al rey Luis XV.

Pero no bien anunciaron á Su Majestad, cuando la condesa tomó precipitadamente sus papelillos color de rosa y comenzó á frotarse las mejillas con desusado empeño. El monarca notó la ocupacion de la favorita y dijo despues de atravesar la antecámara.

—Bribona! Cómo se embadurna!

—Ah señor! Buenos dias, murmuró la condesa sin quitar la vista del espejo y sin interrumpir su operacion, aun cuando el rey, acercándose, la abrazaba preguntando:

—No me esperábais hoy?

—Por qué señor?

—Porque os desfigurais el rostro.

—Al contrario, señor; estaba segurísima de que no trascurriria el dia sin que tuviese el honor de ver á Vuestra Majestad.

—Con qué tono contestais, condesa!

—De veras?

—Vaya! si estais tan seria como Rousseau cuando oye ejecutar alguna música que él ha compuesto.

—Consiste, señor, en que tengo una cosa muy formal que decir á Vuestra Ma-

jestad.

—Ah! bien; ya os veo venir, condesa.

—Lo creeis?

—Si, reprimendas....

—Pero.... por qué? vamos, decid.

—Porque no vine ayer.

—Oh! Espero que me hareis la justicia de creer, que no quiero confesar á Vuestra Majestad.

—Juanita, veo que principias á enfadarte

—No por cierto señor; lo estoy completamente.

—Escuchadme, condesa; os aseguroque no ha pasado un momento sin que os tuviese presente.

—Bah!

—Y que la noche me ha parecido eterna.

—Pero señor; creo que nada de eso he hablado. Vuestra Majestad pasa las noches donde mejor le parece, sin que nadie tenga derecho de meterse en ello.

—En familia, señora, en familia.

—Señor, no he tratado de informarme.

—Por qué?

—Porque, como debeis suponer, era esponerme á que se formase mal concepto de mí.

—Pero en fin, esclamó Luis XV, ya que no estais enfadada conmigo por eso ¿por qué lo estais? Debeis convenir, condesa, que es preciso que seamos justos.

—No estoy incómoda con vos.

—Sin embargo, teneis un humor endemoniado.

—Oh! si; en cuanto á eso no os equivocais.

—Pues decid por qué.

—Porque soy un plato de segunda mesa.

—Vos?

—Yo! Yo! La condesa Dubarri, la hermosa Juana, la encantadora Juanita, como dice Vuestra Majestad; sí, sí, soy un plato de segunda mesa.

—No sé en que os fundais....

—En que tengo á mi rey, en que poseo á mi amante despues que de él se cansan Mme. de Choiseul y Mme. de Grammont.

—Oh!.... oh!.... Condesa....

—Peor para vos si os disgustan mis palabras: quiero hablar claro. Se asegura como cosa muy positiva que Mme. de Grammont os ha estado esperando muchas veces á la entrada de vuestro dormitorio: pues bien, estoy decidida á hacer precisamente lo contrario; esperaré á la salida, y el primer Choiseul ó la primera Grammont que encuentre al paso.... Pobres de ellos!

—Condesa! Condesa!

—Qué quereis? soy una mujer mal educada: soy la querida de Blas, la bella Borbonesa como no ignorais.

—Pero los Choiseul se vengarán.

—Que me importa si mi venganza se anticipa á la suya.

—Y nos despreciaran.

—Sí; teneis razon.

—Oh!

—Poseo un medio maravilloso, y voy á ponerlo en ejecucion.

—Cual? preguntó con inquietud el rey.

—El de marcharme al punto.

Luis XV se encojió de hombros.

—No lo creeis?

—No á fé mia.

—Eso consiste en que no os tomais el trabajo de raciocinar, y en que me confundís con las otras.

—Cómo?

—Sin la menor duda. Mme. de Chateauroux queria ser diosa y Mme. de Pompadour reina; las demas aspiraban á ser ricas, poderosas, y á humillar con sus favores á las damas de la corte; por mi parte no tengo ninguno de esos defectos.

—Cierto es.

—Pero en cambio poseo mil prendas apreciables.

—Tambien es verdad.

—No hablais con franqueza, señor.

—Condesa, nadie puede estar tan convencido como yo de lo mucho que valeis

—Bien, pues escuchadme, por lo que voy á decir no puedo perjudicar á vuestras convicciones.

—Hablad ya.

—Por ahora soy rica y de nadie necesito.

—Quereis que me arrepienta de ello, condesa?

—Ademas, no envidio lo que tanto agradaba á las damas que he nombrado, ni deseo lo que ellas ambicionan con tanto ardor: siempre he querido amar á mi amante con preferencia á todo. ya fuese mosquetero, ya fuese rey. Pero desde que no amo, á nada tengo aficion.

—Espero, condesa, que la aficion á mi persona no se habrá de un todo concluido.

—Permitid que acabe, señor.

—Bien, proseguid.

—Debo decir tambien á Vuestra Majestad que soy jóven, que soy bonita, que puedo contar todavia con diez años de hermosura, y que no solo seré la mujer mas feliz del mundo, sino la mas estimada, desde el dia en que deje de ser la querida de Vuestra Majestad. ¿Os sonreis, señor? En tal caso siento en el alma verme precisada á deciros que no reflexionais. Cuando os cansábais de otras favoritas y el pueblo acababa de aborrecerlas, las despedíais, mi querido rey, y el pueblo que seguia odiándolas como antes, os colmaba de bendiciones: podeis estar seguro de que yo no esperaré mi licencia.

—Nó, abandonaré mi puesto, y haré saber á todos que lo he abandonado voluntariamente; daré cienmil libras á los pobres, iré á pasar ocho dias de penitencia en un convento, y antes de un mes andará mi retrato por todas las iglesias haciendo juego con el de la Magdalena arrepentida.

—Oh, condesa! dijo el rey; es imposible que esteis hablando con formalidad.

—Miradme, señor, y mi rostro os revelará si digo lo que siento: os juro que nunca he hablado mas sériamente.

—Y sois capaz de pensar de un modo tan mezquino, Juana? No conoceis, señora condesa, que de ese modo me poneis en el caso de tomar un partido?

—De ningun modo, porque el obligaros á ello, seria deciros elejid en esto y aquello.

—Y vos qué haceis?

—Deciros sencillamente —Adios, señor: todo queda concluido.

Luis XV perdió el color y esclamó lleno de ira:

—Cuidado, señora, si faltais así á vuestro deber....

—Qué hareis?

—Encerraros en la Bastilla.

—A mí?

—Si señora, á vos: y en la Bastilla se aburre uno mucho mas que en un convento.

—Oh! señor! contestó la favorita juntando las manos; si efectivamente me concediéseis esa gracia...

—Qué gracia?

—La de encerrarme en la Bastilla....

—Cómo!...

—Me colmariais de júbilo.

—Por Dios que no os entiendo.

—Sabed pues, que mi oculta ambicion se reduce á hacerme popular, y en esto me parezco á la Chalotais y á Voltaire: para conseguirlo me falta entrar en la Bastilla: metedme en ella y me haceis completamente feliz. Entonces tendré tambien tiempo para ocuparme en escribir *memorias* en que hable de mí misma, de vuestros ministros, de vuestras hijas y de vos, para transmitir á la mas remota posteridad las virtudes de Luis el *muy amado*. Vamos señor, concededme la órden de encierro aho-

ra mismo; he aquí tinta y pluma para estenderla.

Y diciendo estas palabras, presentó al rey una pluma y un tintero que habia en el velador.

El monarca, al verse desafiado de aquella manera, reflexionó un momento y dijo levantándose:

—Está bien: quedaos con Dios señora.

—Mis caballos! gritó la favorita contestando al saludo de Luis XV que se dirijia hacia la puerta.

—Chon! añadió Mme. Dubarry.

Su hermana se presentó al momento.

—Pronto, pronto: mis maletas y todo lo necesario para el viaje, porque marchamos al punto.

—Marchamos! repitió Chon con el mayor asombro. Pues qué ocurre?

—Ocurre, querida mia, que si nos detenemos media hora, va á meternos Su Majestad en la Bastilla: ya ves que no debemos perder tiempo: conque date prisa hermana.

Estas palabras hirieron vivamente á

Luis XV, que se acercó á la condesa y la cojió de la mano diciendo:

—Vamos. perdonad mi viveza.

—Estoy estrañando, replicó la favorita, que no me hayais amenazado con la horca.

—Oh! condesa.

—Sin duda. No se ahorca á los ladrones?

—Y qué?

—No estoy robando el puesto á Mme. de Grammont.

—Condesa!

—Ese es mi crímen, señor.

—Escuchadme si quereis ser justa, y confesad que me habeis exasperado.

—Y qué mas?

—Ambos hemos obrado mal y debemos perdonarnos mútuamente, continuó el monarca.

—Deseais formalmente una reconciliacion.

—Os lo aseguro por mi honor.

—Chon, retírate.

—Y nada dispongo? preguntó la jóven á su hermana.

—Al contrario: dispon todo lo que he mandado.

—Condesa!

—Pero espera mis últimas órdenes.

—Bien, repuso Chon saliendo de la estancia.

—Conque me amais? dijo la condesa al rey.

—Mas que á todo el mundo.

—Reflexionad bien lo que decis, señor.

Luis XV reflexionó en efecto, pero ya no podia volverse atras, y por otra parte, deseaba ver hasta qué punto llegarian las exijencias de su vencedora.

—Hablad, la dijo.

—Ahora mismo, y atended bien á lo que os diga. No ignorais que yo iba á partir sin pediros la menor cosa.

—Sin duda.

—Pues bien; si me quedo, pediré algo.

—Qué pedireis? sepamos.

—Lo sabeis perfectamente.

—No por cierto.

—Oh! si: os lo conozco en el jesto.

—La caida de Mr. de Choiseul?

—Precisamente.

—Imposible, condesa.

—Pues entonces mis caballos.

—Pero escuchadme, atolondrada.....

—O la orden de mi encierro en la Bastilla, ó la caida de vuestro ministro.

—Entre esos dos estremos, hay un medio.

—Agradezco vuestra clemencia: ya veo que segun parece, podré marchar sin que se me incomode.

—Condesa, sois mujer.

—Felizmente.

—Y hablais de política como mujer colérica y revoltosa. No tengo motivos para despedir á Mr. de Choiseul.

—Esto es, al ídolo de vuestros parlamentos, al que apoya su rebelion.

—Ademas, que no tengo pretesto alguno.

—Los pretestos son propios de los débiles.

—Condesa, Mr. de Choiseul es un hombre honrado y estos escasean mucho.

—Sí, un hombre honrado que os vende á la majistratura, que se va apoderando de todo el oro de vuestro reino.

—No exajereis las cosas, condesa.

—Si no es todo, es la mitad.

—Dios mio! esclamó Luis XV desconcertado.

—Por otra parte, continuó la favorita, confieso que soy muy necia. Qué me importan los parlamentos, los Choiseul y su gobierno? Qué me importa el rey, supuesto que solo soy plato de segunda mesa?

—Otra vez?

—Siempre, señor.

—Ea, os pido dos horas de reflexion.

—Diez minutos solamente. Paso á mi gabinete, y me dareis la contestacion por debajo de la puerta: ahí teneis papel, pluma y tintero. Si dentro de diez minutos no me contestais ó no lo haceis á mi gusto.... Adios, señor!... No debeis pensar mas en mi, pues habré marchado. De lo contrario....

—De lo contrario?

—Dad vuelta al bastidor y cederá la clavija.

Luis XV por aparentar dignidad, besó la mano de la condesa, que al retirarse le dirijió su mas provocativa mirada.

El rey no se opuso á su salida, y ella se encerró en la habitacion inmediata.

Cinco minutos despues, un papel cuidadosamente doblado, rozó el acolchado de seda de la puerta y el estambre del tapiz.

La favorita lo leyó con avidez, escribió al punto algunas palabras con un lapicero en un papel, y arrojó este á Mr. de Richelieu, que se paseaba en el patio debajo de un tejadillo con no poco temor de que le vieran.

El mariscal desdobló el papel, lo leyó y sin detenerse un momento á pesar de sus sesenta y cinco años, se metió en su carroza y gritó al cochero:

—A escape para Versalles.

—He aquí lo que contenia el billete que la condesa arrojó por la ventana.

«He sacudido el árbol, y ha caido la cartera.»

CAPÍTULO XII.

Cómo trabajaba con su ministro el rey Luis XV.

Al dia siguiente grandes novedades en Versalles: todos los que se encontraban se dirijian palabras misteriosas, dándose apretones de mano, ó se cruzaban de brazos mirando al cielo y manifestando de este modo su pesar y su sorpresa.

Mr. de Richelieu, con no pocos partidarios suyos, estaba á las diez de la mañana en Trianon, en la antecámara del rey.

El conde Juan, emperifollado y resplandeciente con sus bordados, conversaba con el ansiano mariscal, revelando el mayor contento, á juzgar por su risueño semblante.

A las once pasó el rey á su gabinete por medio de todos los cortesanos, pero sin dirijir la palabra á ninguno de ellos. Su Majestad andaba muy de prisa.

A las once y cinco minutos bajó de su

coche Mr. de Choiseul y atravesó la galería con la cartera debajo del brazo.

Al llegar á la antecámara notó un gran movimiento: producíalo el empeño de los que aparentaban hablar y volvian las espaldas por no saludar al ministro.

El duque no se dió por entendido y entró en el gabinete en que el rey se entretenia en rejistrar un legajo de papeles al paso que tomaba chocolate.

—Buenos dias, duque, le dijo el rey amistosamente. ¿Qué tal? ¿Venis muy dispuesto á trabajar esta mañana?

—Señor, Mr. de Choiseul siempre está pronto á complacer á Vuestra Majestad: pero el ministro se halla muy enfermo, y viene á suplicar á Vuestra Majestad que admita su dimision. Doy un millon de gracias á mi rey porque me ha concedido esta iniciativa; este favor nunca saldrá de mi memoria, y me compromete á una gratitud eterna.

—¡Cómo, duque! ¡Vuestra dimision! ¿Qué significa eso?

—Señor, Vuestra Majestadfirmó ayer y entregó á Mme. Dubarry una órden por la

cual me destituye, y esta noticia se ha esparcido ya en Paris y en Versalles. El mal está ya hecho, y sin embargo, no me ha parecido conveniente para el interés público abandonar el servicio de Vuestra Majestad antes de recibir dicha órden y el necesario permiso, pues habiendo sido nombrado oficialmente, solo puedo considerarme legalmente destituido por un acto oficial.

—¡Cómo, duque! esclamó el rey riéndose, porque la severa y digna actitud de Mr. de Choiseul le inspiraba respeto. ¿Es posible que teniendo tanto talento hayais creido eso?

—Pero señor, repuso sorprendido el ministro, vos habeis firmado...

—¿Qué?

—Una carta que posee Mme. Dubarry.

—¡Ah, duque! ¿Nunca habeis tenido necesidad de hacer las paces? Sois muy feliz por cierto, y Mme. de Choiseul es un modelo.

Ofendido el duque de la comparacion arrugó las cejas.

—Vuestra Majestad, respondió, tiene

un carácter demasiado elevado y recto para confundir con los negocios del estado lo que se ha dignado entender por asuntos domésticos.

—Choiseul, es preciso que os lo refiera todo, pues ha sido cosa divertida; no ignorais que por allá se os teme.

—Es decir, señor, que se me aborrece.

—Como querais: el hecho es que esa loca me ha puesto en la alternativa de que la encierre en la Bastilla, ó de que os dé las gracias por vuestros servicios.

—Pues bien, señor...

—Debeis confesar que hubiera sido una gran desgracia perder el golpe de vista que ofrece Versalles esta mañana. Así, que, desde ayer me divierto en ver cómo se despachan correos en todas direcciones, y cómo se estiran ó encojen los rostros de mis cortesanos. Ya lo veis; desde ayer gobierna la Francia Guardapié III, lo cual es sumamente agradable.

—Pero el fin de todo eso, señor?

—El fin, mi querido duque, será siempre el mismo.

—Ya me conoceis, y no ignorais que aunque siempre aparento ceder, nunca cedo. Dejad que las mujeres chupen la dedada de miel que les arrojo de vez en cuando, como hacian los que procuraban adormecer á Cerbero, y vivamos nosotros tranquilos, imperturbables y siempre unidos. Sin embargo, ya que hemos llegado por este incidente á la época de las esplicaciones, conservad en la memoria lo que voy á deciros. Sean cuales fueren los rumores que lleguen á vuestros oidos, sea cual fuere el contenido de cualquiera carta mia que recibais, no por eso dejeis de venir á Versalles. Mientras os diga lo que ahora estais oyendo seremos buenos amigos.

El rey alargó la mano al ministro, que se inclinó sin espresar su gratitud ni su resentimiento.

—Y ahora, duque, trabajemos, si asi os place.

—Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad, respondió Mr. de Choiseul abriendo la cartera.

—Y para empezar decidme algo acerca de los últimos fuegos artificiales.

—Oh! Han ocasionado lamentables desgracias, señor.

—Quién ha tenido la culpa?

—Mr. de Bignon, preboste de los mercaderes.

—El pueblo se habrá alborotado.

—Mucho! señor.

—De modo que tal vez hubiéramos debido destituir á Mr. de Bignon.

—El parlamento, uno de cuyos individuos ha estado espuesto á perecer en medio del tumulto, tomó la cosa muy á pechos; pero el abogado general Segnier ha pronunciado un elocuente discurso para probar que todas aquellas desgracias han sido obra de la fatalidad. Se le ha aplaudido, y el asunto no ha tenido consecuencias.

—Tanto mejor. Hablemos ahora de los parlamentos y sepamos lo que nos echan en cara.

—Nos echan en cara, señor, que no he sostenido á Mr. de Aiguillon contra Mr. de la Chalotais, pero quién se ocupa de eso? Los mismos que han recibido con mil aplausos la carta de Vuestra Majestad. Te-

ned entendido, señor, que Mr. de Aiguillon ha estralimitado sus facultades en Bretaña, que los jesuitas estaban realmente desterrados y que Mr. de la Chalotais tenia razon, pues Vuestra Majestad ha reconocido por un acto público la inocencia del procurador jeneral. El rey no puede desdecirse: no importa que lo haga cuando habla con su ministro, pero cuando habla con su pueblo!!!...

—Entretanto, se consideran fuertes los parlamentos.

—Y lo son en efecto. ¿No sabeis que se prende á sus miembros, que se les veja, que se les multa, y que luego se les declara inocentes? Por fuerza han de ser fuertes. No he acusado á Mr. de Aiguillon de haber dado principio al asunto de la Chalotais; pero nunca podré perdonarle los errores en que ha incurrido, esto es, el no haber tenido razon.

—Vamos, duque, el mal está hecho; pensemos en el remedio. ¿Cómo contendremos á esos insolentes?

—Que cesen las intrigas del señor canciller, que falte apoyo á Mr. de Aiguillon y

se estinguirá la cólera del parlamento.

—Pero eso es ceder por mi parte.

—Y quién representa á Vuestra Majestad? Mr. de Aiguillon ó yo?

El argumento era contundente y el rey lo conoció.

—Ya sabeis, dijo, que no me agrada disgustar á mis servidores, aun cuando conozca que se equivocan. Pero dejemos ya eso, pues el tiempo nos hará justicia á todos, y ocupémonos del esterior... Me han dicho que tendremos guerra.

—Señor, si llega ese caso será una guerra leal y necesaria.

—Con los ingleses.... Demonio!

—Teme acaso Vuestra Majestad á los ingleses?

—Oh! lo que es en el mar...

—Tranquilícese Vuestra Majestad. El duque de Praslin, primo mio y ministro de marina, os dirá que tiene sesenta y cuatro navíos, sin contar los que están en los arsenales, asi como materiales para construir doce mas en un año, con cincuenta fragatas de línea por añadidura, lo cual constituye una fuerza respetable para una

guerra marítima. En cuanto á la guerra continental estamos mejor, pues tenemos á Fontenoy.

—Perfectamente, duque; pero por qué he de combatir contra los ingleses? Una administracion mucho menos hábil que la vuestra, la del abate Dubois, ha evitado siempre la guerra contra la Inglaterra.

—Ya lo creo, señor; como que el abate Dubois recibia mensualmente de los ingleses seiscientas mil libras.

—Duque! Duque!

—Tengo la prueba, señor.

—Sea asi: pero en qué veis motivo para una guerra?

—La Inglaterra pretende la posesion de toda la India, y he dado á vuestros oficiales órdenes severas y aun hostiles. La primera coalicion ocasionará reclamaciones por parte de la Inglaterra, y mi parecer es que no debemos satisfacerlas, pues es preciso que el gobierno de Vuestra Majestad sea respetado por su fuerza, ya que hasta aquí solo lo ha sido por la corrupcion.

—Lo que conviene es dar tiempo al tiempo, porque quién ha de saber en la

India lo que hacemos aquí? Está tan lejos!

El duque se mordió los labios y dijo:

—Hay otro *casus belli* mucho mas próximo para nosotros.

—Cuál?

—Los españoles aspiran á la posesion de las islas Malvinas y Falkland; los ingleses habian ocupado arbitrariamente el puerto de Egmont; pero los españoles los han arrojado de él á viva fuerza: de ahí proviene el furor de la Ingletera, y al presente amenaza á sus contrarios, si estos no le dan satisfaccion.

—Bueno: si los españoles han obrado mal con los ingleses, los dejaremos que se compongan.

—Y el pacto de familia? Por qué os habeis empeñado en hacer firmar ese pacto, que liga estrechamente á todos los borbones de Europa contra las empresas de la Inglaterra?

El rey inclinó la frente.

—No os inquieteis, señor, prosiguió Choiseul; teneis un ejército formidable, una marina imponente y dinero, pues yo sé encontrarlo sin que sufran los pueblos.

Si tenemos una guerra, ella acrecentará la gloria del reinado de Vuestra Majestad, pues estoy proyectando un engrandecimiento, cuyo pretesto y escusa nos ofrecen otros.

—Corriente duque; pero al menos tengamos paz en el interior; no debemos buscar la guerra en todas partes.

—Señor, el interior está tranquilo, replicó Choiseul finjiendo que no conprendia.

—No por cierto, no; vos lo conoceis perfectamente. Vos me amais y me servís bien; pero hay otros que suponen amarme y que obran de distinto modo que vos: es preciso por lo tanto conciliar estos dos sistemas, á fin de que yo pueda vivir dichoso.

—No dependerá de mí el que vuestra felicidad deje de ser completa.

—Eso se llama hablar. Pues bien, ireis hoy á comer conmigo.

—A Versalles, señor?

—No, á Luciennes.

—Oh, señor! lo siento infinito: pero mi familia está muy alarmada con la noticia que ayer se esparció, y me cree caido

de la gracia de Vuestra Majestad. Ya veis, señor, que no debo permitir que padezcan por mas tiempo tan buenos corazones.

—Y os parece, duque, que no padecen las personas de las cuales os estoy hablando? Acordaos de lo bien que vivíamos los tres en tiempo de la pobre marquesa.

El duque bajó la cabeza, oscurecióronse sus ojos y un suspiro medio ahogado se escapó de su pecho al contestar:

—Mme. de Pompadour era sumamente celosa de la gloria de Vuestra Majestad y abrigaba profundas ideas políticas. Confieso que su jenio simpatizaba con mi carácter, y muchas veces me he unido á ella para llevar á cabo grandes empresas: os digo, señor, que nos entendíamos.

—Pero se mezclaba en la politica del gobierno, y todos la criticaban por esto.

—Es verdad.

—La condesa, por el contrario, es humilde como un cordero, y ni siquiera ha pedido hasta hoy un solo mandamiento de prision contra los libelistas y cancio-

neros. Pues bien, duque; á pesar de eso la censuran lo mismo que á la otrra. Esto me indispone contra el progreso de las ideas. Conque quereis venir á hacer las paces á Luciennes?

—Señor, tened la bondad de asegurar á la condesa Dubarry que la tengo por una mujer encantadora y digna del amor de un rey, pero....

—Vaya un *pero* cruel!

—Pero estoy convencido, prosiguió Mr. de Choiseul, de que si Vuestra Majestad es necesario á la Francia, mas necesario es hoy á Vuestra Majestad un buen ministro que una hermosísima querida.

—No hablemos mas del asunto y sigamos siendo buenos amigos. Sin embargo, lisonjead á Mme. de Grammont y haced de modo que no trame alguna cosa contra la condesa, porque las mujeres son capaces de embrollarnos.

—Señor, la falta de Mme. de Grammont consiste en que desea siempre complacer á Vuestra Majestad.

—Pero me disgusta haciendo daño á la condesa.

—Por eso marcha, señor y no volverá á la corte; de modo que la condesa tendrá un enemigo menos.

—No es eso lo que debe hacerse, á mi parecer, y veo que llevais las cosas demasiado lejos. Pero se me abrasa la cabeza, duque, pues hemos trabajado esta mañana como Luis XIV y Colbert, convirtiéndonos en *Siglo grande*, como dicen los filósofos. Apropósito duque. Sois filósofo?

—Soy un servidor de Vuestra Majestad, respondió Mr. de Choiseul.

—Me agradais sobre manera, y nunca podré pagaros como mereceis. Vamos, dádme el brazo, porque estoy un poco trastornado.

El duque se apresuró á ofrecer el brazo á Su Majestad.

Conocia que iban á abrirse las dos grandes hojas de la puerta, y no ignoraba que toda la corte diseminada en la galeria iba á contemplarle en tan espléndida posicion. Despues de haber sufrido tanto, no le pesaba hacer sufrir algo á sus enemigos.

El ujier abrió en efecto la puerta y anunció al rey.

Luis XV, sin dejar de hablar con Mr. de Choiseul, dirijiéndole afectuosas sonrisas y apoyándose en su brazo, atravesó la multitud sin reparar ó sin querer advertir la palidez del rostro de Jnan Dubarry y los colores que cubría el de Mr. de Richelieu.

No se ocultó á Mr. de Choiseul aquella diferencia de sentimientos, y pasó con serenidad, con afectada arrogancia, por delante de los cortesanos, que entonces se le acercaban tanto como se habian separado de él cuando se dirijia al gabinete del rey.

—Esperadme aquí, le dijo el rey, pues quiero que me acompañeis á Trianon: acordaos de todo cuanto os he dicho.

—Queda grabado en mi corazon, contestó el ministro conociendo que esta frase heria en lo vivo á todos sus contrarios.

El rey entró al mismo tiempo en sus habitaciones.

Mr. de Richelieu rompió la fila de cortesanos y se apresuró á estrechar entre

sus enjutas manos las del ministro, diciéndole:

—Ya sé hace mucho tiempo que un Choiseul tiene el alma muy pegada al cuerpo.

—Gracias, contestó el duque, que no ignoraba á que atenerse.

—Pero ese absurdo rumor.... añadió el mariscal.

—Ese rumor absurdo, ha divertido mucho á Su Majestad, repuso Choiseul.

—Hablábase de una carta....

—De una manifestacion hecha por el rey, observó el ministro lanzando este apóstrofe á Juan Dubarry, que no sabia lo que pensar.

—Bravo! Bravísimo! añadió el mariscal dirijiéndose al conde, no bien hubo desaparecido el duque de Choiseul.

El rey volvió á salir y corrió á la escalera llamando al ministro.

—Pues señor, nos han ganado la partida, dijo el mariscal á Juan.

—Y á donde van ahora?

—Al pequeño Trianon, á reirse de nosotros.

—Malditos sean! murmuró Juan... Ah! perdonad, señor mariscal.

—Ahora me toca á mí, respondió este en voz baja. Veremos si mis recursos son mas poderosos que los de la condesa.

CAPÍTULO XIII.

El pequeño Trianon.

Cuando Luis XIV vió concluido el palacio de Versalles y reconoció los inconvenientes de la grandeza; cuando se presentaron á su imajinacion aquellos inmensos salones llenos de guardias, aquellas antecámaras obstruidas por un enjambre de cortesanos, aquellos corredores y entresuelos en que apenas podian revolverse lacayos, pajes y comensales, dijo sencillamente que Versalles era lo que él habia deseado hacer, y lo que Mansard, Le-Brun y Le Notre habian hecho, es decir, la mansion de un Dios, pero no la morada de un hombre.

Entonces el gran rey, que era hombre en sus momentos de ocio, construyó

á Trianon para poder respirar y ocultarse un poco de los escudriñadores de su vida privada. Pero la espada de Aquiles, que habia fatigado al mismo Aquiles, debia ser un peso enorme para un sucesor monicaco.

Trianon, especie de repeticion de Versalles, todavia pareció á Luis XV demasiado deslumbrador y espléndido, por lo cual encargó al arquitecto Gabriel que levantase el pequeño Trianon, pabellon de sesenta pies cuadrados.

A la izquierda del edificio se construyó un espacioso palelógramo sin carácter y sin adornos, destinado para habitaciones de la servidumbre y comensales. Contábanse en él unos diez aposentos principales, y como cincuenta para los criados, que todavia pueden verse hoy, pues se conservan íntegros. Se compone aquella obra de un piso bajo, de un principal y de los altos correspondientes. El piso bajo se hallaba defendido y resguardado por un foso de piedra que le separa del grueso de la construccion: todas las ventanas son de celosía, por la parte de Tria-

non dan vista á un prolongado corredor semejante al de un convento.

Ocho ó nueve puertas conducian desde el corredor á los aposentos, compuestos de una antecámara con dos gabinetes, uno á derecha y otro á izquirda y un dormitorio, todos con luces al patio interior del edificio.

Debajo de este piso estaban las cocinas y en la parte alta los cuartos de los criados.

Tal era el pequeño Trianon.

Añádese una capilla dispuesta á unas veinte toesas del palacio, cuya descripcion no haremos por creerla innecesaria, y por que el tal palacio solo servia para alojar cuando mas á una familia, como hoy suele decirse.

De modo que tenemos la topografía siguiente: un palacio con vista al parque y al bosque, dando la izquierda á las habitaciones de la servidumbre, que solo le oponen ventanas enrejadas; ventanas de corredores ó de cocinas ocultas por espesos emparrados.

Pasábase desde el gran Trianon, mansion solemne de Luis XV, al pequeño, por

una huerta que unia las dos residencias á favor de un puente de madera.

Por dicha huerta, dibujada y dispuesta por La Quintinie, condujo Luis XV á Mr. de Choiseul al pequeño Trianon, despues de la trabajosa sesion de que hemos dado cuenta al lector, pues queria hacerle ver las mejoras que habia introducido en la nueva morada del delfin y de la delfina.

Mr. de Choiseul lo admiraba y comentaba todo con la sagacidad de un cortesano; dejaba que el rey dijese que el pequeño Trianon era de dia en dia mas bello, mas encantador, y el ministro añadia que aquella era la casa de la familia de Su Majestad.

—La delfina, dijo, es como todas las jóvenes alemanas, un poco brusca: habla bien el frances, pero conserva hasta cierto punto el acento austriaco que hiere á los oidos franceses. En Trianon, no hablando mas que entre amigos y cuando quiera, irá desapareciendo ese defecto.

—De lo cual resulta que hablará bien.

—Ya he notado, dijo Mr. de Choiseul, que Su Alteza Real es una dama completa,

á la que nada falta para la perfeccion.

Los dos personajes encontraron al paso al delfin en medio de una praderita, ocupado en tomar la altura del sol.

Mr. de Choiseul le saludó con respeto; mas como el delfin no le dirijió la palabra, tampoco desplegó los labios.

El rey dijo con voz bastante pronunciada para que su hijo lo oyese:

—Luis es un sábio; pero hace muy mal en romperse la cabeza con el estudio de las ciencias, porque su mujer lo pagará.

—No por cierto, contestó una vocecilla de mujer que salia de un matorral.

Y al punto se adelantó hacia el rey la delfina, que hablaba con un hombre cargado de papeles, de lápices y de compases.

—Señor, dijo la princesa: hé aquí á mi arquitecto Mr. Mique.

—Ah! repuso Luis XV. Tambien teneis esa enfermedad?

—Señor, es enfermedad de familia.

—Conque tambien os dedicais á la construccion?

—Trato de adornar este inmenso par-

que, en el cual se fastidia todo el mundo.

—Oh! Oh! Hija mia! Decís eso en tono muy alto: el delfin puede oiros.

—Padre mio, es cosa convenida entre nosotros, replicó la princesa.

—Habeis convenido en fastidiaros?

—No, sino en divertirnos.

—Y Vuestra Alteza Real se complace en esas construcciones?

—Señor duque, quiero convertir este parque en un jardin.

—Pobre Le Notre! dijo el rey.

—Señor, Le Notre era un gran profesor para lo que entonces se estilaba; mas para lo que yo deseo....

—Y qué deseais?

—La naturaleza.

—Ah! como los filósofos.

—O como los ingleses.

—Sí; repetid eso delante de Choiseul y tendreis una declaracion de guerra. Vereis lo que tarda en amenazaros con los sesenta y cuatro navios y las cuarenta fragatas de su primo Mr. de Praslin.

—Señor, pienso que Mr. Robert me dibuje aquí un jardin natural, pues es

el hombre mas hábil del mundo para esta clase de obras.

—A qué llamais jardines naturales? preguntó el rey. Yo creia que los árboles, las flores y las frutas que he visto al atravesar esas huertas, son las cosas mas naturales que pueden encontrarse.

—Señor aunque os entretuviéseis paseando cien años consecutivos en ellas, siempre encontrariais guarda-rayas en línea recta, ó paredes formando ángulos de cuarenta y cinco grados, como dice el delfin ó estanques con orillas cubiertas de cesped, con perspectivas mas ó menos pintorescas, con tres bolillos ó terrados.

—Y eso es feo?

—Al menos no es natural.

—Hé aquí una jóven princesa que ama á la naturaleza con delirio. Veamos lo que pensais hacer de mi Trianon.

—Riachuelos, cascadas, puentes, grutas, rocas, bosques, calzadas, casas, montes y praderas.

—Para muñecas? preguntó el rey.

—No por cierto, señor: para reyes como nosotros, replicó la delfina sin ob-

servar el color purpúreo que se esparció en el rostro de su abuelo y sin conocer que presajiaba contra sí misma una lúgubre verdad.

—Es decir que vais á trastornarlo y destruirlo todo; pero qué edificareis?

—Yo conservo.

—Ah! tendremos al fin el consuelo de que en esos bosques y en esos riachuelos no estarán vuestros huéspedes como hurones ó como esquimales. En ello nada perderian, pues se encontrarian como en su centro, mereciendo que Rousseau les llamase hijos de la naturaleza. Haced eso, hija mia, y os adorarán los enciclopedistas.

—Señor, mi servidumbre tendria mucho frio en semejantes habitaciones.

—Y en dónde vais á alojarla si todo lo destruís? Supongo que no será en el palacio, pues apenas cabeis los dos.

—Señor, deseo conservar las habitaciones de la servidumbre como hoy se encuentran.

Y la delfina señaló al mismo tiempo las ventanas del corredor de que hemos

hablado ya.

—Qué es lo que veo? dijo el rey colocando la mano delante de los ojos para que le sirviese de pantalla.

—Una mujer, señor, respondió Mr. de Choiseul.

—Una señorita que he admitido á mi servicio, observó la princesa.

—Es la señorita de Taverney, repuso Choiseul.

—Ah! esclamó el rey. Conque teneis aqui á los Taverney?

—No, señor; únicamente á la señorita de Taverney.

—Encantadora joven! Para qué la destinais?

—Para lectora mia.

—Perfectamente, dijo el rey, sin separar la vista de la ventana por la cual miraba hacia el parque, pálida aun de resultas de su enfermedad, la señorita de Taverney, sin imajinar que la estaban observando.

—Muy descolorida está, observó Mr. de Choiseul.

—Señor duque, estuvo espuestisima

en la noche del 31 de mayo.

—De veras? Pobre joven! replicó el rey. Ya veo que monsieur Bignon merecia ser destituido.

—Pero ya está restablecida, añadió el ministro con viveza.

—A Dios gracias, señor duque.

—Toma! Y se retira!... esclamó Luis XV.

—Habrá reconocido á Vuestra Majestad, y como es tan tímida....

—Hace mucho tiempo que la teneis en vuestra compañia?

—Desde ayer, señor: la he mandado venir en cuanto me he instalado.

—Triste habitacion para una jóven: el diablo de Gabriel era muy torpe, pues no imajinó siquiera que creciendo los árboles eclipsarian ese edificio hasta el punto de que no viésemos nada.

—Os aseguro, señor, que los aposentos no son malos.

—Eso es imposible, repuso Luis XV.

—Quiere Vuestra Majestad visitarlos? contestó la delfina deseosa de hacer los honores de su casa.

—Si por cierto. Venís, Choiseul?

—Señor, ya son las dos, y á las dos y media debo estar en el parlamento, de modo que solo me queda el tiempo necesario para volver á Versalles.

—Bien, bien, duque; partid, y traedme á mandamiento á la jente de toga. Delfina, enseñadme esas habitaciones si os agrada, pues me gustan infinito las interioridades.

—Venid, señor Mique, dijo la delfina á su arquitecto, pues se os presenta la ocasion de recibir algunos consejos de Su Majestad que tanto entiende de todo.

El rey echó á andar seguido de la delfina, y ambos subieron la graderia que conduce á la capilla, dejando á un lado el camino de los patios.

La puerta de la capilla está á mano izquierda, y á la derecha la escalera sencilla que conduce al corredor en que están situadas las habitaciones.

—Quién vive aquí? preguntó Luis XV.

—Nadie, señor.

—Sin embargo, veo una llave colocada en la puerta del primer aposento.

—Ah! Es cierto: la señorita de Taverney está amueblando su cuarto.

—Es este? volvió á decir el rey señalando la puerta.

—Si, señor.

—Y está dentro? En ese caso no entremos.

—Ha bajado ahora mismo, pues acabo de verla en el tejadillo del patio de las cocinas.

—Pues bien; enseñadme su cuarto por via de distraccion.

—Como gusteis, señor.

Y diciendo esto introdujo al rey en el único aposento que habia, precedido de una antesala y de dos gabinetes.

Algunos muebles arreglados, varios libros y un piano llamaron la atencion del rey, y sobre todo un hermoso ramillete compuesto de las mas lindas flores que la señorita de Taverney habia ya colocado en una jarra del Japon.

—Ah! esclamó el rey. Bellísimas flores! Y quereis destruir el jardin!... Quién suministra á vuestra servidumbre semejantes flores?... No las teneis vos?

—En efecto; es muy bonito ese ramillete.

—Se conoce que el jardinero se acuerda de la señorita de Taverney. Quién es ese jardinero?

—Lo ignoro, señor; Mr. de Jussieu me los proporciona.

El rey examinó con curiosidad la habitacion, miró hácia la parte esterior y á los patios y se retiró.

Su Majestad atravesó de nuevo el parque y volvió al Gran Trianon, en donde le esperaban sus equipajes para una cacería que debia durar desde las tres hasta las seis de la tarde.

El delfin seguia tomando la altura del sol.

CAPÍTULO XIV.

Anúdase la conspiracion.

En tanto que el rey, con la idea de tranquilizar completamente á Mr. de Choiseal y no perder el tiempo, se paseaba

en Trianon esperando la hora de la cacería, Luciennes era el centro de una reunion de conspiradores atolondrados que iban llegando encojidos á la morada de Mme. Dubarry, como los pájaros que huelen la pólvora del cazador.

Juan y el mariscal de Richelieu, despues de haberse estado mirando largo espacio de muy mal talante, fueron los primeros que tomaron su partido.

Los demas eran favoritos ordinarios, á quienes la desgracia de los Choiseul habia hechizado, á quienes habia sobrecojido la vuelta al favor del mismo, y que no pudiendo arrimarse al ministro acudian á Luciennes maquinalmente para ver si el árbol estaba aun bastante fuerte para sostenerlos.

Mme. Dubarry, despues de las fatigas de la diplomacia y del triunfo engañoso que las habia coronado, dormia la siesta cuando el coche de Richelieu entró en el patio con el estrépito de un huracan.

—Ama Dubarry duerme, dijo Zamora sin levantarse.

Juan hizo rodar al gobernador por el

suelo, de un puntapié que aplicó en los bordados fondillos de su traje de ceremonia, y el pobre negrillo puso el grito en el cielo.

Al punto acudió Chon y dijo á su hermano:

—Eres un hombre brutal, pues siempre te entretienes en lastimar á ese pobrecillo.

—Y tambien soy capaz de esterminarte, contestó Juan mirándola con unos ojos que arrojaban llamas, si al momento no despiertas á la condesa.

Pero no habia necesidad de hacerlo, porque los gritos del gobernador y las voces de Juan revelaban alguna desgracia á Mme. Dubarry y acudia al sitio de la escena envuelta en una bata.

—Qué hay de nuevo? preguntó asustada al ver que Juan se habia tendido á la larga en un sofá para calmar las ajitaciones de su bilis, y que el mariscal no le besaba la mano.

—Hay, contestó Juan, que con dos mil demonios tenemos otra vez y siempre á los Choiseul.

—Cómo!

—Mas agarrados que nunca, condesa; asi me parta un rayo.

—Pero qué quieres decir?

—El señor conde Dubarry tiene razon, añadió Richelieu: tenemos asegurado mas que nunca al señor duque de Choiseul.

La condesa sacó del pecho el billete del rey y dijo sonriéndose:

—Y qué es esto?

—Lo habeis leido bien, condesa? preguntó el mariscal.

—Me parece que ya sé leer, respondió Mme. Dubarry.

—No lo dudo, señora. Me permitís que yo tambien lo lea?

—Con mucho gusto.

El duque desdobló el billete poco á poco y leyó lo siguiente:

«Mañana daré las gracias á Mr. de «Choiseul por sus servicios: me compro-«meto positivamente á hacerlo.»

Luis.

—Se me figura que eso está claro.

—Oh! Muy claro, condesa, repuso el

mariscal haciendo una mueca.

—Y qué quereis decir? refunfuñó Juan.

—Que mañana conseguiremos la victoria, y que por consiguiente nada se ha perdido.

—Cómo mañana! Si el rey firmó ayer este papel.... Ese mañana es hoy.

—Perdonad, señora, pues, como el billete no tiene fecha, mañana será siempre el dia siguiente á aquel en que querais derribar á Mr. de Choiseul. Esto me recuerda que en la calle de Grange-Bateliere, como á unos cien pasos de mi casa, hay un fonducho, en cuya puerta se lee en grandes letras pintadas con almazarron:—*Mañana se fiará aquí*—Es claro que nunca llega ese mañana.

—El rey se ha burlado de nosotros dijo Juan.

—Eso es imposible, murmuró la condesa desconcertada, de todo punto imposible, porque semejente supercheria me parece indigna de....

—Ah! señora; Su Majestad es muy aficionado á bromas, observó Richelieu.

—Me las pagará, duque: me las pa-

rará, añadió la condesa con irritado acento.

—Pero por otra parte no teneis motivo para quejaros del rey, ni podeis acusarle de engaño, supuesto que ha cumplido lo que os ofreció

—Vamos, vamos, eso ya pasa de raya, dijo Juan.

—Y qué es lo que me ofreció? preguntó Mme. Dubarry. Dar gracias á Mr. de Choiseul por sus servicios.

—Pues bien; se las ha dado y muy cumplidas, como yo mismo lo he visto. Esas palabras, condesa, tienen dos sentidos, y en diplomacia cada cual acepta el que prefiere. Vos habeis elejido uno y el rey otro, de modo que se ha hecho imposible toda discusion sobre lo que significan las palabras *dar gracias* y la palabra *mañana*. Sois de opinion que el rey debia cumplir hoy la promesa que os hizo ayer, y en su concepto la ha cumplido, pues repito que he oido como daba las gracias á Mr. de Choiseul.

—Duque, yo creo que esta es muy mala ocasion para chanzas.

—Y podeis imajinar que me chancee, condesa? Preguntádselo al conde Juan.

—No, no por Cristo: no estamos para fiestas esta mañana. Mr. de Choiseul se ha visto abrazado, adulado, festejado por el rey, y á estas horas se pasean ambos del brazo en Trianon.

—Del brazo! repitió Chon que se presentó en el gabinete levantando las manos al cielo como un nuevo modelo de la Niobe desesperada.

—Sí; he sido engañada, dijo la condesa, pero nos veremos despacio. Chon, por lo pronto es preciso que no sigan adelante mis preparativos, pues no quiero asistir á la cacería.

—Bueno! dijo Juan.

—Poco á poco, riplicó Richelieu; no nos precipitemos indiscretamente..... Ah! perdonad, condesa; me he tomado la libertad de aconsejaros.... perdonad.

—Oh, duque! Proseguid por Dios; pues pedís y debeis hacerlo, por que se me figura que voy á volverme loca. El hecho es que nunca quiero mezclarme en política, y el dia en que por casua-

lidad me veo precisada á hacerlo, el diablo me arroja en medio de ella vestida y calzada. Qué decíais, duque?

—Que vuestra incomodidad no me parece prudente, por lo mismo que la situacion es difícil. Si el rey se empeña en conservar á Choiseul, si la delfina influye poderosamente en él, si se divierte con vos de ese modo, es preciso....

—Qué?

—Que seais mas amable de lo que sois, condesa: ya sé que eso es imposible; pero en fin, no ignorais que debemos hacer imposibles en las presentes circunstancias: procurad pues seguir mi consejo.

Mme. Dubarry se puso á reflexionar.

—Porque al fin, prosiguió el duque, no será estraño que el rey adopte las costumbres alemanas.

—Y si se le antoja ser virtuoso? esclamó Juan poseido de horror.

—Quién sabe! La novedad tiene mucho atractivo.

—En cuanto á los temores de Juan, contestó la condesa, se me figura que son infundados.

—Se han visto ya cosas mucho mas estraordinarias, condesa, y el ejempo del diablo convertido en ermitaño.... En fin, es preciso no atufarse.

—Pero si me ahoga la cólera....

—Lo creo muy bien, pero lo que importa es que el rey, ó lo que es igual, Mr. de Choiseul, no lo conozca: incomodaos delante de nosotros, pero respirad libremente en su presencia.

—Y debo ir á la caceria?

—Será un golpe habil.

—Y vos, duque?

—Oh! Iré aun cuando tenga que andar con pies y manos.

—No, no; ireis en mi coche, dijo la condesa con el fin de ver la cara que ponia su aliado.

—Condesa, respondió este con una zalameria que ocultaba su despecho, me haceis tan grande honor...

—Y lo rehusais, no es eso?

—Yo! Dios me libre de semejante cosa.

—Cuidado que vais á comprometeros.

—No me coje de susto esa noticia.

—Y lo confiesa! Y tiene valor para

declararlo! esclamó Mme. Dubarry.

—Por qué no? Estoy seguro de que Mr. de Choiseul nunca me lo perdonará.

—Eso es decir que al presente estais bien con él.

—Tambien debo contar con el enfado de la delfina.

—Quereis pues que cada cual prosiga la guerra por su cuenta sin partir con el otro los resultados? Todavia estamos á tiempo, pues no os hallais comprometido y podeis retiraros, cuando bien os plazca, de la asociacion.

—Desconoceis mi caracter, condesa, dijo el duque besándole la mano. Me vísteis vacilar por ventura el dia de vuestra presentacion, cuando se trataba de proporcionaros un vestido, un peluquero y un coche? Pues tampoco vacilaré hoy porque soy mucho mas valiente de lo que imajinais.

—Estamos de acuerdo y por consiguiente vamos á la caceria, lo cual nos servirá de pretesto para no ver, ni oir, ni hablar á alma viviente.

—Ni al rey?

—Al contrario; quiero dirijirle mil requiebros para desesperarle.

—Bravo! eso pertenece á la buena guerra.

—Pero Juan, qué haces ahí enterrado vivo entre cojines? Vamos, levántate.

—Quiéres saber lo que hago?

—Sí, dímelo, pues puede sernos de alguna utilidad.

—Estoy pensando.

—En qué?

—En que todos los copleros de la ciudad y del parlamento nos estan poniendo á estas horas como ropa de pascuas, en que las *noticias del dia* nos descuartizan sin compasion, en que el *Gacetero invulnerable* nos asesta su lanza, en que el *Diario de los observadores* nos examina hasta la médula de los huesos, y en que mañana hasta el mismo Choiseul tendrá lástima de nosotros.

—Y qué sacas de todo eso?

—Que ahora mismo voy á plantarme en Paris á comprar vendas y ungüentos para nuestras heridas. Dadme pues algun dinero, hermana.

—Cuánto? preguntó la condesa.

—Poca cosa; 200 ó 300 luises.

—Ya lo veis, duque, dijo la condesa á Richelieu; estoy empezando á pagar los gastos de la guerra.

—Condesa, esa es nuestra entrada en campaña: sembrad hoy, mañana recojereis.

La condesa se encojió de hombros con un movimiento apenas perceptible, se levantó, abrió una gabeta y sacó una porcion de billetes de cambio que entregó á Juan sin pararse á contarlos; Juan por su parte los metió en el bolsillo lanzando un profundo suspiro.

Levantóse en seguida, se estiró, se retorció los brazos como un hombre muerto de fatiga, y dió tres pasos por la habitacion.

—Es decir, esclamó, que tú y el duque vais á divertiros en una cacería, en tanto que yo vuelvo á Paris como un torbellino; es decir, que vais á uniros á un enjambre de apuestos caballeros y lindas jóvenes, en tanto que yo contemplo los feos y repugnantes rostros

de los embadurnadores de papel. Está visto que no soy mas que el perro de la casa.

—Debeis tener, por seguro, duque, observó la condesa, que Juan no va á acordarse de nosotros en Paris, sino á dar la mitad de mis billetes á alguna bribona y á jugar la otra mitad en algun garito. Hé ahí lo que se propone hacer, despues de alborotarme la cabeza con sus quejas y esclamaciones. Vete, vete Juan, porque me causas horror.

Juan abrió tres cajitas de anises, y vaciándolas en sus bolsillos se apoderó de una figura chinesca que tenia ojos de diamantes y echó á correr perseguido por las maldiciones de la condesa.

—Apreciabilísimo joven! dijo Richelieu con el tono de un parásito que elogia en casa ajena á esos muchachos mal educados, sobre los cuales invoca interiormente la cólera del cielo. Le quereis mucho, no es verdad, condesa?

—Ya lo veis, descansa en mí, porque sabe que mi afecto le produce tres ó cuatrocientas mil libras al año.

Al mismo tiempo sonó la campana del reloj.

—Las doce y media, condesa, dijo el duque; afortunadamente estais casi vestida: presentaos por un instante á vuestros cortesanos para que no crean que hay eclipse y subamos pronto al coche. Sabeis cómo debe ordenarse la caceria?

—Ayer convino el rey conmigo en que iriamos al bosque de Marly despues de reunirme yo á Su Majestad aqui mismo.

—Oh! estoy seguro de que el rey no habrá modificado el programa.

—Enteradme ahora de vuestro plan, porque os toca á la vez, mariscal.

—Señora, ayer escribí á mi sobrino, y si he de creer mis presentimientos debe hallarse ya en camino.

—Mr. de Aiguillon?

—Mucho estrañaré que no se encuentre con mi carta cerca de aquí: como que se me figura que llegará mañana ó pasado mañana lo mas tarde.

—Y contais con él?

—Lo que puedo deciros es que tiene recursos en su imajinacion.

—El resultado de todo es que estamos en grande apuro: el rey cederia, pero tiembla al aspecto de los negocios.

—De modo que....

—De modo que se me figura que no sacrificará á Mr. de Choiseul.

—Quereis que os hable francamente condesa?

—Si por cierto.

—Pues bien; yo pienso del mismo modo. El rey hará mil veces lo que hizo ayer, porque es hombre de talento, y por otra parte, tampoco vos os espondreis á perder su amor por una terquedad inconcebible.

Al decir esto miró fijamente el mariscal á Mme. Dubarry.

—El asunto, dijo esta, merece reflecsionarse.

—Ya veis, condesa, que tendremos ahí á Mr. de Choiseul por una eternidad, supuesto que para arrebatarle el puesto no se necesita menos que un milagro.

—Si, ya lo veo; nada menos que un milagro, repitió Juana.

—Y por desgracia los hombres no sabemos hacerlos.

—Oh! Yo conozco uno que los hace.

—Es posible? Un hombre que hace milagros.

—Sí, á fé mia.

—Y no me lo habeis dicho!

—No lo he pensado hasta ahora.

—Y le creeis capaz de sacarnos del apuro?

—Le creo capaz de todo.

—Oh! Referidme alguno de sus milagros, á fin de que yo pueda juzgar por la muestra.

—Duque, dijo Mme. Dubarry acercándose á Richelieu y bajando la voz; es un hombre que hace diez años me encontró en la plaza de Luis XV y me dijo que llegaria á ser reina de Francia.

—En efecto, eso es milagroso, y ya veo que ese hombre es capaz de adivinar que moriré siendo primer ministro.

—Ya se ve que sí.

—No lo dudo. Y cómo se llama?

—Nada os dirá de nuevo su nombre.

—En dónde está?

—Eso es lo que ignoro.

—Cómo! No os dió las señas de su casa?

—No, pues debia venir en persona á buscar su recompensa.

—Qué le prometísteis?

—Todo lo que me pidiese.

—No se ha presentado todavía?

—No.

—Eso es mucho mas milagroso que su prediccion. Pues señor, necesitamos á ese hombre.

—Y cómo nos hemos de gobernar?

—Decidme su nombre, condesa.

—Tiene dos.

—Procedamos con órden. Cuál es el primero?

—El conde de Fenix.

—Cómo! Aquel sujeto que me designásteis el dia de vuestra presentacion?

—El mismo.

—Aquel prusiano?

—Aquel prusiano.

—Oh! Ya no tengo confianza en el, porque todos los brujos que he conocido tenian nombres acabados en *i* ó en *o*.

—Perfectamente, duque: su segundo nombre acaba como quereis.

—Y cuál es ese segundo nombre?

—José Bálsamo.

—Y no teneis medio de dar con él?

—Pensaré en ello, duque, pues creo acordarme de alguno que le conoce.

—Bien; pero apresuraos, condesa, porque son ya los tres cuartos para la una.

—Estoy pronta.—Eh! Mi coche.

Diez minutos despues corrian al encuentro de los cazadores el duque de Richelieu y la condesa Dubarry.

CAPÍTULO XV.

La caza del brujo.

Una larga fila de carruajes obstruia todas las avenidas del bosque de Marly, en que el rey se divertia cazando, aunque aquello se llamaba propiamente una cacería de siesta, porque en efecto, durante los últimos años de su vida no cazaba Luis XV con escopeta ni redes, contentándose con ver cazar.

Aquellos de nuestros lectores que hayan leido á Plutarco, se acordarán sin duda

de aquel cocinero de Marco Antonio que de hora en hora colocaba un jabalí en el asador, á fin de que entre los cinco ó seis que al mismo tiempo se asaban, hubiese uno siempre en sazon para el instante preciso en que Marco Antonio se sentase á la mesa.

Consistia esto en que Marco Antonio tenia negocios á manos llanas en el gobierno del Asia Menor; administraba justicia por sí mismo; y como los habitantes de la Cilicia son muy grandes ladrones segun asegura Juvenal, hallábase siempre sumamente ocupado. Tenia, pues, siempre cinco ó seis piezas en el asador, para cuando casualmente le permitian tomar un bocado sus altas funciones dejuez.

Lo mismo sucedia á Luis XV, pues siempre contaba en las cacerias de siesta con dos ó tres corzos que se arrojaban al bosque á horas distintas, y con arreglo á la disposicion en que se hallaba elejia para su diversion la pieza mas inmediata ó la que aparecia á mayor distancia.

El dia de que hablamos habia declarado Su Majestad que cazaria hasta las

cuatro, por lo cual se habia dado suelta á eso de las doce á un venado que prometia durar hasta la hora designada.

Por su parte se proponia Mme. Dubarry seguir al rey con tanta fidelidad como el rey se habia propuesto seguir al venado.

Pero el cazador pone y Dios dispone: una combinacion casual trastornó el magnífico proyecto de Mme. Dubarry; de modo que esta encontró en la casualidad un adversario casi tan caprichoso como ella.

Asi fue que al paso que hablando de política con Mr. de Richelieu corría al encuentro del rey, quien por su parte coria en pos del venado, y saludaban el mariscal y la condesa cortesmente á cuantos cazadores iban encontrando, divisaron ambos como á cincuenta pasos del camino y sobre la yerba de una verde pradera un pobre y desvencijado calesin roto, cuyas ruedas se habian vuelto al cielo como pidiendo compasion, en tanto que los dos caballos negros que debieran conducirlo rumiaban tranquilamente, el uno la corteza de los árboles y el otro la capa de musgo fresco que se estendia á sus pies.

Los caballos de Mme. Dubarry, preciosa pareja que el rey le regalara, habian dejado muy atras á los demas carruajes, y fueron por consiguiente los primeros que llegaron á las inmediaciones del calesin hecho pedazos.

—Dios mio! Aquí ha habido alguna desgracia, dijo con tranquilidad la condesa.

—A fe mia que si, añadió el duque de Richelieu flemáticamente, porque en la corte nunca está en boga la sensibilidad: ese calesin se ha hecho añicos.

—Callad! No es un muerto eso que se ve sobre la yerba? preguntó la condesa. Mirad, mirad.

—No lo creo, supuesto que se mueve.

—Es hombre ó mujer?

—Me es imposible decíroslo, porque soy algo corto de vista.

—Toma! Nos está saludando.

—Lo cual indica que no ha muerto.

Y al mismo tiempo se quitó Richelieu su tricornio con la mayor política.

—Oh! Oh! condesa! dijo en seguida; me parece...

—Y tambien á mí.

—Que es Su Excelencia el príncipe Luis.

—El cardenal de Rohan en cuerpo y alma.

—Qué diablos hace ahí...?

—Ahora lo sabremos, dijo la condesa. Champagne, acerca el coche á ese calesin destrozado.

El cochero de la condesa se separó del camino y entró con la carroza en la pradera.

—No hay duda, es monseñor, dijo Richelieu.

Era él en efecto, que se habia tendido sobre la yerba esperando á que pasase por allí algun conocido suyo; de modo que al ver que Mme. Dubarry se dirijia hácia él, se levantó.

—Tengo el honor de saludaros, señora condesa, dijo con el mayor respeto.

—Cómo! Vos aquí, cardenal!

—Ya lo veis.

—Pero á pie...

—No, señora, sentado.

—Os habeis herido!

—No por cierto.

—Y por qué casualidad os encontrais de ese modo?

—No me hableis de eso por Dios: ese maldito cochero, animal en dos patas, si los hay, á pesar de haber venido de Inglaterra, ha entendido mis órdenes al revés, pues en vez de cortar el camino por el campo para alcanzar á los cazadores, ha hecho dar al calesin una vuelta tan rápida, que lo ha volcado, haciéndome perder todo lo que valia antes de romperse.

—No os quejeis, cardenal, porque un cochero frances os hubiera roto la cabeza contra algun árbol ó las costillas contra un ribazo.

—Quizás teneis razon.

—Consolaos pues.

—Oh, condesa! Soy bastante filósofo: lo único que siento es verme precisado á esperar, porque esto es muy cruel.

—Qué es eso de esperar? Puede un Rohan estar esperando alguna vez?

—Ahora, por ejemplo. Cómo lo he de remediar?

—No será así, pues primero bajaré de mi carroza, que permitir que os quedeis así.

—Señora, por Dios; me ruborizais.

—Subid, príncipe, subid.

—Os doy mil gracias, señora; pero deseo aguardar á Soubise, que anda corriendo la caza y que no puede tardar en pasar por aquí.

—Y si toma otro camino?

—No importa.

—Monseñor, dadme el gusto que os pido.

—Os repito, señora, que quedo muy reconocido á vuestras bondades.

—Mas por qué me desairais?

—Porque no quiero molestaros.

—Cardenal, si os empeñais en desairarme, os juro que bajaré del carruaje, que haré á uno de mis pajes sostener la cola de mi vestido y echaré á correr por el bosque como una Driada.

El cardenal se sonrió; y conociendo que se interpretaria mal su obstinada resistencia, se decidió á aceptar el ofrecimiento que se le hacia.

El duque habia cedido ya su puesto que era el fondo del carruaje colocándose al vidrio; y aunque el cardenal no que-

ria consentir aquel honor, se mantuvo el mariscal inflexible.

No tardaron mucho los caballos de la condesa en ganar el tiempo perdido.

—Perdonad, monseñor, si os dirijo una pregunta, dijo la condesa al cardenal. Os habeis reconciliado ya con la caza?

—Cómo así?

—Porque esta es la primera vez que os veo tomar parte en esta diversión.

—No lo creais, condesa. Habia venido á Versalles para tener el honor de ofrecer mis respetos á Su Majestad, cuando he sabido que estaba en el bosque de Marly. Por otra parte, tenia que hablarle de un asunto muy urjente, y he corrido á su encuentro; pero gracias á ese maldito cochero ingles, no solo me será imposible hablar al rey, sino que faltaré á una cita que tengo en la ciudad.

—Ya lo veis, condesa, dijo el duque riéndose; monseñor os declara francamente las cosas... Monseñor tiene una cita.

—A la cual faltaré sin la menor duda, repuso el cardenal.

—Y qué! Puede faltar á nada un car-

denal y un príncipe? replicó la condesa.

—Seria preciso que Dios hiciese un milagro.

El duque y la condesa se miraron, porque la palabra milagro les traia á la memoria un recuerdo reciente.

—Ya que de eso hablais, dijo la condesa, os declaro con la mayor franqueza que celebro mucho haber encontrado hoy á un príncipe de la iglesia para preguntarle si cree en ellos.

—En qué, señora?

—En milagros, añadió el duque.

—Segun las escrituras, el creer en en ellos es artículo de fé, respondió el cardenal procurando aparentar la mayor compostura.

—Oh! esclamó la condesa; no me refiero á los milagros antiguos.

—Pues de qué milagros hablais?

—De los modernos.

—Estos son mucho mas raros, observó el cardenal; y con todo...

—Qué?

—He visto cosas, que si no eran milagros, al menos me han parecido in-

creibles.

—Decís que las habeis visto, príncipe?

—Os lo aseguro bajo palabra de honor.

—No ignorais, condesa, dijo Richelieu, que Su Excelencia tiene fama de hallarse en relacion con espíritus, lo cual no es á la verdad muy ortodoxo.

—Pero debe ser muy cómodo y divertido, replicó la condesa.

—Y qué habeis visto, príncipe.

—He jurado guardar secreto.

—Oh! Oh! La cosa es mas séria de lo que parece.

—En efecto, señora; lo es

—Pero si habeis jurado guardar secreto acerca de la brujeria, no será lo mismo respecto al brujo.

—No.

—Pues bien, príncipe, debo manifestaros que el duque y yo hemos salido á caza de un hechicero, cualquiera que este sea.

—Es cierto?

—Como lo oís.

—Pues cazad al mio.

—Es lo que mas deseo.

—Condesa, lo teneis á vuestra disposicion.

—Y tambien á la mia, príncipe?

—Tambien á la vuestra, duque.

—Cómo se llama?

—El conde de Fenix.

Mme. Dubarry y el duque volvieron á mirarse perdiendo el color.

—Es cosa singular! esclamaron á un tiempo.

—Le conoceis por ventura? preguntó el cardenal.

—No. Y le teneis por brujo?

—Por brujo y por archi-brujo.

—Le habeis hablado?

—Por supuesto.

—Y qué os ha parecido?

—Un hombre completísimo...

—Y con qué motivo?...

—Para que me dijese la buenaventura.

—Y acertó?

—Me refirió cosas del otro mundo.

—No tiene mas nombre que el de conde de Fenix?

—Si; tambien he oido que se llama...

—Cómo? Cómo? preguntó la condesa con impaciencia.

—José Balsamo.

Mme. Dubarry juntó las manos mirando á Richelieu, y este se rascó la punta de la nariz mirando á la condesa.

—Es muy negro el diablo? volvió á decir la primera.

—El diablo, condesa! No le he visto.

—Qué estais haciendo, señora? esclamó Richelieu. No seria mal encuentro para un cardenal!

—Ah! Conque os han dicho la buenaventura sin enseñaros el diablo?

—Oh! Por supuesto, contestó el cardenal: solo se lo enseñan á la jente de poco mas ó menos, mas á nosotros....

—Por mucho que me digais, príncipe, el resultado es que en esos negocios anda metido el diablo hasta las orejas.

—Asi lo creo yo tambien.

—Llamas verdes, no es esto? Espectros, parrillas infernales y calderas que despiden un olor detestable...

—Nada de eso; mi brujo es hombre de distinguidos modales, de fina educación

/ recibe en su casa perfectamente.

—Y qué! No ireis, condesa, á consultar vuestro horóscopo con ese hechicero? preguntó el duque.

—Lo deseo infinito y no puedo negarlo.

—Pues á ello, señora.

—Pero á dónde he de ir? preguntó Mme. Dubarry creyendo que el cardenal iba á darle las señas de la habitacion del brujo.

—Tiene un aposento elegantemente amueblado.

—Y la casa?

—Es muy decente aunque de arquitectura singular.

La condesa no podia ya contenerse al ver que no comprendian sus preguntas; pero Richelieu acudió en su ausilio diciendo al cardenal:

—No conoceis, monseñor, que la condesa se desespera porque no le descubrís dónde vive vuestro hechicero?

—Ah! Quereis saber las señas de su casa?

—Sí.

—Eso es otra cosa. Esperad un poco...

No... Sí... No... Es en el Marais, casi al llegar al Boulevard, calle de san Francisco, ó de san Anastasio, ó de... No... No... Y sin embargo es nombre de santo.

—Vamos, decid qué santo, ya que debeis conocerlos todos.

—No lo creais; conozco muy pocos; pero en fin, poco importa eso, supuesto que el bribon de mi lacayo lo sabe.

—Justamente viene en la trasera, dijo el duque. Eh, Champagne, para, para un momento!

Y el mariscal tiró al mismo tiempo del cordon que correspondia al dedo meñique del cochero. Este detuvo al instante la carroza.

—Oliva, dijo el cardenal, estás ahí, pícaro?

—Sí, monseñor.

—En dónde estuvimos una noche hácia el Marais?

El lacayo se habia enterado perfectamente de toda la conversacion, pero se hizo desentendido y respondió como si recordase en su memoria.

—En el Marais...

—Sí, cerca del Boulevard.

—Qué dia, monseñor?

—El mismo en que volví de San Dionisio.

—De San Dionisio? repitió Oliva para hacerse de rogar y finjiendo la mayor naturalidad.

—Si, si; y me esperaste con el coche al lado del Boulevard, si mal no me acuardo.

—Ah! Ya caigo, monseñor; por cierto que un hombre metió en el carruaje un bulto muy pesado... Ya, ya estoy.

—Será lo que dices, pero animal quién te habla de eso?

—Pues qué desea monseñor?

—Saber el nombre de la calle.

—Calle de San Claudio, monseñor.

—San Claudio... Eso es, esclamó el cardenal: hubiera apostado á que tiene nombre de santo.

—Calle de San Claudio! repitió la condesa dirijiendo á Richelieu una mirada tan espresiva, que el mariscal temiendo siempre que se descubriesen sus secretos, sobre todo cuando andaba metido en alguna conspiracion, interrumpió á Mme. Du-

barry con estas palabras:

—Condesa, condesa, el rey.

—En dónde?

—Allá abajo.

—El rey! El rey! gritó Juana: á la izquierda, Champagne: á la izquierda, que no nos vea Su Majestad.

—Y por qué, condesa? dijo el cardenal admirado. Pues yo creia que me conducíais á su presencia.

—Ah! es verdad. Se me figura haberos oido decir que deseais ver al rey.

—No he venido á otra cosa.

—Pues bien: mi coche os conducirá.

—Y vos?

—Me quedaré aquí con el duque.

—Sin embargo, condesa...

—No os opongais á ello, príncipe; os lo ruego encarecidamente, supuesto que cada cual debe atender á sus negocios. El rey está allá abajo, en aquel bosque de castaños y podreis hablarle. Hola, Champagne!

Champagne se detuvo de nuevo.

—Déjanos bajar, y lleva á Su Excelencia hasta encontrar al rey.

—Conque al fin he de ir solo?

—No quereis decir al rey algo urjente?

—Es verdad.

—Pues se lo direis sin testigos.

—Vuestra bondad me encanta, condesa.

Y el prelado besó con galanteria al decir esto la mano de Mme. Dubarry.

—Y en dónde pensais permanecer vos? la preguntó despues.

—Aquí, á la sombra.

—Es que el rey os buscará.

—Tanto mejor.

—Y no estará contento hasta que os halle.

—Lo cual le servirá de pesadumbre, que es lo que yo deseo.

—Sois adorable, condesa.

—Eso es precisamente lo que el rey me dice despues que le atormento. Champagne, despues dejará su eminencia volverás aquí á escape.

—Está bien, señora condesa.

—Adios, duque, dijo el cardenal.

Este echó pie á tierra con la conde-

sa, lijera como una fujitiva de convento, y la carroza partió á galope hacia el sitio en que S. M. C. buscaba con ávidos ojos aquella maliciosa condesa, que todos menos él habian visto.

Mme. Dubarry entretanto no perdió el tiempo: se apoderó del brazo del duque y le dijo:

—Sabeis que no parece sino que el mismo Dios nos ha enviado hoy al cardenal?

—Sí; por librarse de él, contestó Richelieu; ya lo comprendo.

—No; ha sido para darnos los medios de encontrar á nuestro hombre.

—Es decir que hemos de ir á su casa...

—Por su puesto: solo que....

—Qué es eso, condesa?

—Confieso que tengo miedo.

—De quién?

—Del brujo. Oh! Yo soy muy crédula.

—Demonio!

—Y vos? Creeis en hechiceros?

—Condesa, soy incapaz de decir que no.

—Ya veis; la historia de mi predicion....

—Oh! es un hecho. Y yo mismo.... añadió el anciano mariscal rascándose la oreja.

—Qué?

—He conocido tambien á un brujo...

—Báh!

—Como que me hizo cierto dia un servicio muy señalado.

—Qué servicio, duque?

—Me resucitó.

—Os resucitó! A vos!

—Lo que oís, supuesto que estaba muerto.

—Dios mio! contadme eso, duque,

—Pongámonos mas al abrigo.

—Sois muy cobarde.

—Nada de eso; soy prudente.

—Estamos bien aquí?

—Muy bien.

—Pues volvamos á vuestra historia.

—Es como sigue. Yo estaba en Viena; aquellos eran los mejores tiempos de mi embajada; y así recibí una noche á la luz de un reverbero cierta estocada furibun-

da que me atravesó de parte á parte. Hizo todo el daño una espada de marido que es la cosa mas abominable del mundo; pero yo caí, me levantaron del suelo y vieron que estaba muerto.

—Muerto!

—O poco menos. Al mismo tiempo pasaba un brujo, y enterado del caso hizo que se detuviesen los que ya me llevaban, derramó tres gotas de un licor sobre la herida y otras tres en mis labios. Al punto se estancó la sangre, empecé á respirar, abrí los ojos y me encontré sano y bueno.

—Duque, ese fué un milagro de Dios.

—Hé ahí justamente lo que me asusta á veces, pues á mí se me figura que fué un milagro del diablo.

—Y tal vez acerteis, porque parece imposible que Dios quisiese conservar un bribon como vos: á cada uno lo suyo. Y vive aun vuestro brujo?

—No lo creo, á no ser que haya encontrado el secreto del oro potable.

—Como vos, mariscal?

—Conque creeis que existe?

—Yo creo en todo. Era muy viejo?

—Un Matusalen.

—Su nombre era griego y espresivo: *Allhotas*.

—Terrible nombre, mariscal:

—Cuando yo os lo decia!

—Ya vuelve la carroza.

—Me alegro

—Estamos decididos?

—Si por cierto.

—Nos vamos á Paris?

—A Paris.

—Y á la calle de San Claudio?

—Con mucho gusto: pero el rey os aguarda tal vez.

—Eso me decidiria si no estuviese ya decidida. Me ha atormentado bien, y ahora le ha llegado su San Martin.

—Va á figurarse que os han robado, que os habeis perdido.

—Ya, porque me han visto con vos, mariscal.

—Condesa, yo tambien quiero ser franco: tengo miedo.

—De qué?

—Temo que conteis á alguna persona

lo que vamos á hacer y que se burlen de mí.

—Se burlarán de los dos, pues vamos juntos.

—En fin, estoy decidido, condesa, pero si me haceis traicion, diré....

—Qué?

—Que hoy me habeis dado una cita amorosa.

—Y nadie os creerá.

—Ah! condesita.... Si no estuviera tan cerca Su Majestad....

—Champagne! Champagne! Por aqui, por detras de la maleza para que nadie nos vea. Abre la portezuela, Jerman: ahora, cochero, á Paris calle de San Claudio, en el Marais y á todo escape.

CAPÍTULO XVI.

El correo.

Eran las seis de la tarde.

En aquel mismo aposento de la calle de San Claudio que ya han visitado en otra ocasion nuestros lectores, estaba sen-

tado Bálsamo junto á Lorenza despierta, y procuraba dulcificar por medio de la persuasion aquel espíritu que se mostraba rebelde á todas las súplicas.

Pero la jóven le miraba de reojo, como Dido á Eneas cuando este iba á abandonarla; solo hablaba para dirijirle reconvenciones y no estendia la mano mas que para rechazarle.

Se quejaba porque estaba presa, porque era esclava, porque no le era permitido respirar, y porque no podia admirar el sol. Asi que envidiaba la suerte de las mas infelices criaturas, de los pájaros y de las flores, y llamaba á Bálsamo su tirano.

Pasando despues de las reconvenciones á la ira, hacia añicos las ricas telas que aquel habia regalado con el objeto de distraer con apariencias de coqueteria la soledad que la habia impuesto.

Bálsamo por su parte le hablaba con ternura y la contemplaba con amor, y se conocia desde luego que aquella débil é irritable jóven ocupaba un lugar muy importante en su corazon, ya que no en

su existencia.

—Lorenza, hija mia, la decia: por qué ese prurito de hostilidad y de resistencia? Por qué no habeis de vivir conmigo, que os amo sobre toda ponderacion como una compañera amable y querida? Nada tendríais que desear si eso sucediese; tendríais libertad para dilatar vuestro ánimo al sol, como esas flores de que hace poco tiempo me hablábais, y para estender vuestras álas como esos pájaros cuya suerte envidiais. Iríamos juntos á todas partes, y veríais no solo ese magnífico sol que tanto os encanta, sino los soles facticios de los hombres, esas reuniones á que asisten las mujeres de este pais: de este modo seríais feliz, segun vuestro gusto, haciéndome dichoso á mi modo. Por qué no quereis esta ventura, Lorenza, cuando con vuestra hermosura y riqueza podeis escitar los celos de tantas mujeres?

—Porque me causais horror, contestó la joven.

Bálsamo la dirijió una mirada colérica en que se revelaba sin embargo su compasion, y la dijo:

—Vivid pues así, ya que vos misma os condenais; y supuesto que sois tan fiera, no os quejeis.

—No me quejaria si me dejáseis sola; no me quejaria si no me obligáseis á hablaros. Permaneced apartado de mi presencia, ó cuando entreis en mi cárcel nada me digais, y haré lo que hacen esos pobres pájaros del Sur cuando estan enjaulados y que mueren sin cantar.

Bálsamo hizo un esfuerzo sobre sí mismo y contestó:

—Vamos, Lorenza, algo mas de cariño y de resignacion: es preciso que leas en mi pecho, en este corazon que te ama sobre todas las cosas. Deseas libros?

—No.

—Por qué no? Los libros te distraeran.

—Quiero fastidiarme hasta el punto de morir.

Bálsamo se sonrió, ó por mejor decir, procuró sonreirse.

—Estás loca, le dijo, pues sabes bien que no morirás mientras yo esté aquí para atenderte y para curarte, si caes enferma.

—Oh! esclamó Lorenza, no me pon-

dreis buena el dia en que me encontreis estrangulada con esta banda que ataré á la ventana.

Bálsamo se estremeció.

—Ni el dia, prosiguió ella, en que abra este cuchillo y me lo clave en el corazon.

Pálido y cubierto de frio sudor la miró Bálsamo, y la dijo con amenazador acento:

—Tienes razon, Lorenza; ese dia no te pondré buena, ni trataré de curarte: ese dia te resucitaré.

Lorenza arrojó un grito de espanto, pues persuadida de que el poder de Bálsamo no tenia límites, creyó en su amenaza.

Bálsamo acababa de salvarse.

En tanto que la joven se abismaba en aquella nueva causa de desesperacion que no habia previsto, y mientras su razon vacilante se veia encerrada en un círculo de tormentos que no podia romper, la campanilla ajitada por Fritz resonó en los oidos del conde, repitiendo por tres veces otros tantos golpes redoblados.

—Un correo, dijo al punto.

Poco despues volvió á sonar la campanilla y Bálsamo murmuró:

—Es urjente.

—Ah! esclamó Lorenza; por fin vais á dejarme....

El conde estrechó su mano y contestó:

—Por última vez te invito á que vivamos en buena intelijencia y confraternidad; ya que el destino nos ha unido, convirtamos al destino en amigo y no en verdugo.

Lorenza no contestó: su mirada fija y triste parecia buscar en lo infinito un pensamiento que siempre huia de su mente y que tal vez no le era dado asir por haberlo perseguido con demasiado empeño, como sucede á las personas cuya vista se empapa repentinamente en luz, despues de haber vivido mucho tiempo entre tinieblas, esponiéndose así á una eterna noche.

Bálsamo besó la mano de Lorenza, sin que esta diese la menor señal de vida, y en seguida se acercó á la chimenea.

Al mismo tiempo sacudió la joven

aquel entorpecimiento de los sentidos que la embargaba, y fijó ávidamente sus ojos en él.

—Sí, murmuró el conde; quieres saber por donde salgo, á fin de huir algun dia detras de mí; por eso sacudes ese letargo; por eso me persiguen tus miradas.

Y pasándose al decir esto la mano por la frente, como si se impusiese á sí mismo una sentencia penosa, la estendió en seguida hacia la joven, y con acento imperativo la dijo mirándola con amenazadores ojos:

—Duerme.

No bien hubo pronunciado esta palabra, cuando Lorenza se plegó como una flor sobre su tallo; su cabeza vacilante por un momento se inclinó al fin, quedando apoyada sobre los almohadones del sofá, y sus manos de una blancura mate cayeron por ambos lados rozando su vestido de seda.

Bálsamo se acercó, y al contemplarla tan bella imprimió sus lábios en su hermosa frente.

Entonces pareció que se disipaba la

sombria nube que hasta entonces habia oscurecido la fisonomia de Lorenza, como si un soplo de amor se hubiese estendido sobre su frente: abrióse con estremecimiento su boca; nadaron sus ojos en voluptuosas lágrimas, y suspiró como sin duda suspiraron aquellos dichosos ánjeles que desde los primeros dias de la creacion amaron á los hijos de los hombres.

Bálsamo la miró enternecido como si no pudiese separarse de aquella contemplacion; pero oyendo de nuevo el sonido de la campanilla, corrió á la chimenea, apretó un resorte y desapareció.

Fritz le esperaba en el salon con un hombre en traje de correo, cuyas botas de montar eran enormes y las espuelas desmesuradamente largas.

La fisonomía vulgar de aquel individuo revelaba en él á un hombre del pueblo, y únicamente su mirada reflejaba una chispa del sagrado fuego que parecia haberle sido comunicado por una intelijencia superior á la suya.

Tenía la mano izquierda apoyada en

el nudoso y corto mango de un látigo, al paso que con la derecha hacia signos que Bálsamo reconoció despues de un breve exámen, y á los cuales contestó, aunque sin hablar palabra, tocándose la frente con el dedo índice.

La mano del postillon se apoyó entonces en el pecho, trazando al mismo tiempo cierto carácter que un profano no hubiera reconocido, pues era semejante al movimiento que hacemos para poner un boton.

A este último signo respondió el maestro enseñando á su mudo interlocutor una sortija que llevaba en el dedo.

Ante aquel terrible símbolo hincó una rodilla el enviado.

—De dónde vienes? le preguntó Bálsamo.

—De Rouen, maestro.

—En qué te ocupas?

—Soy correo al servicio de Mme. de Grammont.

—Quién te ha colocado en su casa?

—La voluntad del gran Copto.

—Qué orden has recibido al entrar en

su servicio?

—La de no tener secreto alguno para el maestro.

—Adónde vas?

—A Versalles.

—Qué llevas?

—Una carta.

—Para quién?

—Para el ministro.

—Dámela.

Hízolo asi el correo entregándole un pliego que acababa de sacar de una bolsa de cuero que llevaba á la espalda y preguntó:

—Debo esperar?

—Sí.

—Ya espero.

—Fritz.

El aleman se presentó al momento.

—Oculta á Sebastian en el comedor.

—Está muy bien, monseñor.

—Sabe mi nombre! murmuró el adepto con supersticioso terror.

—Lo sabe todo, le contestó Fritz llevándoselo consigo.

Bálsamo quedó solo y examinó el sello

lacrado de aquella carta, que una mirada suplicante del correo parecia haberle pedido que respetase en cuanto fuese posible.

En seguida subió al aposento de Lorenza pensativo y con lento paso, y abrió la puerta de comunicacion.

Lorenza dormia aun, pero hallábase fatigada, enervada por la inaccion: se apoderó de su mano que ella estrechó convulsivamente y colocó sobre su pecho la carta cerrada que el correo acababa de entregarle.

Acto contínuo la dijo:

—Ves?

—Si veo, respondió Lorenza.

—Qué objeto tengo en la mano?

—Una carta.

—Puedes leerla?

—Puedo.

—Pues bien, empieza.

Lorenza entonces con los ojos cerrados y la respiracion comprimida pronunció pausadamente las siguientes palabras que Bálsamo iba escribiendo á medida que salian de sus labios:

QUERIDO HERMANO:

«Segun lo habia yo previsto, mi des-«tierro al menos nos servirá para algo. «Hoy me he separado del presidente de «Rouen, que es de los nuestros, aunque «se manifiesta algo tímido; pero en fin, «habiendo invocado tu nombre se ha de-«cidido y las representaciones de su jente «llegarán á Versalles antes de ocho dias.

«Voy á salir inmediatamente para Ren-«nes, con el objeto de que se den prisa «Karadeuc y La Chalotais, quien no pa-«rece sino que están dormidos.

«Nuestro ajente de Caudebec ha lle-«gado á Rouen y le he visto: la Inglaterra «no se volverá atras despues de haber dado «los primeros pasos, y prepara una noti-«ficacion amarga á la corte de Versalles.

«X.... me ha preguntado si debe pu-«blicarla, y le he autorizado á ello. Pronto «recibirás los últimos folletos de Thevenot, «de Morande y de Delille contra la Dubar-«ry. Son petardos capaces de hacer volar «una plaza fuerte.

«Ha llegado hasta mis oidos el rumor «de una desgracia reciente; pero como

«nada me has escrito, me he reido de todo.
«Sin embargo, no me tengas asi entre du-
«das, y contéstame sin perder momento.
«Tu respuesta me encontrará en Caen, en
«donde tambien necesito hablar á algunos
«amigos.

«Adios; te saluda

LA DUQUESA DE GRAMMONT.»

Lorenza se detuvo despues de pronunciar estas últimas palabras.

—No ves otra cosa? la preguntó Bálsamo.

—Nada mas.

—No tiene posdata?

—No.

Bálsamo, cuya frente se habia serenado desde el momento en que se enteró del contenido de la carta, la cojió de nuevo entre sus manos y dijo:

—Pieza curiosa que algunas personas me pagarian bien. Pero cómo se escriben estas cosas! Oh! No hay duda; las mujeres son las que siempre pierden á los hombres superiores. Ese Choiseul no ha podido ser derribado por un ejército de

encarnizados enemigos, por un mundo entero de intrigas, y basta el soplo acariciador de una mujer para aniquilarlo. Sí, todos perecemos por la traicion ó por la debilidad de las mujeres: si tenemos un corazon, si en ese corazon hay una sola fibra sensible, estamos perdidos.

Al decir esto miraba con inesplicable ternura á Lorenza que palpitaba bajo el peso de su poderosa influencia.

—Es verdad lo que pienso? la dijo.

—No, no, no es verdad, replicó la jóven decididamente. Ya sabes que te amo demasiado para perjudicarte como todas esas mujeres sin conciencia ni corazon.

Bálsamo se dejó estrechar por los brazos de su encantadora, pero al mismo tiempo resonó dos veces seguidas la campanilla de Fritz.

—Dos visitas! esclamó el conde.

Otro violento campanillazo acabó la frase telegráfica de Fritz.

—Importantes! añadió el maestro.

Y arrancándose de los brazos de Lorenza, salió de la estancia, dejando dormida á la jóven.

Bálsamo encontró al correo que esperaba sus órdenes y le dijo:

—Ahí tienes la carta.

—Qué he de hacer?

—Entregarla á quien va dirijida.

—Nada mas?

—Nada mas.

El adepto examinó el sobre y el sello, y al ver que estaban tan intactos como antes, no pudo disimular un movimiento de placer y se retiró.

—Desgracia es no conservar ese papel autógrafo, murmuró Bálsamo, y mayor desgracia la imposibilidad de que pase á poder del rey por manos seguras.

Fritz se presentó delante de él.

—Quiénes son? le preguntó el conde.

—Una mujer y un hombre.

—Han venido aquí antes de ahora?

—No.

—Los conoces?

—No.

—Es jóven la mujer?

—Jóven y bonita.

—Y el hombre?

—Tendrá unos sesenta ó sesenta y

cinco años.

—En dónde están?

—En el salon.

Bálsamo se dirijió á su encuentro.

CAPÍTULO XVII.

Evocacion.

La condesa llevaba enteramente cubierto el rostro con un velo, pues tuvo el tiempo suficiente para entrar en su casa de París y ponerse un traje propio de las señoras de la clase media.

Llegó en un fiacre al edificio de la calle de San Claudio en compañia del mariscal, quien se habia puesto un vestido de color gris, como un criado principal de una gran casa.

—Señor conde, dijo Mme. Dubarry, me reconoceis?

—Perfectamente, señora condesa.

Richelieu permanecia algo retirado y Bálsamo añadió:

—Tened la bondad de sentaros, seño-

ra, y vos tambien caballero.

—El señor es mi mayordomo, replicó la condesa.

—Os equivocais, señora, repuso Bálsamo inclinándose, el señor es el mariscal duque de Richelieu, á quien conozco muy bien, y que se mostrará muy ingrato si me ha olvidado.

—Cómo así? preguntó el duque algo desconcertado.

—Señor duque, me parece que los que nos han salvado la vida tienen algun derecho á nuestra gratitud.

—Ah! Ah! esclamó la condesa riéndose. Lo habeis oido?

—Y me habeis salvado vos la vida, señor conde?

—Sí, monseñor, en Viena, en 1725, cuando érais embajador.

—En 1725! Pero si en esa época no habíais nacido....

Bálsamo se sonrió y dijo:

—Paréceme que sí, monseñor, supuesto que os encontré moribundo, ó mejor dicho, muerto en una litera: acabábais de recibir una estocada que os atra-

vesó el pecho, y por mas señas que vertí tres gotas de mi elíxir en vuestra herida... Ahí mismo, en ese sitio en que con vuestra mano estrujais vuestra ropilla de paño de Alenzon, que por cierto es demasiado fina para un mayordomo.

—Sin embargo, señor conde, lo mas que teneis son de treinta á treinta y cinco años....

—Vamos, vamos, duque, le interrumpió la condesa riéndose á carcajadas: os olvidais que hablamos con un hechicero.

—Estoy estupefacto, condesa, pero en tal caso, el señor conde debe llamarse....

—Oh! No ignorais, señor duque, que nosotros los brujos cambiamos de nombre en todas las nuevas jeneraciones. En 1725, por ejemplo, era la moda que los nombres acabasen en *us*, en *os* y en *as*, de modo que nada tendria de particular que en dicha época se me hubiese antojado dejar mi nombre por tomar algun otro griego ó latino. Sea de esto lo que sea, estoy á vuestras órdenes, señora condesa, y á las vuestras, señor duque.

—Conde, el mariscal y yo venimos á

consultaros.

—De lo que resulta para mí muchísimo honor, y en particular si habeis concebido naturalmente esa idea.

—Tan naturalmente que mas no puede ser; figuraos que no puedo olvidar vuestra prediccion y que dudo mucho que se realice.

—Señora, nunca dudeis de las predicciones de la ciencia.

—Oh! murmuró Richelieu; la corona que habeis prometido á la condesa es una cosa muy aventurada, pues no se trata aquí de una herida que puede curarse con tres gotas de elixir.

—Ya lo sé; se trata de un ministro á quien se derriba con tres palabras, replicó Bálsamo. Qué tal? He acertado?

—De todo punto, contestó la condesa temblando. Duque, qué decís á esto?

—Oh! No os admireis por tan poco, prosiguió Bálsamo: quien contempla la inquietud de Mme. Dubarry y del duque de Richelieu debe adivinar el motivo de ella sin acudir á brujerías.

—De modo, esclamó Richelieu, que

me obligais á que os adore si nos indicais el remedio.

—Para la enfermedad que os aqueja?

—Sí, para la enfermedad llamada Choiseul.

—Y deseais curaros de ella?

—Oh, gran májico! Lo habeis adivinado.

—Señor conde, espero que no nos dejareis en este atolladero, dijo la condesa, porque en ello se interesa vuestro honor.

—Estoy pronto, señora, á serviros lo mejor que pueda; pero quisiera saber si el señor duque no tenia alguna idea fija al venir aquí.

—Lo confieso, señor conde; y por cierto que es un placer encontrar un hechicero á quien se le puede dar el título de conde, porque siempre se halla uno en su elemento.

Bálsamo le respondió riéndose:

—Vamos pues, sed franco.

—Eso es lo único que deseo, dijo el duque.

—Queríais por ejemplo consultarme acerca de alguna cosa....

—Es verdad.

—Ah taimado! repuso la condesa; y nada me habia dicho...

—Solo al señor conde podia yo declarar eso, y con muchísimo sijilo.

—Por qué? duque.

—Porque os hubiérais ruborizado en estremo, condesa.

—Oh! decidlo, mariscal, para contentar mi curiosidad, pues me he dado colorete y no se notará mi rubor.

—Ea pues, hé aquí lo que he pensado, replicó el mariscal; pero cuidado, condesa, porque voy á tirar la casa por la ventana.

—Tiradla, duque, tiradla.

—Es que vais á sacudirme una felpa si digo lo que quiero decir.

—Oh! Vos no estais acostumbrado á ser tan mal tratado por las damas, dijo Bálsamo al anciano mariscal, que quedó muy pagado del cumplimiento.

—Corriente, corriente: voy á decirlo, aun cuando disguste á la condesa, y al rey, y á.... pero cómo he de hablar?

—Ah! qué pesadez! esclamó la condesa.

—Lo quereis?

—Sí.

—De veras?

—Sí, mil veces sí.

—Pues pecho al agua. Siento mucho decirlo, señor conde, pero el hecho es que hoy nada divierte á Su Majestad. La idea no es mia sino de Mme. de Maintenon.

—Nada hay en ella que pueda herirme, duque, dijo Mme. Dubarry.

—Tanto mejor y me felicito por ello: por consiguiente será preciso que el señor conde que fabrica elíxires tan preciosos...

—Fabricase uno, dijo Bálsamo, que despertase en el rey la facultad de poderse divertir.

—Justamente.

—Vamos, señor duque, eso seria remontarnos á la infancia del arte, al *a*, *b*, *c*, del oficio. Un charlatan cualquiera puede encontrar un filtro.

—Cuya virtud, repuso el duque, pueda ponerse á cuenta del mérito de la condesa.

—Duque! esclamó esta.

—Ah! ya sabia yo que al fin os habíais de enfadar; pero al fin, vos lo habeis querido.

—Monseñor, replicó Bálsamo, habeis tenido razon; la señora condesa se ruboriza; pero como deciamos poco hace, aqui no se trata de heridas ni de amor. Me parece escusado advertiros que con un filtro no desembarazareis á la Francia de la persona de Mr. de Choiseul. En efecto, aunque el rey amase diez veces mas de lo que ama á la señora condesa, lo cual tengo por imposible, Mr. de Choiseul conservaria en su ánimo el prestijio y la influencia que la señora condesa ejerce en su corazon.

—Es cierto, respondió el mariscal; pero ese era nuestro único recurso.

—Lo creeis asi?

—Y qué! Podeis encontrar otro?

—Oh! Creo la cosa sumamente fácil.

—Ya lo oís, condesa, sumamente fácil; estos brujos de nada dudan.

—Y por qué hemos de dudar, cuando solo se trata de probar al rey que Mr. de Choiseul le hace traicion? Se entiende en

concepto del rey mismo, porque el ministro no cree ser traidor haciendo lo que hace.

—Y qué hace?

—Condesa, lo sabeis tan bien como yo: sostiene la rebelion del parlamento contra la autoridad real.

—Ya; pero seria preciso saber por qué medio.

—Por medio de ajentes, á quienes escita ofreciéndoles completa impunidad.

—Y qué ajentes son esos? Hé ahí lo que necesitamos.

—Creeis por ventura que Mme. de Grammont no se ha marchado para exaltar á los decididos y para enardecer á los irresolutos?

—Estoy persuadida de que no ha ido á otra cosa, repuso la condesa.

—Ya; pero el rey solo ve en su viaje un simple destierro.

—Tambien es cierto.

—Y cómo probarle que tiene una significacion distinta de la que ha querido dársele?

—Acusando á Mme. de Grammont.

—Ah! si solo se tratase de acusarla! observó el mariscal.

—Por desgracia se trata de probar la acusacion, añadió la condesa.

—Y si esa acusacion se probase plenamente, creeis que Mr. de Choiseul seguiria siendo ministro?

—No por cierto, dijo la condesa.

—Pues bien; la única dificultad consiste en haber á las manos una traicion de Mr. de Choiseul, añadió Bálsamo con seguridad, y de presentarla de un modo claro, preciso y palpable á Su Majestad.

El mariscal se tendió en el sillon riéndose á carcajadas.

—Pues es nada menos que una friolera! esclamó. Y no duda del éxito! Cojer á Mr. de Choiseul en fragante delito de traicion!... Una bicoca que digamos!

Bálsamo permaneció impasible y esperó á que pasase el esceso de hilaridad del mariscal.

—Ea, dijo en seguida: hablemos con formalidad y recapitulemos.

—Sea así.

—No se sospecha que Mr. de Choiseul

sostiene la rebelion del parlamento?

—Convenidos; pero y la prueba?

—No se cree que Mr. de Choiseul trata de comprometer á la Francia contra la Inglaterra, á fin de reservarse el papel de hombre necesario?

—En efecto, eso se cree; pero y la prueba?

—Por último, no es Mr. de Choiseul enemigo declarado de la condesa, aqui presente, y no trata de derribarla por todos los medios posibles del trono que la he prometido?

—Oh! Eso no tiene la menor duda, esclamó la condesa; pero tambien se necesitaria probarlo.... Ah! Si yo pudiera!..

—Y para eso qué se requiere? Una miseria.

El mariscal empezó á soplarse los dedos y dijo irónicamente:

—Por supuesto, una miseria.

—Una carta confidencial por ejemplo, añadió Bálsamo.

—Ya se ve, nada mas que eso.

—Una carta de Mme. de Grammont, no es cierto, señor mariscal?

—Hechicero mio, mi buen hechicero, buscad una, esclamó Mme. Dubarry. Cinco años hace que lo estoy procurando; he gastado ciento veinte mil libras por año y no lo he conseguido.

—Porque no os habeis dirijido á mí, observó Bálsamo.

—Cómo!

—Sin duda: si me lo hubiéseis dicho...

—Qué?

—Yo os hubiera sacado de apuros.

—Vos?

—Yo mismo.

—Y es tarde, conde?

—No por cierto, dijo este sonriéndose.

—Ah, querido conde! gritó la Dubarry retorciéndose las manos.

—Conque quereis una carta?

—Sí.

—De Mme. de Grammont?

—Si es posible.

—Que comprometa á Mr. de Choiseul sobre los tres puntos que he indicado....

—Daria por poseerla.... mis ojos.

—Eso seria pagarla á un precio exorbitante, tanto mas cuanto esa carta....

—Acabad.

—Os la voy á dar de balde.

Y diciendo esto sacó de su bolsillo un papel doblado.

—Qué es esto? preguntó la condesa devorándolo con la vista.

—Sí, qué es eso? repitió el duque.

—La carta que deseais.

El conde en medio del mas profundo silencio, leyó á sus dos interlocutores admirados la copia de la carta que ya conocen nuestros lectores.

Conforme iba leyendo, la condesa abria desmesuradamente los ojos y empezaba á perder su aplomo.

—Demonio! murmuró al fin Richelieu: esa es una terrible calumnia, condesa, cuidado.

—Señor duque, es la copia sencilla, exacta y literal de una carta de la señora duquesa de Grammont, que un correo despachado esta mañana en Rouen va á entregar en Versalles, al señor duque de Choiseul.

—Dios mio! esclamó el mariscal. Es eso cierto?

—Yo siempre digo la verdad, monseñor.

—Es posible que la duquesa haya escrito semejante carta?

—La ha escrito, señor mariscal.

—Tanta imprudencia!

—En efecto, parece increible, pero es indudable.

El anciano duque miró á la condesa, que apenas podia articular una palabra:

—A la verdad, dijo por último, debeis perdonarme, conde, que mi opinion sea igual á la del duque, pues me cuesta trabajo creer que Mme. de Grammont, que es una mujer de talento, haya comprometido con un paso de esa naturaleza su posicion y la de su hermano. Ademas, para saber el contenido de una carta es preciso haberla leido.

—Hay mas, añadió el mariscal: si el conde hubiese leido esa carta, la hubiera conservado en su poder, porque es un tesoro muy precioso.

Bálsamo meneó suavemente la cabeza y dijo:

—Ese medio, monseñor, es bueno para

aquellos que abren la correspondencia á fin de conocer sus secretos, mas no para los que, como yo, pueden leerlos al través de los sobres de las cartas. Bah! Y qué interés tengo yo en perder á Mr. de Choiseul y á Mme. de Grammont? Venís á consultarme... como amigos, pues así debo al menos suponerlo... y os contesto con igual franqueza; deseais que os sirva y lo hago así, porque me figuro que no venís á satisfacerme un precio por la consulta como se hace con los adivinos del muelle de la Ferraille...

—Oh, conde! contestó Mme. Dubarry.

—Ello es que os doy un consejo y parece que no lo comprendeis. Me anunciais el deseo de derribar á Mr. de Choiseul; procurais buscar los medios conducentes al efecto; os cito uno que aprobais desde luego; lo pongo en vuestras manos y no creeis en él...

—Conde.... conde.... por Dios.... eso consiste en que....

—La carta existe, supuesto que esta es la copia.

—Pero, quién diablos os ha enterado?

preguntó Richelieu.

—Ah! Hé ahí el gran secreto... Quién me ha enterado! En un minuto quereis saber tanto como yo, tanto como el operario, tanto como el sabio, tanto como el adepto que ha vivido 3700 años.

—Oh! oh! murmuró Richelieu desanimado: vais á perder, señor conde, la buena opinion que habia formado de vos.

—No os pido que me creais, duque, pues no he sido yo quien ha ido á buscaros á la cacería del rey.

—Tiene razon, mariscal, observó la condesa. Señor conde, os ruego que no os impacienteis

—Señora, nunca se impacienta el que cuenta el tiempo por suyo.

—Vamos, sed condescendiente, y añadid este nuevo favor á los que ya me teneis hechos refiriéndome cómo se os han revelado semejantes secretos.

—No tengo por qué ocultarlo, contestó Bálsamo con tanta lentitud como si estudiase su respuesta palabra á palabra: se me ha hecho esa revelacion por una voz.

—Por una voz! esclamaron á un tiem-

po el duque y la condesa. Por una voz que sin duda os lo dice todo!

—Todo cuanto deseo saber.

—Y esa voz os ha enterado de lo que Mme. de Grammont ha escrito á su hermano?

—Os aseguro que sí, señora condesa.

—Es milagroso...

—Y no lo creeis?

—A fe mia que no, conde, dijo el mariscal. Cómo diablos pretendeis que crea uno cosas semejantes?

—Y las creereis si os digo lo que hace ahora el postillon que lleva la carta al ministro Choiseul?

—Ah! repuso la condesa.

—Yo creeré, respondió el duque, si oigo la voz, aunque no ignoro que los hechiceros y nigrománticos se reservan el privilejio esclusivo de ver y oir todo lo que es sobrenatural.

Bálsamo fijó la vista en Mr. de Richelieu con una espresion singular que estremeció á la condesa, ocasionando á aquel egoista cortesano un frio glacial en la nuca y en el corazon.

—Sí, dijo despues de largo silencio, solo yo veo y oigo los objetos y á los seres sobrenaturales; pero cuando estoy con personas de vuestro rango, de vuestro talento, duque, y de vuestra hermosura, condesa, abro mis tesoros y los divido. Os agradaria oir esa voz misteriosa que me revela todo?

—Sí, contestó el mariscal apretando los puños para no temblar.

—Si, balbuceó la condesa temblando.

—Pues bien, vais á oirla. En qué idioma quereis que hable?

—En frances, si os parece bien, respondió la condesa: no entiendo mas que él, y cualquier otro me infundiria miedo.

—Y vos, monseñor?

—En el que ha indicado la condesa, en frances; porque me gustará poder repetir lo que diga el diablo, y juzgar de su educacion y de si habla correctamente el idioma de mi amigo Mr. de Voltaire.

Bálsamo con la cabeza inclinada sobre el pecho se dirijió hácia la puerta del saloncito, que, como ya sabemos, se comunicaba con la escalera.

—Permitidme, dijo, que os encierre para no esponeros demasiado.

La condesa se puso pálida y se acercó al duque, á cuyo brazo se apoyó.

Bálsamo, casi arrimado á la puerta de la escalera, estendió el brazo hácia el punto de la casa en que se hallaba Lorenza y en lengua árabe pronunció con sonora voz estas palabras, que traduciremos en idioma vulgar:

—Amiga mia.... Me oyes? Si es asi, echa mano al cordon de la campanilla y hazla sonar dos veces.

En seguida esperó el efecto de sus palabras mirando al duque y á la condesa que prestaban tanta mayor atencion cuanto que no podian entender lo que acababa de decir el conde.

La campanilla sonó de allí á poco dos veces con claridad.

La condesa se estremeció en el sofá y el duque se enjugó la frente con su pañuelo.

—Ya que me oyes, prosiguió Bálsamo en el mismo idioma, aprieta el boton de mármol que figura el ojo derecho del leon

que adorna la chimenea y se abrirá la plancha, pasa por ella, atraviesa mi gabinete, baja la escalera y entra en la habitacion contigua á la en que yo estoy.

Pocos momentos despues, un ruido lijero, semejante al soplo del viento ó al vuelo de un fantasma, advirtió á Balsamo que sus órdenes habian sido comprendidas y ejecutadas.

—Qué lenguaje es ese? preguntó Richelieu finjiendo tranquilidad. Es el cabalístico?

—Sí, monseñor, el dialecto que se usa para la evocacion.

—Pero habeis dicho que lo entenderiamos.

—Lo que diga la voz, sí; mas no lo que diga yo.

—Y ha llegado ya el diablo?

—Quién os ha hablado del diablo, señor duque?

—Me parece que es el personaje á quien se invoca.

—Puede invocarse á todo ser superior, ó á todo espíritu sobrenatural.

—Y ese espíritu superior, ese ser so-

brenatural...

Bálsamo estendió la mano hácia la tapicería que ocultaba la puerta del aposento inmediato y contestó.

—Monseñor, está en comunicacion directa conmigo.

—Tengo miedo, murmuró la condesa. Y vos, duque?

—A la verdad, condesa, os confieso que mas quisiera hallarme en el asalto de Mahon, ó en la batalla de Filipsburgo.

—Señora condesa, y vos, señor duque, dijo Bálsamo con imponente acento, tened la bondad de prestar toda vuestra atencion, ya que habeis querido oir.

Y despues de pronunciar estas palabras, se volvió hácia la puerta.

CAPÍTULO XVIII.

La voz.

Hubo un instante de solemne silencio, y en seguida preguntó Bálsamo en francés:

—Estás ahí?

—Estoy, respondió una voz pura y

arjentina que atravesando puertas y tabiques resonó en los oidos de los que la escuchaban, mas como un timbre metálico que como acentos de voz humana.

—Hola! Esto se va haciendo interesante, dijo el duque, y eso que aquí no hay aparato, ni majia, ni fuegos de Bengala.

—Ah! Yo os aseguro que es una cosa terrible, murmuró la condesa.

—Atiende bien á mis preguntas, prosiguió Bálsamo.

—Ya atiendo.

—Dime en primer lugar cuantas personas están aquí conmigo.

—Dos.

—De qué sexo?

—Un hombre y una mujer.

—Quiero que leas en mi pensamiento el nombre del hombre.

—El señor duque de Richelieu.

—Ahora el de la mujer.

—La señora condesa Dubarry.

—Oh! Oh! murmuró el duque; el asunto es mas sério de lo que parece.

—Lo que os digo, repuso la condesa,

es que en mi vida he visto cosa semejante.

—Bien, añadió Bálsamo; es preciso que leas la primera frase de la carta que tengo en la mano.

La voz obedeció, y la condesa y el duque se miraron con un asombro indecible.

—Qué se ha hecho del orijinal de esta copia que he escrito porque tú me la has dictado?

—Está en camino

—Hácia qué lado?

—Hácia Occidente.

—Dista mucho de aquí?

—Oh! Sí; mucho, mucho.

—Quién la lleva?

—Un hombre con traje verde, sombrero de fieltro y botas de montar.

—Va á pié ó á caballo?

—A caballo.

—Qué caballo monta?

—Uno pio.

—En dónde le ves?

A esta pregunta sucedió un instante de silencio.

—Mira bien, dijo Bálsamo con imperio.

—En un camino real guarnecido de árboles.

—Pero, en qué camino?

—No lo sé, porque todos los caminos se parecen.

—Cómo! Nada te indica qué camino es ese? Ni una inscripcion? Ni una señal cualquiera?

—Esperad, esperad: ahora pasa un carruaje al lado del jinete con direccion á Paris.

—Qué carruaje es ese?

—Viene atestado de clérigos y de militares.

—Y no tiene rótulo alguno?

—Si por cierto.

—Quiero que lo leas.

—En la caja dice *Versalles*, y las letras aunque amarillas, estan casi borradas.

—Deja el carruaje y sigue al correo.

—Ya no le veo.

—Por qué?

—Porque hay un rodeo en el camino.

—Pues bien, sigue el rodeo y alcanza

al hombre.

—Oh! Corre á todo escape y mira su reloj.

—Qué ves delante de él?

—Una larga fila de magníficos edificios, una gran ciudad.

—No pierdas de vista el correo.

—Va le sigo.

—Qué hace?

—Espolea su caballo que está bañado en sudor y cuyas herraduras al herir el piso meten tanto ruido que llaman la atencion jeneral. Ah! el correo acaba de entrar en una prolongada calle que forma cuesta: ahora se dirije á la derecha y contiene la carrera de su corcel; ya se ha parado delante de la puerta de un palacio.

—Ahora es cuando debes seguirle con mas atencion. Me entiendes?

La voz arrojó un suspiro.

—Estás cansada; ya lo conozco.

—Oh! No puedo mas.

—Que desaparezca tu fatiga: yo lo mando.

—Ah!

—Qué hay?

—Gracias, gracias.

—Estás cansada todavia?

—No.

—Y ves al correo?

—Esperad.... Sí.... Sí.... Sube por una ancha escalera de piedra precedido de un criado con librea azul bordada de oro, atraviesa espaciosos salones magníficamente amueblados y llega á la puerta de un gabinete: el lacayo abre la puerta y se retira.

—Qué mas?

—El correo saluda.

—A quién?

—Esperad.... A un hombre sentado delante de un bufete y que está de espaldas á la puerta.

—Qué traje tiene?

—De gran lujo: está vestido como para un baile.

—Y sus condecoraciones?

—Se reducen á una cinta azul formando aspa.

—Y su rostro?

—No lo veo.... Ah!

—Qué?

—Ha vuelto la cara.

—Cuál es su fisonomia?

—Facciones regulares, mirada viva y penetrante y hermosos dientes.

—Su edad?

—De cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años.

—El duque! dijo la condesa en voz baja al mariscal: no hay duda; es el duque.

El maariscal contestó con un movimiento de cabeza que significaba:—En efecto, es el duque; pero escuchemos.

—Prosigue, dijo Bálsamo.

—El correo entrega al hombre de la cinta azul....

—Puedes llamarle duque, porque lo es.

—El correo, repitió la voz obediente, entrega al duque una carta: el duque la recibe y la lee con mucha atencion.

—Y qué mas?

—Coje una pluma, un pliego de papel y escribe.

—Escribe! murmuró Richelieu. Demonio! Si pudiéramos saber lo que escribe!... Seria una gran cosa.

—Dime lo que escribe, gritó Bálsamo.

—No puedo.

—Ya; porque estás lejos. Pues bien; entra en su gabinete.

—Estás ya?

—Sí.

—Inclínate por encima de su hombro.

—Ya lo hago.

—Puedes leer ahora?

—Su letra es malísima y muy desigual.

—No importa, lee; yo lo mando.

—«Querida hermana,» contestó la voz temblando y anhelante.

—Es la respuesta, murmuraron á un tiempo la condesa y el duque de Richelieu.

—«Querida hermana, volvió á decir la »voz, tranquilízate, pues si bien es verdad »que ha habido crísis, y crísis un poco »séria, ha pasado la tempestad. Espero el »dia de mañana con impaciencia, porque »cuento con tomar la ofensiva y todo me »hace esperar un resultado decisivo. Me »agrada lo del parlamento de Rouen, lo de »milord X..... y lo del petardo.

»Mañana, despues que despache con

»el rey, añadiré una *posdata* á mi carta »y te la remitiré por el correo portador »de la tuya.»

Bálsamo, con la mano izquierda estendida, parecia como que arrancaba con trabajo á la voz todas estas palabras, al paso que con la derecha iba trazando apresuradamente aquellas líneas que Mr. de Choiseul escribia en su gabinete de Versalles.

—Es eso todo? preguntó en seguida.

—Todo.

—Qué hace ahora el duque.

—Dobla el papel escrito y lo guarda en una cartera encarnada que ha sacado del bolsillo izquierdo de su chupa.

—Ya lo oís, dijo Bálsamo á la condesa.—Y ahora?

—Dspide al correo hablándole.

—Qué le dice?

—Solo he oido sus últimas palabras.

—Cuáles son?

—*A la una en la verja de Trianon.* El correo saluda y se retira.

—Eso es, dijo Richelieu, da cita al correo para cuando salga del despacho, como lo esplica en su carta.

Bálsamo hizo una seña con la mano encargando silencio.

—Qué mas hace el duque? volvió á preguntar.

—Se levanta conservando en la mano la carta que acaba de recibir, se dirije hacia su cama, se acerca á la pared, aprieta un resorte que descubre una caja de hierro, mete en ella la carta y vuelve á cerrar el escondite.

—Oh! esclamaron á un tiempo el duque y la condesa. Parece á la verdad cosa de májia.

—Sabeis ya, señora, todo lo que deseábais saber? dijo Bálsamo á la condesa.

—Señor conde, respondió Mme. Dubarry acercándose á él con terror, acabais de hacerme un servicio que pagaria con diez años de mi vida, ó mejor dicho, que nunca podré pagar. Pedidme lo que querais.

—Oh! señora, no ignorais que ambos tenemos una cuenta abierta.

—Oh! esplicadme lo que apeteceis.

—No es tiempo aun.

—Pues bien, cuando llegue, aun cuan-

do sea un millon.. .

Bálsamo se sonrió.

—Eh! condesa, repuso el mariscal; mas bien podríais pedir vos ese millon al conde. El hombre que sabe lo que él sabe, y sobre todo, que vé lo que él vé, no es capaz de descubrir el oro y los diamantes en las entrañas de la tierra, como descubre el pensamiento en el corazon y en la mente de los hombres?

—Es verdad, es verdad, respondió la condesa; conozco mi impotencia.

—No lo creais, condesa; algun dia me pagareis vuestras deudas, pues os proporcionaré la ocasion de hacerlo.

—Conde, dijo el duque á Bálsamo, me confieso subyugado, vencido, aniquilado.... En fin, yo creo.

—Como creyó Santo Tomás, no es esto señor duque? eso no se llama creer, sino ver.

—Llamadlo como os plazca, pero yo insisto en pagar la culpa, y cuando en lo sucesivo se me hable de brujos, ya sabré lo que he de contestar.

Bálsamo se echó á reir y dijo á la

condesa:

—Me permitís hacer una cosa?

—Cual?

—Mi espíritu se encuentra muy fatigado; dejadme pues que le devuelva su libertad por medio de una fórmula májica.

—Hacedlo, conde

—Gracias, Lorenza, dijo Balsamo en árabe. Te amo y te amaré siempre: vuelve á tu estancia por el mismo camino que te ha conducido hasta ahí, y espérame en ella. Vete, vete y descansa, querida mia.

—Oh! estoy rendida, contestó en italiano la voz, con mucha mayor dulzura que cuando respondia á las preguntas de Bálsamo durante la evocacion. Ven pronto Acharat.

—Al momento.

Un instante despues se oyeron los pasos de Lorenza que se alejaba.

Bálsamo dejó que trascurriesen algunos minutos para asegurarse de que la joven habia subido á su habitacion, y en seguida saludó profundamente pero con ma-

jestuosa dignidad al duque y á la condesa, quienes admirados y confundidos por la multitud de pensamientos distintos que esperimentaban, llegaron á su fiacre, mas bien como personas que habian perdido el conocimiento que como seres dotados de razon.

CAPÍTULO XIX.

Desgracia.

Daban precisamente las once al dia siguiente en el gran reloj de Versalles cuando el rey Luis XV salió de su habitacion, y atravesando la galería dijo en voz alta:

—Señor de la Vrilliere!

Estaba pálido y parecia ajitado, y cuanto mas esmero ponia en ocultar su desasosiego, tanto mas se conocia en sus miradas y en la tension de los músculos, por lo regular impasibles, de su rostro.

Un silencio profundo reinó al punto en los corrillos de los cortesanos, entre los cuales se hallaban el duque de Riche-

lieu y el conde Juan Dubarry, sumamente tranquilos y afectando la mayor indiferencia é ignorancia.

El duque de la Vrilliere se acercó al rey y recibió de sus manos una órden sellada.

—Está en Versalles el señor duque de Choiseul? preguntó Su Majestad.

—Sí, señor, desde ayer; pues llegó de Paris á las dos de la tarde.

—En su palacio ó en la corte?

—En la corte, señor.

—Bien; llevadle esa órden, duque.

Un estremecimiento glacial se apoderó de todos los espectadores, que al punto empezaron á cuchichear.

El rey, arrugando el entrecejo como si tratase de hacer aun mas imponente aquella escena, volvió á entrar bruscamente en su habitacion, seguido de su capitan de guardias y del comandante del cuerpo de caballería lijera que le acompañaban á todas partes.

Todas las miradas siguieron los pasos de Mr. de la Vrilliere quien no teniéndolas todas consigo por el paso que iba á dar

atravesaba lentamente el patio del palacio y se dirijia á las habitaciones de Mr. de Choiseul.

Todos hablaban entre tanto tímida ó audazmente en torno del anciano mariscal, que se hacia el admirado, pero de quien los demas desconfiaban por la maliciosa sonrisa que animaba su rostro.

Volvió al fin de su comision Mr. de la Vrilliere y todos le rodearon.

—Qué hay? le preguntaron.

—Nada; una órden de destierro.

—De veras?

—Ni mas ni menos.

—Duque, la habeis leido?

—Si por cierto.

—Hablais con formalidad?

—Ahora lo vereis.

Y el duque de la Vrilliere pronunció las siguientes palabras, que habia retenido en su memoria implacable, como memoria de cortesano:

«Primo mio; el descontento que me »causan vuestros servicios me obliga á »desterraros á Chanteloup, en donde debeis »estar en el término de veinte y cuatro

»horas. Os desterraria mas lejos, si no me-»diase la estimacion que profeso á Mme. de »Choiseul, cuya salud me interesa en es-»tremo. Espero que vuestra conducta no »me obligará á tomar otro partido.»

—Y qué os ha contestado el ex-ministro, señor de Saint-Florentin? le preguntó Richelieu, no queriendo dar al duque ni su nuevo título, ni su nuevo nombre.

—Me ha contestado:

«Señor duque, estoy persuadido del »placer que esperimentais al traerme esta »noticia.»

—Golpe duro habeis recibido, pobre duque, dijo Juan.

—Qué quereis? mayor ha sido el suyo, y no es estraño que desfogase la bilis sobre mí.

—Sabeis lo que va á hacer ahora? preguntó Richelieu.

—Obedecerá sin duda.

—Ya, dijo el mariscal.

—Aquí viene el duque, gritó Juan, que observaba desde la ventana todo lo que acontecia en la parte esterior.

—Viene? esclamó el duque de la Vri-

liere.

—Ya me lo figuraba yo, señor de Saint-Florentin.

—Como que atraviesa el patio, añadió Juan.

—Solo?

—Solo, con la cartera debajo del brazo.

—Dios mio! murmuró Richelieu. Tendremos hoy la escena de ayer?

—Oh! No me hableis de eso, replicó Juan, porque tiembla todo el cuerpo.

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando el duque de Choiseul con frente erguida y tranquilas miradas se presentó en la entrada de la galería, amenazando con su altivez tranquila á todos sus enemigos ó á los que iban á declararse tales en caso de desgracia.

Nadie esperaba semejante paso despues de lo que acababa de suceder, y por consiguiente nadie se opuso á él.

—Estais bien seguro de haber leido lo que decís? preguntó Juan.

—Bah!

—Y tiene valor para presentarse des-

pues de haber recibido semejante carta?

—Lo que os digo es que no lo entiendo.

—Pero el rey lo va á meter en la Bastilla.

—Lo cual producirá un nuevo escándalo.

—Lo sentiré infinito.

—Vamos; ya entra en el gabinete del rey.

En efecto, el duque sin hacer caso de la especie de resistencia que le oponia el ujier, se introdujo en la habitacion de Su Majestad que al verle exhaló una esclamacion.

El duque tenia entre sus manos su órden de destierro y se la mostró al rey sonriéndose.

—Señor, dijo, con arreglo á lo que Vuestra Majestad tuvo á bien decirme ayer acabo de recibir una nueva órden.

—En efecto, contestó el rey.

—Y como Vuestra Majestad me dijo ayer que no hiciese caso de órden alguna que no fuese ratificada por Vuestra Majestad, vengo á pediros la esplicacion verbal que necesito.

—Será corta, señor duque. Lo que es hoy la órden que habeis recibido está en su fuerza y vigor.

—En su fuerza y vigor! Una orden tan ofensiva para un servidor tan fiel!

—Un servidor fiel no hace representar á su monarca un papel ridículo.

—Señor, repuso el duque con altivez; he nacido demasiado cerca del trono para saber respetarlo.

—Caballero, dijo el rey, no quiero manteneros en una incertidumbre penosa. Ayer recibisteis un correo enviado por Mme. de Grammont.

—Es verdad.

—Y ese correo os entregó una carta.

—Está prohibido, señor, que una hermana escriba á su hermano?

—Esperad, esperad: estoy enterado del contenido de esa carta.

—Oh! señor!!...

—Aqui lo teneis... me he tomado el trabajo de copiarlo.

Y el rey enseñó al duque una copia exacta de la carta que este habia recibido.

—Señor! Señor!!!

—No lo negueis, duque: habeis guardado esta carta en una caja de hierro de vuestra misma alcoba.

El duque se puso pálido como un cadáver.

—Pero no es eso todo, prosiguió el rey sin piedad; pues habeis contestado tambien á Mme. de Grammont, y sé lo que le habeis escrito: teneis la carta en vuestra cartera y solo esperais el momento de salir de aquí para poner una *posdata* en ella Ya veis que estoy bastante instruido. Eh?

El duque enjugó su frente bañada de sudor frio, se inclinó sin responder una palabra y salió del gabinete temblando y vacilante, como si le hubiese atacado un accidente de apoplejía fulminante.

El aire de la galeria hizo que no cayese privado de sentido; pero era hombre de una voluntad de hierro. Atravesó la muchedumbre de cortesanos con altivez y entró en su despacho para guardar ó quemar papeles.

Un cuarto de hora despues salió del palacio en coche; pero su desgracia fué

un rayo que incendió toda la Francia.

Los parlamentos sostenidos en efecto por la tolerancia del ministro, proclamaron que el estado acababa de perder su mas fuerte apoyo. La nobleza contaba con él como suyo, y el clero se habia visto muchas veces lisonjeado por aquel hombre, cuya dignidad personal le daba una especie de sacerdocio en sus funciones ministeriales.

El partido enciclopédico ó filósofo, muy numeroso ya, y muy fuerte, porque reclutaba sus soldados entre los hombres ilustrados é instruidos, se alborotó al ver que huian las riendas del gobierno de las manos del ministro que incensaba á Voltaire, que pensionaba á la Enciclopedia, y que conservaba haciéndolas útiles las tradiciones de Mme. de Pompadour.

El pueblo tenia mayor razon que todos los descontentos: se quejaba tambien como siempre sin profundizar las cosas; pero el hecho era que daba en la dificultad, que sentia el mal y queria librarse de él.

Mr. de Choiseul, considerado bajo

el punto de vista jeneral, era un ministro malo y un mal ciudadano; pero comparado relativamente era un modelo de virtud, de moralidad y de patriotismo. En cuanto al pueblo, que se moria de hambre como de costumbre, oia hablar de las prodigalidades de Su Majestad, de los caprichos ruinosos de Mme. Dubarry, cuando se le dirijian avisos como los del *Hombre de los cuarenta escudos*, ó consejos como los del *Contrato Social*, ó revelaciones como las de las *Noticias del dia* y las *ideas singulares de un buen ciudadano*. Entonces era cuando el pueblo temblaba al figurarse que iba á caer entre las manos impuras de la favorita, y cuando cansado de tanto sufrir se admiraba inocentemente porque veia mas negro el porvenir que el pasado.

Y eso no consistia en que el pueblo, disgustado de todo, conservase simpatías. No era por cierto aficionado á los parlamentos, sus protectores naturales, porque siempre le habian abandonado por cuestiones particulares de egoismo; porque poco ilustrado en cuanto á la

omnipotencia real, conocia sin embargo, que los parlamentos se habian creado una especie de aristocracia entre la nobleza y el pueblo.

Tampoco queria á la nobleza, ni por instinto ni por recuerdo, porque temblaba ante la espada como aborrecia á la iglesia. Nada, pues, le interesaba respecto á la caida de Mr. de Choiseul; pero oia las quejas de la nobleza, del clero y del parlamento, y este ruido mezclado con sus propias murmuraciones le embriagaba.

Estos diversos sentimientos conquistaron á Mr. de Choiseul una especie de popularidad que no debia prometerse.

Todo Paris, pues esta asercion puede justificarse con pruebas, acompañó al desterrado de Chanteloup.

El pueblo se formaba al paso de los carruajes, y todos cuantos no habian tenido la fortuna ó la desgracia de ser recibidos por el duque, se apresuraron á saludarle cuando salia de Paris, como si les hubiese otorgado lo que solicitaban ó esperasen merecer su gracia.

La multitud se agolpó en la barrera

del Infierno que abre paso al camino de Turena, y fué tal la afluencia de jente, que el paso se encontró interceptado por mucho tiempo. Cuando el duque logró salir de aquel atolladero se vió cercado por mas de doscientos carruajes.

Mil aclamaciones y suspiros acompañaban su marcha; pero él conocia demasiado bien la situacion para dejar de conocer que todo aquel ruido no revelaba tanto sentimiento por su persona como recelo respecto á los hombres desconocidos que iban á influir en los negocios públicos.

Una silla de postas llegó á todo escape al mismo tiempo, atravesó por medio de la multitud, y sin un violento esfuerzo del postillon se hubieran precipitado los caballos contra el coche de Mr. de Choiseul.

Salió una cabeza por el ventanillo de aquel carruaje, y tambien el ex-ministro sacó la suya.

Mr. de Aiguillon saludó á este con respeto, y Mr. de Choiseul se retiró con viveza, pues un solo instante de amargura acababa de marchitar los frescos laureles

de su caida.

Pero al mismo tiempo, y sin duda como una compensacion, un coche con las armas de Francia conducido por ocho magníficos caballos hácia el camino de Sevres á Saint-Cloud, y que ya por casualidad ó por no incomodar á la multitud atravesaba el camino real, pasó asimismo inmediato á Mr. de Choiseul.

En aquel coche iba la delfina con su dama de honor, Mme. de Noailles, y con la señorita de Taverney.

Mr. de Choiseul esperimentó un vivo placer, y se asomó al ventanillo saludando profundamente.

—Señora, adios, dijo con voz entrecortada.

—Hasta la vista, señor de Choiseul, contestó la delfina con amable sonrisa.

—Viva el duque de Choiseul! gritó un hombre entusiasta al oir las palabras de la delfina.

La señorita Andrea volvió al punto la cabeza atraida por el sonido de aquella voz.

—Fuera! Fuera! gritaron los palafre-

neros de la princesa, obligando á Jilberto á retirarse, á pesar de sus deseos de verlo todo.

Era en efecto nuestro héroe filósofo que con entusiasmo imposible de describir seguia gritando:

—Viva! Viva el duque de Choiseul!

CAPÍTULO XX.

El Sr. duque de Aiguillon.

Al paso que en Paris y en el camino de Chanteloup todo se volvia amenazas y sentimiento, en Luciennes solo se veian rostros risueños y sonrisas encantadoras.

Consistia aquel cambio en que no solo brillaba en Luciennes la mujer mas bella y seductora, como decian los cortesanos y los poetas, sino una verdadera divinidad que gobernaba á la Francia.

Mme. Dubarry tenia tambien su policia secreta, y sabia perfectamente por Juan los nombres de todos los señores que se habian apresurado á ofrecer á Mr. de Choiseul el último testimonio de su adhe-

sion. Juan, pues, enteró bien á la condesa de cuanto habia sucedido, y por consiguiente quedaban escluidos de Luciennes sin la menor consideracion los mencionados nobles, al paso que el valor que otros habian deplegado contra la opinion pública se veia recompensado por la sonrisa protectora de la divinidad del dia.

Despues de haberse separado de los patios todos los coches, tuvieron lugar las recepciones particulares. Richelieu, el héroe de la jornada, héroe secreto, es verdad, y sobre todo modesto, vió pasar por su lado aquella muchedumbre de felicitantes y de pretendientes y ocupó el último sillon de la sala de recibo.

—Es preciso confesar, dijo la condesa, que el conde de Bálsamo, ó de Fenix, ó como os plazca llamarle, mi querido mariscal, es el primer hombre de los tiempos que alcanzamos. Seria una lástima que hoy se quemase á los brujos.

—Sí, condesa, sí; es un grande hombre, respondió Richelieu.

—Y muy amable, duque; como que me ha encaprichado.

—Vais á darme celos, condesa, observó Richelieu sonriéndose, al paso que se veia obligado á hablar con seriedad. Sin embargo, el tal conde seria un terrible ministro de policia.

—Ya me lo imajino, pero es un ministro imposible.

—Por qué? Porque con él serian imposibles sus cólegas.

—Cómo así?

—Todo lo sabria.... estaria al cabo de los mas oscuros manejos.

Y al decir esto se ruborizó el mismo Richelieu, prosiguiendo de este modo:

—Por mi parte, si yo fuese su cólega, desearia que me fiscalizase, que os diese parte de todas mis operaciones, porque siempre me veríais de rodillas delante de la dama, y fiel adicto á mi rey.

—Sois el hombre de mas talento que he conocido, duque; pero hablemos ya con alguna formalidad de nuestro ministerio.... Se me figura que deberíais haber escrito á vuestro sobrino.

—El duque de Aiguillon ha llegado, señora, y en circunstancias, al parecer

de muchos, sumamente favorables. Como que su carruaje se ha cruzado con el de Mr. de Choiseul.

—Ese es un famoso agüero. Conque vá á venir?

—He creido que la presencia de Mr. de Aigullon en Luciennes daria márjen á toda clase de comentarios, y por lo tanto le he suplicado que se quede en el pueblo hasta que yo le avise con arreglo á vuestras órdenes.

—Que venga sin tardanza, mariscal, pues estamos ya solos ó poco menos.

—Y lo haré con el mayor placer, supuesto que hemos quedado convenidos; no es verdad condesa?

—Si por cierto, enteramente convenidos. Vos preferís el ministerio de la guerra al de hacienda, no es esto? O quereis tal vez el de marina?

—Prefiero el de la guerra, señora, porque en él podré servir con mayor utilidad.

—Es muy justo y hablaré al rey en ese sentido. No conservais antipatías?

—Contra quién?

—Contra los cólegas vuestros que elija Su Majestad.

—Soy hombre que me avengo bien con todo el mundo, condesa. Pero permitidme que avise á mi sobrino, ya que le habeis concedido el honor de recibirle.

Richelieu se acercó á la ventana cuando los últimos resplandores del crepúsculo iluminaban todavia el patio. Hizo varias señas á un lacayo que estaba en acecho y que al punto echó á correr.

Diez minutos despues entró un carruaje en el primer patio y la condesa volvió la vista con ansiedad hácia la ventana.

Richelieu sorprendió aquel movimiento, tomándolo como un pronóstico escelente para los adelantos de Mr. de Aiguillon, y por consiguiente para los suyos.

—El tio la agrada y empieza á agradarla el sobrino, murmuró entre dientes, y esto quiere decir que seremos aquí los amos.

En tanto que se entretenia con tan quiméricas ideas, oyóse ruido hacia la puerta, y un paje de confianza anunció al Sr. duque de Aiguillon.

Era un caballero muy bien parecido, de bastante gracia, y vestido rica y elegantemente. Habia pasado ya para él la edad de la fresca juventud, pero pertenecia á ese corto número de hombres que nunca dejan de ser jóvenes.

Los cuidados del gobierno de un estado no habian impreso la menor arruga en su rostro; no habian hecho mas que agrandar en su frente aquel pliegue natural que en los hombres políticos y en los poetas es el asilo de las grandes concepciones. Sostenia erguida su hermosa cabeza, pintándose en sus facciones un tinte melancólico, como si supiese que pesaba ya sobre ella el ódio de diez millones de hombres, pero queriendo probar al mismo tiempo que aquel peso no le arredraba.

Mr. de Aiguillon tenia manos muy blancas y lindísimas; en aquel tiempo se hacia gran caso de una pierna bien formada, y la del duque era un modelo de elegancia nerviosa y de forma aristocrática; en una palabra, era dulce como un poeta, noble como un gran señor y fornido como un mosquetero. Para la condesa

eran tres idealidades en una, pues en un solo modelo veia tres tipos que aquella hermosura sensual debia amar por instinto.

Por una singularidad estraña, ó mejor dicho por un encadenamiento de circunstancias que habia combinado la sábia táctica del duque Aiguillon, aquellos dos héroes de la animadversion pública, la cortesana y el cortesano, nunca se habian encontrado en la corte frente á frente y con todas sus respectivas ventajas.

Antes de que Mme. Dubarry fuese condesa, antes de que todas las noches mancillase con sus impuros lábios la corona de Francia, habia sido una graciosa, risueña y adorable joven; habia sido amada, y esta era una felicidad con que no podia contar en lo sucesivo, porque todos la temian desde que se hizo llamar la querida del rey.

Entre todos los jóvenes ricos y poderosos que hicieron la corte á Juana Vaubernier habia figurado en otro tiempo en primera línea el duque de Aiguillon; pero ya que no tuviese mucho empeño, ya que la

señorita *Lange* no fuese tan fácil como aseguraban sus detractores, ó ya que el amor del rey hubiese dividido unos corazones próximos á entenderse, lo cual no redundaria por cierto en descrédito de uno ni de otro, el hecho era que Mr. de Aiguillon habia abandonado de repente sus versos acrósticos, sus ramilletes de flores y sus preciosos perfumes. La señorita Lange cerró tambien su puerta de la calle de Petits-Camps, de modo que el duque se dirijió á Bretaña ahogando sus suspiros, y la señorita Lange envió los suyos hacia Versalles al señor baron de Gonnesse, es decir, al rey de Francia.

De aquí resultó que la súbita desaparicion de Mr. de Aiguillon ocupó muy poco á Mme. Dubarry, porque tenia miedo de lo pasado; pero viendo al fin que seguia el silencio de su antiguo adorador, no pudo menos de reconocer en él á un hombre de muchísimo talento.

Esta distincion ya era algo por sí sola; pero no era todo, y tal vez iba á llegar el momento en que juzgaria á Aiguillon como un hombre valiente.

Es preciso convenir en que la pobre señorita Lange tenia sus razones para temer un exámen sobre lo pasado. Un mosquetero, amante dichoso en otro tiempo, segun se aseguraba, entró un dia en el palacio de Versalles para solicitar de la señorita Lange algunos favores semejantes á los pasados; y aunque este rumor esparcido por el mismo pretendiente se sofocó en breve, no dejó de encontrar eco entre las paredes de la real morada de Mme. Maintenon.

Ya se ha visto que el duque de Richelieu ninguna alusion habia hecho al hablar de su sobrino con Mme. Dubarry, á la conducta de Aiguillon con la señorita de Lange y vice-versa. Este silencio por parte de un hombre tan acostumbrado á decir las cosas mas difíciles habia sorprendido en estremo y aun inquietado á la condesa.

Esperaba pues con impaciencia á Mr. de Aiguillon para saber á que atenerse, y si el mariscal habia obrado por discrecion ó por ignorancia.

En esto entró el duque.

Respetuoso, con desembarazo y bastante seguro de sí mismo para saludar á Mme. Dubarry, ni bien como á reina ni bien como á una mujer comun, conquistó con esta delicadeza una proteccion enteramente á juzgar lo bueno como perfecto y lo perfecto como maravilloso.

Mr. de Aiguillon estrechó en seguida la mano á su tio, quien acercándose á la condesa la dijo con acento cariñoso:

—Aquí está ya el duque de Aiguillon, señora: no tengo el honor de presentaros á mi sobrino, sino á uno de vuestros mas apasionados servidores.

La condesa miró al duque de Richelieu, lo miró como miran las mujeres cuando desconfian, es decir, de un modo propio para que nada se le escape; pero solo vió dos frentes inclinadas respetuosamente ante su hermosura, dos frentes que en seguida se irguieron tranquilas y serenas.

—Ya sé, mariscal, que profesais el mayor afecto al duque y que al mismo tiempo sois amigo mio. Suplico, pues, al señor de Aiguillon, por deferencia hácia su tio, que imite todo lo que este haga y

que pueda serme agradable.

—Esa es la conducta que me he trazado, señora, contestó el duque haciendo nueva reverencia.

—Estaríais muy disgustado en Bretaña? le preguntó la condesa.

—Muchísimo, y creo que cuando vuelva lo estaré mas.

—Nada de eso: ahí teneis á vuestro tio el duque de Richelieu que os va á ayudar con todo su poder.

Aiguillon miró al mariscal como sorprendido.

—Vamos, añadió la condesa, ya sé lo que es: como acabais de llegar á Paris no ha tenido tiempo sin duda el duque de hablar con vos tan despacio como desea. Por lo mismo voy á dejaros, pues conozco que tendreis mil cosas que deciros. Señor duque, ya sabeis que estais en vuestra casa.

La condesa se retiró despues de pronunciar estas palabras.

Pero habia meditado un proyecto y asi no se alejó mucho. Detras del salon de recibo existia un gabinete, en el que el rey solia sentarse cuando iba á Luciennes, en-

tre mil piezas de China de toda especie. Preferia aquel sitio al salon, porque desde él se oia cuanto en este último se hablaba.

Mme. Dubarry por lo tanto estaba segura de que iba á oir toda la conversacion entre el duque y su sobrino, y lo deseaba con ansia para poder formar definitivamente acerca del último una opinion irrevocable.

El duque, sin embargo, no se dejó engañar, pues conocia perfectamente gran parte de los secretos de cada localidad real ó ministerial. Escuchar mientras otros hablaban era uno de sus medios, y hablar mientras otros atendian uno de sus ardides.

Tampoco debemos olvidar que estaba muy pagado por el recibimiento que acaba de obtener.

Resolvió por lo tanto esplotar completamente la mina é indicar á la favorita, suponiéndola ausente, un plan de felicidad doméstica y de gran poder, complicado de intrigas, doble aliciente al cual casi nunca se resiste una mujer bonita y mucho menos una mujer de corte.

Richelieu hizo que se sentase su sobrino y le dijo:

—Ya ves, duque, que me he instalado aquí.

—En efecto, ya lo veo.

—He tenido la dicha de obtener el favor de esta encantadora mujer, que miramos como reina y que lo es de hecho.

Aiguillon se inclinó.

—Te digo ahora, prosiguió Richelieu, lo que antes no he podido decirte, á saber, que Mme. Dubarry me ha prometido una cartera.

—Eso se os debe de justicia.

—No sé si se me debe; pero al fin, aunque tarde, lo consigo, y como ya estoy algo cansado pienso ocuparme de tí muy sériamente.

—Gracias, señor duque; ya sé que sois un buen pariente, pues de ello tengo muchas pruebas.

—En nada has pensado, Aiguillon?

—En nada; lo único que deseo es que no me quiten mis títulos de duque y de par, como lo pretenden los señores del parlamento.

—Cuentas con algun apoyo?

—No por cierto.

—De modo que hubieras sucumbido sin esta circunstancia...

—Indudablemente.

—Veo que estás hablando como un filósofo, y consiste en que yo no me esplayo contigo y en que te trato mas bien como un ministro que como tio.

—Oh, tio mio! Vuestra bondad escita toda mi gratitud.

—Ya debes haber conocido que te preparo aquí un buen papel cuando te he hecho venir desde tan lejos y con tanta precipitacion. Vamos, dime con franqueza si has pensado algunas veces en el que ha representado Mr. de Choiseul durante diez años.

—Ya lo creo; como que ha sido un papel magnífico.

—Magnífico!... Entendámonos: lo era en efecto cuando unido con Mme. de Pompadour gobernaba al rey y desterraba á los jesuitas; pero triste y muy triste cuando despues de haber partido peras con Mme. Dubarry, que vale mil veces mas

que la Pompadour, ha conseguido en veinte y cuatro horas que le despidan. Cómo! Nada me contestas?

—Os escucho señor, y anhelo saber á dónde vais á parar.

—Supongo que te gusta el primer papel que ha representado Choiseul.

—Ciertamente.

—Pues bien, amigo mio, me he decidido á representarlo yo.

Aiguillon miró fijamente á su tio y le dijo:

—Hablais con formalidad?

—Por qué no?

—Sois amante de Mme. Dubarry?

—Demonio! Tú caminas muy aprisa; á pesar de eso veo que me has comprendido. Oh! Sí: Choiseul era muy feliz, pues gobernaba al rey y á la querida de este, y aun segun se dice amaba á Mme. de Pompadour... En resumidas cuentas, por qué no he de hacer yo lo mismo?... Pero no; yo no puedo ser amante correspondido de Mme. Dubarry, y tu sonrisa burlona me lo está diciendo: ya veo que contemplas las arrugas de mi frente, mis dobladas

rodillas y mi mano seca, que fué tan bella en otro tiempo, lo cual quiere decir que al hablar del papel de Choiseul he debido espresar que entre los dos lo representaremos, en vez de convenir en que yo lo representaré solo.

—Tio!

—No; demasiado conozco que ella no puede amarme, y te lo digo sin temor porque no puede oirme, yo amaria á esa mujer... pero...

Aiguillon arrugó las cejas y esclamó:

—Pero qué!

—He formado un plan soberbio, el cual consiste en relegar ese papel, que para mi edad es imposible.

—Ah! Ah!

—Si por cierto; algun pariente mio amará á Mme. Dubarry. Vaya! Es una mujer perfecta. Y te aseguro que no será Fronsac quien tenga esa fortuna, porque es un loco, un dejenerado, un necio, un cobarde, en una palabra, un bribon. Serás tú, duque, por ventura?

—Yo! dijo Aiguillon, Estais loco, tio mio?

—Loco! Cómo es que no te postras á los pies de quien te da este consejo? Cómo es que no rebosa tu alegría? Cómo es que no me manifiestas toda tu gratitud? Cómo es que no estás ébrio de amor en vista del recibimiento que has obtenido? Vamos, vamos; ya veo que despues de Alcibiades solo ha habido en el mundo un Richelieu y que no habrá otro.

—Tio mio, replicó el duque con una ajitacion, que si era finjida estaba admirablemente representada; concibo perfectamente todo el partido que podriais sacar de la posicion que me ofreceis; vos gobernariais con la autoridad de Mr de Choiseul, y yo seria el amante que constituyese dicha autoridad. Este plan es digno del hombre de mas talento que hay en Francia; pero al formarlo solo os habeis olvidado de una cosa.

—Y cuál es? Serias capaz de no amar á Mme. Dubarry? Es eso? Ah! Loco... mil veces loco. Dime, dime desgraciado... Es eso?

—No, tio mio, no es eso, contestó Aiguillon, persuadido de que no pronuncia-

ba sus palabras en pura pérdida: Mme. Dubarry, á la que apenas conozco, me parece la mas bella y encantadora de todas las mujeres; soy, pues, capaz de amarla perdidamente, de amarla tal vez demasiado, pero no es esa la cuestion.

—Pues cuál es?

—La siguiente. Nunca me amará Mme. Dubarry, y la primera condicion de semejante alianza debe estribar en un amor recíproco. Cómo quereis que en medio de esta brillante corte, en medio de esa juventud seductora vaya la hechicera condesa á distinguir precisamente al hombre que no tiene el menor mérito, al que ya ha dejado de ser joven, al que se oculta á todas las miradas porque conoce que pronto va á desaparecer? Ah! Si hubiese yo conocido á Mme. Dubarry en mi juventud, en la época de mi lozonía, tal vez hubiera podido lisonjearme la idea de obtener algun recuerdo suyo Pero ahora! Qué puedo ofrecer á esa perfecta hermosura? Ni pasado, ni presente, ni porvenir. Debo, pues, renunciar á semejante quimera, asegurándoos que me ha-

beis herido de muerte al presentármela tan dorada y tan bella.

En tanto que el duque de Aiguillon se espresaba de este modo con todo el ardor de un hombre verdaderamente apasionado, mordíase los labios el mariscal de Richelieu y decia entre dientes:

—No parece sino que este bribon adivina que la condesa nos está escuchando. Demonio! Es mas cuco de lo que parece y me puede dar quince y falta, por cuya razon debo vivir alerta.

Tenia muchísima razon Richelieu; la condesa lo oia todo, y cada palabra de Aiguillon penetraba como una saeta en su pecho: bebia insensiblemente el dulce licor de aquella declaracion y saboreaba el placer de aquella esquisita delicadeza del hombre que, ni aun con un íntimo confidente, habia hecho traicion al secreto de sus pasadas relaciones, tal vez por no echar un borron en el retrato de la que aun amaba.

—De modo que, segun veo, rehusas mis proposiciones, dijo Richelieu.

—Sí, tio mio, sí; pero únicamente por-

que las veo irrealizables.

—Pero hombre; haz la prueba al menos.

—Y cómo?

—Ya eres de los nuestros y podrás ver á la condesa todos los dias; procura agradarla, con mil demonios.

—Con miras interesadas? No lo espereis, pues si tuviese la desgracia de que se prendase de mí, abrigando yo tan pérfido pensamiento, huiria hasta el fin del mundo, porque me avergonzaria de mí mismo.

Richelieu se rascó la barba y dijo:

—Esto es hecho ó mi sobrino es un idiota.

Oyóse de pronto gran ruido en el patio y repitieron varias voces:

—El rey!

—Demonio! gritó Richelieu; el rey no debe encontrarme aqui, y por lo tanto me escabullo.

—Y yo? dijo el duque de Aiguillon.

—Es cosa muy distinta; conviene que te vea y te ruego que no tires la casa por la ventana.

Diciendo y haciendo el mariscal se dirijió á la escalera secreta y dijo á su sobrino:

—Hasta mañana.

CAPÍTULO XXI.

La parte del rey.

El duque de Aiguillon se quedó solo en la sala de recibo y en una situacion algo comprometida, pues habia comprendido perfectamente la proposicion de su tio; sabia ademas que Mme. Dubarry habia oido toda su conversacion con él, y no ignoraba que en semejante circunstancia se necesitaba mas que regular talento para representar solo la parte que el anciano duque queria repartir entre dos.

La llegada del rey interrumpió afortunadamente la esplicacion que por precision hubiera resultado de la puritana modestia de Mr. de Aiguillon.

El mariscal tampoco era hombre que se dejase engañar por mucho tiempo, ni amigo de hacer brillar exajeradamente la

virtud de otro á espensas de la suya.

Sin embargo, Aiguillon tuvo el tiempo necesario para reflexionar despues que su tio le dejó solo.

El rey llegaba efectivamente; ya sus pajes habian abierto las puertas de la antecámara y Zamora corria hácia el monarca pidiéndole golosinas, familiaridad que en sus momentos de humor sombrío pagaba Luis XV con un papirotazo ó un estiron de orejas, cosas ambas muy desagradables para el joven africano.

El rey pasó al gabinete contiguo, y lo que convenció al duque de Aiguillon de que Mme. Dubarry no habia perdido una palabra del diálogo con su tio, fue que él mismo se encontró en disposicion de oir la plática que entablaron de alli á poco la condesa y el rey.

Este parecia hallarse fatigado como si hubiera levantado un enorme peso: Atlas era menos impotente despues de concluida su tarea, despues de haber sostenido el firmamento doce horas sobre sus hombros.

El rey se hizo aplaudir y acariciar por

la condesa, la cual le refirió la contramina que habia producido la desgracia de Mr. de Choiseul y esto divirtió infinito á Su Majestad.

Entonces fué cuando se aventuró Mme. Dubarry, pues hacia buen tiempo para la política, y por otro lado se sentia capaz en aquel momento de revolver las cuatro partes del mundo.

—Señor, dijo con coqueteria; hebeis demolido, lo cual no es poco; al presente se trata de edificar.

—Oh! Ya está hecho, contestó el rey neglijentemente.

—Teneis ya ministerio?

—Sí.

—Cómo! Así! De repente? Sin haber respirado!

—Ya veo que todos los mios han perdido el seso; al fin, condesa, habíais de ser mujer. No me dijísteis el otro dia que antes de despedir al cocinero debia buscarse su reemplazo?

—Oh! Volvedme á repetir que efectivamente habeis organizado el nuevo ministerio.

El rey se incorporó un poco en el ancho sofá que le servia mas bien de cama que de asiento, y cuyo almohadon principal era un hombro de la condesa.

—Juanita, la dijo, cualquiera diria al veros tan inquieta que ya conoceis mi ministerio, supuesto que no os gusta, y que deseais proponerme otro.

—Y qué! Seria eso absurdo ni estraño?

—Cómo! Teneis vos un ministerio?

—Pues qué! No le teneis vos tambien?

—Oh! En mí es una cosa indispensable. Vamos, nombradme vuestros candidatos.

—Nada de eso; sepamos quienes son los vuestros.

—Con mucho gusto; así os daré el ejemplo.

—Empecemos. Quién sucede en marina á Mr. de Praslin?

—Cosa nueva; condesa, cosa nueva; un hombre famoso, que nunca ha visto un puerto de mar.

—Acabad pronto....

—Es una invencion magnífica; voy á adquirir una popularidad inmensa y me

van á coronar en los mas remotos mares... En efijie, se entiende.

—Pero, quién es, señor?

—Apostemos á que no lo adivinais entre mil nombres que os cite.

—Un hombre cuya eleccion os haga popular.... No, á fe mia.

—Un hombre del parlamento, amiga mia, un primer presidente del parlamento de Besanzon.

—Mr. de Boynes?

—El mismo.... Qué astuta sois! Cómo se conoce que no se os escapan los hombres de mérito!

—Es cosa clara; como que todos los dias estais hablando de parlamentos. Pero, señor, ese hombre no sabe lo que es un remo.

—Tanto mejor, pues Mr. de Praslin sabia muy bien su obligacion y me ha hecho gastar un dineral en construcciones navales.

—Y para hacienda?

—Eso es ya otra cosa; he elejído á un hombre especial.

—Es rentista?

—No, militar, porque hace mucho tiempo que los hombres de negocios son para mí insoportables.

—Y para el ministerio de la guerra?

—Tranquilizaos, porque nombraré al fin á uno de esos hombres fastidiosos, á un rentista. Terray, por ejemplo, es tan amigo de engolfarse en operaciones aritméticas que no dejará de encontrar mil errores de cálculo en las cuentas de Mr. de Choiseul. Tampoco debo ocultaros que he tenido la idea de escojer para el ramo de guerra un hombre maravilloso, esto es, un hombre puro, como ahora se dice; pero solo me guiaba el deseo de no descontentar á los filósofos.

—Y á qién queríais nombrar? A Voltaire?

—A otro semejante: al caballero de Muy.... Una especie de Caton.

—Dior mio! Me asustais.

—Era ya cosa hecha; mandé llamarle, sus despachos estaban firmados y aun recuerdo que me daba ya las gracias, cuando mi bueno ó mi mal jenio (esto lo sabreis vos, condesa) me inspiró la idea

de convidarle á cenar en Luciennes esta noche.

—Qué horror!

—Eso es precisamente lo que el caballero de Muy me ha contestado.

—Os ha dicho eso mismo?

—En otros términos, por supuesto; pero en fin, me ha significado en sustancia que su mas ardiente deseo es servir al rey, pero que le es imposible servir á Mme. Dubarry.

—Oh! Es muy atento vuestro filósofo.

—Ya comprendereis, condesa, que yo le alargaria la mano.... Lo hice en efecto para que me devolviese el nombramiento, que hice pedazos sonriéndome con paciencia, y el caballero se retiró. Luis XIV hubiera encerrado á ese atrevido en una torre de la Bastilla; pero yo soy Luis XV y tengo un parlamento que me pone la ley en vez de sufrirla de mi autoridad.

—Qué mas dá? dijo la condesa cubriendo de besos la mano del rey, lo cierto es que sois un hombre completo.

—No aseguran eso todos; Terray es odiado por la jeneralidad.

—Y quién no lo es? Ah! Y para los negocios estranjeros?

—A Bertin, que es conocido vuestro.

—No por cierto.

—Pues bien, á quien no conoceis.

—Sabeis que entre todos ellos no veo yo un buen ministro?

—De veras? Decidme cuáles son los vuestros.

—Solo nombraré á uno.

—Y por qué no le nombrais? Teneis miedo?

—El mariscal.

—Qué mariscal? preguntó el rey haciendo una mueca.

—El duque de Richelieu.

—Ese viejo! Un ave fria!

—Vaya! Como tratais al vencedor de Mahon!

—Buen raposo!

—Señor.... Vuestro compañero de armas.

—Un hombre inmoral que hace huir á todas las mujeres.

—Eso consiste en que no hace caso de ellas.

—Nunca volvais á hablarme de Richelieu, porque es una especie de fiera: ese maldito vencedor de Mahon me ha metido en todos los juegos de pelota de París, con tal estremo, que llegaron á dedicarnos canciones. No, no, mil veces no: solo el nombre de Richelieu me saca de mis casillas.

—Conque los aborreceis?

—De quiénes hablais?

—De los Richelieu.

—Los detesto.

—A todos?

—A todos. Ahí teneis entre ellos al par y duque Mr. Fronsac, que ha merecido diez veces la pena de horca.

—Haced de él lo que querais, pero hay otros Richelieu por esos mundos.

—En efecto, el duque de Aiguillon.

—Y qué?

—A ese debiera yo odiarle mas que á todos, porque me arma terribles trapisondas por toda la Francia; pero tengo la debilidad incurable de conocer que es osado y así no me desagrada.

—Es hombre de mucho talento, dijo

la condesa en voz alta.

—Y de mucho valor y enerjia cuando se trata de defender las prerogativas reales. Es un verdadero par.

—Sí, sí, mil veces sí. Debeis hacer algo por él.

El rey se cruzó de brazos, miró de hito en hito á la condesa y la dijo:

—Cómo os atreveis á pedirme semejante cosa, cuando toda la Francia está solicitando que degrade y destierre al duque?

Mme. Dubarry cruzó tambien los brazos y contestó:

—Hace poco que habeis llamado á Richelieu ave fria, y se me figura que teneis derecho para aplicaros esa calificacion.

—Oh, condesa!...

—Estais muy orgulloso porque habeis destituido á Mr. de Choiseul.

—La cosa no era sencilla ni fácil.

—Lo habeis hecho y esto es lo esencial; pero veo que retrocedeis ante las consecuencias.

—Yo?

—Sin duda. Qué habeis hecho con despedir al duque?

—Doy al parlamento una estocada.

—Y por qué no le dais dos? Vamos, pecho al agua y haceos fuerte de una vez. El parlamento queria conservar á Choiseul, y le habeis echado: el parlamento quiere echar á Mr. de Aiguillon; pues bien, conservadlo.

—Yo no le despido.

—Conservadlo, os digo, pero corregido y aumentado considerablemente.

—Quereis un ministerio para ese botafuego?

—Quiero una recompensa para el que os ha defendido esponiendo sus titulos y su fortuna.

—Y su vida tambien, porque el dia mejor del año van á lapidar á vuestro duque en compañia de vuestro amigo Maupeou.

—No hay duda que inspirais mucho valor á vuestros defensores: la fortuna es que no os oyen.

—Ellos se portan del mismo modo conmigo.

—No digais eso, pues los hechos hablan.

—Mas por qué ese furor por Aiguillon?

—Furor!.... Si no le conozco: hoy le he visto y le he hablado por la primera vez.

—Eso ya es otra cosa; quiere decir que teneis convicciones, y yo las respeto todas, por lo mismo que no abrigo una sola.

—Por lo mismo debeis conceder alguna cosa á Richelieu por el nombre de Aiguillon, ya que á este no quereis dar nada.

—A Richelieu! Nada! Nada! Nada!

—Pues bien; á Mr. de Aiguillon, ya que os negais á lo primero.

—Cómo! Una cartera! En este momento es imposible.

—Ya lo conozco, pero será mas tarde. Es hombre de grandes recursos, de accion, y con Terray, Aiguillon y Maupeou tendreis las tres cabezas del Cervero. Debeis conocer que vuestro ministerio es un ministerio de broma, que no puede durar.

—Os equivocais, condesa; durará lo

menos tres meses.

—Dentro de tres meses os recordaré vuestra palabra.

—Oh! Oh, condesa!

—Lo dicho, dicho, pero necesito algo al presente.

—Pero si nada tengo.

—Teneis un cuerpo distinguido de caballeria lijera: Mr. de Aiguillon es un buen oficial, lo que se llama una espada de temple: dadle pues el mando de la caballeria lijera.

—Corriente; lo tendrá.

—Gracias, esclamó la condesa llena de júbilo: os doy mil gracias.

Y Mr. de Aiguillon oyó al mismo tiempo resonar un beso plebeyo en las mejillas de Su Majestad.

—Ahora, condesa, dadme de cenar, dijo el rey.

—No por cierto, respondió Mme. Dubarry, porque nada hay preparado aquí: mis criados se han ocupado de la política palpitante y de los fuegos artificiales, y tienen abandonada la cocina.

—Pues venid conmigo á Marly y os

obsequiaré.

—Imposible, porque me duele terriblemente la cabeza.

—Teneis jaqueca?

—Oh! no puedo mas....

—Pues acostaos, condesa.

—Señor, eso es lo que voy á hacer.

—Adios.

—Hasta la vista, quereis decir.

—Me parezco algo á Mr. de Choiseul; me despiden.

—Pero al despediros os lisonjean, os festejan, os acarician, dijo aquella loca sirena, al paso que conducia al rey hácia la puerta, hasta que riéndose á carcajadas consiguió echarlo fuera de la estancia.

Alumbrábale sin embargo con una bujía desde el peristilo; el rey se volvió hácia ella y la dijo:

—Condesa...

—Señor... respondió ella.

—Sentiria que se muriese el pobre mariscal.

—Por qué?

—Por haberle salido fallidas las esperanzas de la cartera.

—Oh! Ya veo que sois muy malicioso, esclamó la condesa saludando á su real huésped con otra carcajada.

Y el rey partió muy satisfecho de lo que acababa de decir acerca del duque, á quien realmente aborrecia

Cuando Mme. Dubarry volvió al salon encontró al duque de Aiguillon de rodillas, con las manos juntas y la mirada fija en su rostro, lo cual la obligó á ruborizarse.

—He hecho *fiasco*, dijo ella: el pobre mariscal...

—Sí, lo sé todo, contestó el duque; pues he oido... Gracias, señora, gracias...

—Creo que os debia eso y algo mas; pero levantaos, duque, pues de lo contrario me hareis creer que teneis tanta memoria como talento.

—Es muy fácil que acerteis, señora, pues como mi tio os lo ha dicho solo soy un apasionado servidor vuestro.

—Y tambien del rey, pues desde mañana debeis recibir órdenes de Su Majestad. Pero levantaos, duque, levantaos.

Y al decir esto le dió la mano, que Aiguillon besó respetuosamente.

La condesa, al parecer, se conmovió mucho, pues no pudo en un rato pronunciar una sola palabra.

Mr. de Aiguillon permaneció como ella, turbado y mudo; pero al fin levantó la cabeza Mme. Dubarry y dijo:

—Pobre mariscal! Es preciso enterarle de la derrota que acaba de sufrir.

Mr. de Aiguillon se imajinó que estas palabras daban por concluida su entrevista con la condesa y se inclinó.

—Señora, respondió, voy á verle ahora mismo.

—Oh! No hagais tal, replicó Mme. Dubarry, pues las malas nuevas deben comunicarse lo mas tarde posible: podeis hacer otra cosa mejor que ir á ver al mariscal.

—Cuál es?

—Cenar conmigo.

—Ah! Vos no sois una mujer; sois...

—Un ánjel, no es verdad? murmuró á su oido la condesa.

Aquella noche debió tenerse Mr. de Aiguillon por muy dichoso, porque sopló á su tio la cartera ministerial y se apro-

vechó de la parte de cena que correspondia al rey.

CAPÍTULO XXII.

La antecámara del señor duque de Richelieu.

Mr. de Richelieu, como todos los cortesanos, tenia casa en Versalles, casa en Paris, casa en Marly y casa en Luciennes; es decir, habitacion dispuesta en todos los sitios reales.

Luis XIV, al multiplicar los puntos de residencia, habia impuesto á todos los personajes que tenian entrada cerca de su persona la obligacion de ser muy ricos, á fin de que imitasen en la debida proporcion el tren de su casa y las reglas de sus caprichos.

Mr. de Richelieu moraba en su palacio de Versalles cuando cayeron el duque de Choiseul y el de Praslin, y allí tambien fué á pasar la noche despues de haber presentado en Luciennes su sobrino á Mme. Dubarry.

Habian visto á Richelieu con la condesa en el bosque de Marly; le habian vuelto á ver en Versalles despues de la desgracia del ministro, y pocos ignoraban su audiencia larga y secreta en Luciennes, y estas circunstancias á las cuales debian añadirse las indiscreciones de Juan Dubarry bastaron para que toda la corte se creyese obligada á presentar al mariscal el homenaje de sus respetos.

Iba pues el anciano duque á aspirar el perfume de la lisonja, de la adulacion y de la bajeza que queman siempre ante los ídolos del dia todos los que viven de gracias y mercedes inmerecidas.

No esperaba sin embargo Mr. de Richelieu todo lo que iba á sucederle; pero se levantó la misma mañana del dia en cuestion con la firme resolucion de negar sus narices al perfume tapándolas como tapaba Ulises sus orejas con cera contra el canto de las sirenas.

Para él el resultado debia llegar al siguiente dia, porque efectivamente hasta entonces no debia publicar el rey el nombramiento del nuevo ministerio.

Grande, pues, fué la sorpresa del mariscal cuando al despertarse á causa del ruido de los carruajes supo por su ayuda de cámara que los patios de su palacio, asi como las antecámaras y salones, estaban llenos de jente.

—Hola! Hola! dijo al punto; parece que hago ruido.

—Todavía es muy temprano, señor mariscal, dijo el ayuda de cámara al ver la precipitacion con que su amo se quitaba el gorro de dormir.

—Desde hoy no habrá hora para mí, replicó el duque, y acuérdate bien de estas palabras.

—Está bien, monseñor.

—Qué se ha respondido á los que vienen á visitarme?

—Que monseñor no se ha levantado.

—Ñada mas?

—Nada mas.

—Esa es mucha necedad; se ha debido decir que anoche velé hasta muy tarde, ó que... Vamos, en dónde está Rafté?

—Durmiendo, monseñor.

—Cómo durmiendo! Que se despierte pronto, muy pronto.

—Ea, ea, dijo asomándose al dormitorio un viejo risueño y malicioso: aquí está Rafté. Qué se le quiere?

Todo el enfado del duque desapareció ante estas palabras:

—Ah! Bien decia yo que tu no dormias.

—Y aun cuando durmiese, qué tendria de particular? Apenas es aun de dia.

—Pero, querido Rafté, ya ves que yo no duermo.

—Eso es otra cosa, porque para eso sois ministro. Cómo habiais de dormir?

—Vamos, ya veo que vas á reñirme, dijo el mariscal haciendo una mueca delante del espejo. Qué! No estás satisfecho?

—Qué se me dá de todas esas cosas? Al contrario; preveo que os fatigareis mucho y veo que vais á enfermar. De aquí resultará que yo seré quien gobierne el estado, lo cual nada tiene de divertido ni de agradable.

—Cómo has envejecido Rafté!

—Precisamente tengo cuatro años menos que vos, monseñor. Oh! Es verdad, ya

soy muy viejo.

El mariscal dió una patada en el suelo y dijo:

—Has pasado por la antecámara?

—Sí, monseñor.

—Qué jente hay?

—Medio mundo.

—Y qué dicen?

—Cada cual habla de lo que piensa solicitar de vos.

—Es muy natural; pero no has oido hablar de mi nombramiento?

—No quiero referiros lo que acerca de ese particular he oido.

—De veras? Conque ya empieza la crítica?

—Y los peores son aquellos que mas necesitan de vos. Qué harán aquellos de quienes tengais necesidad?

—Ah Rafté!.... esclamó el mariscal sonriéndose. Y mis amigos dicen que me adulas!

—Pero, monseñor, dijo Rafté: por qué demonios os habeis uncido á esa carreta llamada el ministerio? Estais cansado de ser dichoso y de vivir?

—Amigo mio, de todo he probado en este mundo, pero nunca he sido ministro.

—Tampoco habeis tomado arsénico. Lo quereis tomar en el chocolate por curiosidad?

—Rafté, eres un perezoso, pues te se figura que como secretario mio vas á tener mucho que trabajar y eso te asusta. Asi al menos te has espresado antes.

El mariscal en seguida se hizo vestir con esmero.

—Quiero parecer lo que soy, un militar, dijo á su ayuda de cámara; ponme pues todas mis condecoraciones.

—Conque es decir que nos encargamos del ministerio de la guerra? preguntó Rafté.

—Eso es; asi parece.

—Ya; pero hasta ahora no he visto el real nombramiento, lo cual me parece poco regular.

—Tal vez no tardará en llegar.

—Ah! *Tal vez* es hoy la frase oficial!

—La vejez te hace insufrible, Rafté, porque eres purista y te paras mucho en las formas. A haberlo sabido yo antes no

te hubiera encargado mi discurso de recepcion en la academia, porque ese trabajo te ha convertido en pedante.

—Escuchadme, señor, y ya que formamos parte del ministerio, hablemos por orden. La cosa es por cierto estraña.

—Cómo así!

—Figuraos que acabo de hablar con el señor conde de la Vandraye y me ha dicho que nada hay todavia respecto á nuevo ministerio.

Richelieu contestó sonriéndose:

—Tiene razon el conde; pero qué es eso? Has salido tú tan temprano?

—Y qué habia de hacer? Ese ruido infernal de carruajes me ha desvelado: por consiguiente me he vestido, he endosado tambien mis condecoraciones y he ido á dar una vuelta por la ciudad.

—Vamos; eso es decir que te quieres divertir á costa mia.

—Dios me libre de semejante cosa. Es que...

—Qué?

—He encontrado á otro sujeto...

—A quién?

—Al secretario del abad de Terray.

—Y qué?

—Me ha dicho que su amo iba á ser ministro de la guerra.

—Oh! Oh! esclamó Richelieu riéndose á carcajadas.

—Qué le parece de eso á monseñor?

—Que si Mr. de Terray va á ser ministro de la guerra, no lo seré yo, y que tal vez lo seré si él no lo es.

Rafté habia oido bastante para saber á qué atenerse, pues era hombre intelijente, atrevido, infatigable, ambicioso, de tanto talento como su amo, aunque siempre estaba mas preparado que él para todo, porque conocia sus grandes defectos y sus buenas cualidades. Al verle, pues, tan seguro de sí mismo creyó que nada tenia que temer.

—Vamos, monseñor, daos prisa y no hagais esperar demasiado, porque eso seria de mal agüero.

—Estoy pronto; pero deseo saber qué jente hay.

—Aqui teneis la lista.

Al mismo tiempo se la presentó al

duque, y este leyó en ella con satisfaccion los primeros nombres de la nobleza, de la majistratura y del comercio.

—Si me haré popular! Qué te parece, Ratfé?

—Monseñor, hemos vuelto á la época de los milagros, respondió este.

—Toma! Aquí está Taverney! añadió el mariscal mirando la lista. Qué viene á hacer aquí?

—No lo sé, monseñor: pero salid, salid.

Y con una especie de autoridad obligó el secretario al duque á pasar al salon principal.

Richelieu debió quedar satisfecho, porque fué recibido con tanta distincion como un principe real.

Pero toda la fina, hábil y cautelosa política de aquella época y de aquella sociedad no evitó la mistificacion que amenazaba á Richelieu.

Por conveniencia y por respeto á la etiqueta se abstuvieron todos los cortesanos de pronunciar la palabra ministerio; algunos llegaron hasta á cumplimentar al

duque, aunque persuadidos de que esto requeria la mayor reserva, supuesto que el mariscal no se daba por entendido.

Así que esta visita de madrugada se consideró por todos como una sencilla demostracion de afecto, ó mejor dicho, como la espresion de un deseo, pues en efecto no faltaron cortesanos que se espresáran en este sentido haciendo alarde de sus fundadas esperanzas.

Unos decian que el gobierno debia acercarse á Versalles, y que pocas manos se encontraban como las del duque de Richelieu capaces de empuñar las riendas del estado.

Otro aseguraba que Mr. de Choiseul le habia postergado tres veces en las promociones de caballeros de tales y cuales órdenes, pero contaba con el grato recuerdo del mariscal Richelieu, ya que nada se oponia al cumplimiento de la buena voluntad de Su Majestad.

En fin, á los oidos del mariscal resonaron cien peticiones mas ó menos ambiciosas, aunque espresadas con sumo arte y delicadeza.

Poco á poco se fueron alejando los concurrentes, pues querian, segun aseguraban, dejar al señor mariscal entregado á sus *importantes ocupaciones*.

Uno solo permaneció en el salon.

No se habia acercado con los otros, nada habia pedido, ni aun se habia hecho presente.

Pero despues que todos se alejaron, aquel hombre se acercó al duque con la sonrisa en los lábios.

—Ah, señor de Taverney! le dijo el mariscal. Cuánto celebro el veros!

—Esperaba la ocasion de darte mi enhorabuena, duque; una enhorabuena positiva, completa y sincera.

—Ah! Y de qué? preguntó Richelieu, á quien la reserva de los otros habia obligado á conducirse con reserva y misterio.

—De tu nueva dignidad, mariscal.

—Silencio.... silencio.... No hablemos de eso, porque nada hay oficial todavia, es un se dice.

—Pero es cosa sabida ya, porque tus salones estaban llenos hace un instante.

—Y no sé verdaderamente por qué.

—Oh! Yo sí.

—Por qué? Por qué?

—Por una palabra mia.

—Qué palabra?

—Ayer tuve el honor de presentarme al rey en Trianon: Su Majestad me habló de mis hijos, y me dijo: ya que conoceis á Mr. de Richelieu, segun creo, dadle la enhorabuena.

—Oh! Si Su Majestad os ha dicho eso!.... replicó Richelieu con desmedido orgullo, como si las palabras del rey fuesen el despacho oficial que con tanto empeño esperaba Rafté.

—De modo, prosiguió Taverney, que al punto entendí de lo que se trataba, cosa no muy dificil á juzgar por el movimiento que reinaba en Versalles. He acudido, pues, obedeciendo al rey, á darte la enhorabuena, y obedeciendo á mis particulares sentimientos para recordarte nuestra antigua amistad.

El duque estaba verdaderamente en un éxtasis delicioso; defecto es este de la naturaleza, del cual no se ve libre el mas esclarecido talento. Pero al mismo

tiempo solo vió en Taverney á uno de esos eternos pretendientes de tercer órden espíritus pobres á la zaga del favor, inútiles cuando se les proteje, mas inútiles cuando se les conoce, y á los cuales se les hace un cargo porque salen de su oscuridad para ir á calentarse al sol de la prosperidad ajena.

—Ya veo lo que es, dijo el mariscal con despejo: se me viene á pedir algo.

—Tú lo has dicho, duque.

—Ah! esclamó Richelieu sentándose, ó mejor dicho, sepultándose en un sofá.

—Te he dicho ya, si no me engaño, que tengo dos hijos, añadió Taverney, tanto mas empeñado en su pretension cuanto mas frio notaba á su antiguo camarada.

—Sí?... Me alegro.

—Una hija, á la cual quiero en estremo y que es un modelo de virtud y de hermosura. Está ya colocada cerca de la delfina, pues esta señora la profesa una estimacion particular. No te hablo pues de ella, de mi amada Andrea, porque está en buen camino, es decir, en vísperas de

hacer su fortuna. No la conoces? No la has visto? No te la he presentado alguna vez No has oido hablar de ella?

—Pues.... no sé.... puede ser.... contestó bostezando Richelieu.

—No importa: el hecho es que mi hija está ya colocada. En cuanto á mí nada necesito, porque el rey me ha concedido una pension.

—Hola!..

—Una pension que basta para todas mis necesidades, y lo único que me falta es lo necesario para habilitar convenientemente mi Casa-Roja, es decir, mi último retiro; pero espero que con tu crédito y con el de mi hija....

—Bah! dijo en voz baja Richelieu, que nada habia oido hasta entonces, pues se hallaba estasiado con su propia grandeza, hasta que las palabras *el crédito* de mi hija le sacaron de su distraccion. Tu hija!.... Sí.... ya estoy: es una joven belleza que hace sombra á la buena condesa.... un escorpion que se abriaga bajo las alas de la condesa para morder á todos los de Luciennes. Vamos, vamos, amigo

mio: es necesario que no seamos ingratos; y en cuanto á gratitud ya verá si yo puedo faltar á ella la señora condesa, que me ha hecho ministro. Continuad, continuad, señor de Taverney.

—Me acerco al fin, repuso este, decidido á reirse interiormente del ambicioso mariscal, con tal que este le concediese lo que apetecia. Solo pienso en mi hijo Felipe, que tiene un nombre ilustre, aunque de nada le servirá esta ventaja si no le ayuda alguno. Felipe es valiente y reflexivo, mas reflexivo de lo que le conviene. Pero qué quereis? eso lo hace la posicion, porque el caballo muy sujeto acaba por bajar la cabeza.

—Y eso qué me importa? pensaba el mariscal demostrando con las señales menos inequívocas su fastidio é impaciencia.

—Necesitaria yo un personaje colocado en alto puesto, como tú por ejemplo, para que Felipe obtuviese una compañia. La señora delfina al entrar en Strasburgo le nombró capitan; pero le faltan cien mil libras para obtener una buena compañia en algun rejimiento distinguido de

caballeria.... Deseo que consigas eso, amigo mio.

—Vuestro hijo ha hecho poco hace, si no me equivoco, un servicio á la delfina, no es verdad?

—Un servicio grande, pues detuvo para ella los caballos de tiro que á la fuerza queria llevarse ese Dubarry.

—Hola! murmuró entre dientes Richelieu; sale lo mismo que yo imajinaba: estos Taverney son los enemigos mas implacables de la condesa... Por Dios que ha llegado á tiempo el baron: pues no presenta como título de favor unos servicios que le escluyen eternamente de la gracia del rey!...

—Nada me contestas, duque, dijo Taverney algo amostazado al ver que Richelieu se empeñaba en guardar silencio.

—Yo?...

—Si... tú...

—Es que...

—Vamos, hombre; dime algo: somos antiguos amigos.

—Ya lo veo.

—Pues bien...

—Digo que será muy cierto todo lo que acabais de esponer, replicó el mariscal levantándose como para indicar que se habia concluido la audiencia.

—Pero duque, por Dios...

—Una compañía para vuestro hijo... Imposible.

—Cómo imposible!.., Qué me decís? Imposible semejante miseria? Y me lo dice un antiguo amigo!

—Por qué no? Los antiguos amigos deben decir siempre la verdad. Por qué he de hacer yo una injusticia? Por qué habeis de abusar vos de la palabra amistad? Me habeis olvidado durante veinte años porque no era nada; pero apenas soy ministro cuando os presentais.

—Señor de Richelieu, sois injusto en este momento.

—No por cierto; soy bastante jeneroso para no permitir qne paseis el tiempo haciendo antesalas; soy un amigo verdadero y por lo tanto...

—Qué?...

—Ya lo habeis oido.

—Pero teneis algun motivo para des-

BIBLIOTECA · Granada · UNIVERSITARIA

airarme.

—Yo!... Un motivo!... Yo!...

—Bah! No ignoro que tengo enemigos.

El duque podia responder lo que pensaba, pero esto equivalia á descubrir lo que le convenia callar; á declarar que era ministro por la influencia de una favorita, y esto nunca lo hubiera confesado por todo el oro del mundo; por consiguiente contestó al baron:

—No teneis enemigos, querido Taverney, pero yo sí: conceder esos favores sin examinar méritos es dar á entender que hago lo que hacia mi antecesor Mr. de Choiseul,

—Y qué!...

—Cómo y qué?....

—Amigo mio, deseo que mi administracion no sea estéril. Hace veinte años que sueño con reformas y con progresos que al fin saldrán á luz, pues si hasta aquí ha perdido el favor á la Francia, yo pienso ocuparme del mérito. Los escritos de nuestros filósofos son antorchas que han iluminado mi entendimiento; se han disipado ya las tinieblas en que ya-

cian los siglos pasados, y por Dios que ya era tiempo de que esto sucediese para bien de la humanidad.... Examinaré pues los méritos y servicios de vuestro hijo como los de otro cualquiera, y haré este sacrificio á mis convicciones, sacrificio doloroso sin duda, pero al cual estoy obligado por mi posicion. Si vuestro hijo es digno de mi favor, Sr. baron de Tabernay, lo obtendrá, no porque su padre sea mi amigo, no porque lleve su apellido ilustre, sino por sus propios merecimientos. Hé ahí mi plan de conducta.

—Es decir, vuestro curso de filosofia, replicó el anciano baron que se mordia las uñas de rabia.

—Bien, de filosofia, si quereis, caballero.

—La filosofia nos dispensa de muchas cosas buenas, señor mariscal.

—Sois mal cortesano, baron.

—Es que los de mi nombre solo acatan al rey.

—Mi secretario Rafté dá audiencia en mi antesala á mas de cien al dia que son tanto como vos, amigo mio: todos llegan

de provincias, en las cuales no se aprende á vivir.

—Bah! Un Casa-Roja que desciende de las Cruzadas no puede avenirse bien con un Vignerot.

A este insulto cualquiera se hubiera alborotado; pero el mariscal tuvo mas talento que el baron de Taverney, de cuya fatuidad estaba ya mas que plenamente convencido.

Podia mandar que lo arrojasen por una ventana, pero se contentó con enconjerse de hombros y responder:

—Veo que vivis muy atrasado, caballero de las Cruzadas, pues solo habeis leido la columniosa memoria de los parlamentos de 1720, y no la contestacion de los duques y pares; podeis pasar á mi biblioteca y Rafté os proporcionará la última.

Diciendo así procuró despedir á su huésped por libertarse de sus importunidades, pero al mismo tiempo se abrió la puerta y entró un nuevo personaje gritando.

—En dónde está mi querido duque?

Aquel hombre lleno de júbilo era nues-

tro buen amigo Juan Dubarry.

Al verle reculó Taverney sorprendido y despechado:

Juan vió el jesto, reconoció á quien lo hacia, y volvió la espalda.

—Ya voy comprendiendo, dijo el baron con tranquilidad, y por lo tanto me retiro, pues dejo al señor ministro muy bien acompañado.

En seguida salió del salon con el mayor orgullo.

CAPÍTULO XXIII.

Desencanto.

Juan, furioso por aquella salida llena de provocacion, se hizo atrás como para responder á ella, pero en seguida se encojió de hombros acercándose al mariscal.

—Hola! le dijo. Recibís en vuestra casa á semejantes alimañas?

—No por cierto; las ahuyento.

—Conoceis á ese pelele?

—Demasiado.

—Pero sabeis quién es?

—Un Taverney.

—Un hombre que quiere colocar á su hija en el lecho del rey.

—Bah!

—Un hombre que quiere suplantarnos y que recurre á todos los medios para conseguirlo. Pero aquí está Juan, y Juan no se duerme.

—Conque estás seguro de que intenta...

—Os lo afirmo por difícil que os parezca.

—Me cuesta creer...

—Y hay por medio un joven dispuesto á romperse la crisma con cualquiera; un joven que me ha herido... que ha herido al pobre Juan.

—A vos! Conque es un enemigo personal vuestro? Oh querido conde!...

—Sí... fué mi adversario por un momento por causa de la delfina... No lo ignorais.

—He ahí un milagro de la simpatía, pues ningun conocimiento tenia de ese asunto, por mas que me digais, y sin embargo, le he desahuciado completamente;

de modo que lo hubiera pasado mucho peor á haber sabido yo...

—Lo que quiero es que á su hijo se le quiten los medios de incomodar en un camino real á la jente honrada. Pero.... Con mil diablos! Todavía no os he dado la enhorabuena.

—Conque parece ya negocio concluido... eh?

—Concluido del todo. Quereis que os dé un abrazo?

—Con mucho gusto.

—Algo ha costado, pero qué importa si hemos salido con la nuestra? Supongo que estais contento...

—Quereis que os hable con franqueza? Estoy satisfecho porque creo que podré ser útil.

—No lo dudeis; pero el golpe es terrible y va á meter ruido.

—Pues qué! No me quiere el pueblo?

—A vos! Lo ignoro en verdad, pero él es aborrecido.

—El! esclamó Richelieu sorprendido. Quién es él?

—Ya lo sabeis. Oh! Los parlamentos

se van á rebelar como en tiempo de Luis XIV, porque han llevado una buena zurra.

—Esplicadme eso.

—Se esplica por sí mismo, pues los parlamentos aborrecen al autor de sus persecuciones.

—Ah! creeis que...

—Estoy segurísimo como lo está toda la Francia, pero lo cierto es que os habeis portado perfectísimamente haciéndole venir con tanta oportunidad.

—Pero, señor, de quién hablais? Estoy en brasas y no entiendo una palabra de cuanto me decís.

—Os hablo de Mr. de Aiguillon, de vuestro sobrino.

—Y qué?...

—Repito que habeis dispuesto su venida muy á propósito.

—Ya, ya: quereis decir que me ayudará en muchas cosas.

—Nos ayudará á todos. Sabeis que está en grande con Juanita?

—De veras?

—Lo que oís. Ya han hablado y se entienden muy bien.

—Lo sabeis?

—Vaya!

—Cómo?

—Toma! Juanita es sumamente perezosa.

—Ah!

—Y no se levanta antes de las nueve, ó las diez, ó las once de la mañana.

—Bien...

—Pero hoy he visto salir á las seis de Luciennes al duque de Aiguillon.

—A las seis! dijo Richelieu sonriéndose.

—Sí.

—Esta mañana?

—Esta mañana, y ya conoceis que para haber madrugado tanto Juanita debe estar loca con vuestro sobrino.

—Sí, sí, añadió Richelieu frotándose las manos. A las seis! Bravo Aiguillon!

—Ya veis que la audiencia ha debido empezar á las cinco... Casi de noche!... Es milagroso!

—Oh! Sí, milagroso, repitió el mariscal; milagroso en efecto, mi querido conde.

—De modo que estais los tres como

Orestes y Pílades y otro Pílades.

En aquel momento apareció el duque de Aiguillon en la estancia de Richelieu.

El sobrino saludó á su tio con cierto aire de compasion que bastó á Richelieu, si no para comprender toda la verdad, al menos para adivinar la mayor parte de ella.

Se puso pálido como si hubiese recibido una herida mortal; pero al fin se acordó de que en la corte no hay amigos ni enemigos, y de que cada cual se gobierna como mejor puede.

—He sido un necio superlativo, murmuró.—Y qué hay, Aiguillon? añadió en voz alta arrojando un suspiro.

—Qué hay, señor mariscal?

—Un golpe mortal para los parlamentos, dijo Richelieu recordando las palabras de Juan.

Aiguillon se puso como la grana.

—Hola! repuso. Ya lo sabeis?

—El conde me ha enterado de todo, hasta de vuestra visita á Luciennes esta mañana; vuestro nombramiento es un triunfo para mi familia.

—Podeis creer, señor mariscal, que lo siento mucho.

—Qué diablos está diciendo? observó Juan cruzándose de brazos.

—Nosotros nos entendemos, interrumpió Richelieu.

—Eso es otra cosa; pero lo que es yo maldito si os entiendo... Conque lo siente...! Ah! Ya sé por qué... Porque no va á ser ministro al momento; sí, sí, eso es.

—En ese caso habrá uno interino, dijo el mariscal, sintiendo que en su corazon penetraba la esperanza, la cual nunca abandona á los hombres ambiciosos ó enamorados.

—Efectivamente, señor mariscal, habrá uno interino.

—Sí pero entretanto, esclamó Juan, no sale mal pagado, pues le dan el mejor mando de Versalles.

—Ah! dijo Richelieu, sintiendo una nueva herida. Conque le dan un mando?

—El conde Dubarry exajera las cosas, repuso el duque de Aiguillon.

—Pero al fin qué mando es ese?

—El de la caballería lijera del rey.

Las arrugadas mejillas de Richelieu cubriéronse mas y mas de una estraordinaria palidez, y con una sonrisa, cuya espresion no seria posible describir, dijo:

—Sí, es muy poca cosa para un hombre como él, pero qué quereis, duque? Por muy bella que sea una joven, y aun cuando fuese la querida del rey, no podria dar sino aquello de que puede disponer.

Al oir esto Aiguillon fué el que se puso pálido, mientras Juan se entretenia en mirar los hermosos cuadros de Murillo que poseia el mariscal.

Richelieu tocó en el hombro á su sobrino diciéndole:

—Afortunadamente os han prometido que ascendereis pronto, y yo os felicito por ello con toda sinceridad, duque. Vuestra astucia y la habilidad que habeis desplegado en las negociaciones, corren parejas con vuestra dicha... Adios; tengo que hacer; no olvideis, mi querido ministro, que tambien necesito yo vuestros favores.

Lo único que Aiguillon contestó á esto, fué:

—Vos sois lo mismo que yo, señor ma-

riscal, y yo lo mismo que vos.

Y haciendo un saludo á su tio salió del oposento, conservando la dignidad natural en él y librándose de una de las posiciones mas dificultosas en que se habia encontrado durante su vida, sembrada de tantos obstáculos y escollos.

Asi que Richelieu le vió salir, dijo á Juan que no comprendia una palabra de los cumplimientos entre tio y sobrino.

—Lo bueno que tiene es que Aiguillon es el hombre mas sencillo del mundo. Dotado de talento y cándido al mismo tiempo que conoce la corte, es tan honrado como la doncella mas pura.

—Y ademas os quiere bien, contestó Juan.

—Ya se ve que sí.

—Como que mas parece hijo vuestro que Mr. de Fronsac.

—A fe mia que teneis razon, conde.

Y al mismo tiempo que Richelieu decia todo esto se paseaba ajitado enderredor de su asiento, buscando una cosa que ne encontraba.

—Ah condesa! murmuraba. Ya me

las pagarás!

—Mariscal, dijo Juan con malicia; los cuatro vamos á formar el famoso haz de la antiguedad que nadie podia romper.

—Y quiénes son los cuatro, querido amigo?

—Mi hermana compondrá el poder; Aiguillon la autoridad, vos el consejo y yo la vijilancia.

—Muy bien, muy bien.

—Y de ese modo ya pueden venir á poner trabas á mi hermana. Desafio á cualquiera á que lo intente.

—Voto á Dios! esclamó Richelieu, cuya cabeza ardia en un volcan.

—Que vengan, que vengan rivales, gritó Juan, ébrio de gozo con sus planes y sus ideas de triunfo.

—Oh! dijo el mariscal dándose una palmada en la frente.

—Qué es eso, señor duque? Qué os ocurre?

—Nada; vuestra idea de formar una liga entre los cuatro me parece admirable.

—De veras?

—Tan de veras, que participo en un todo de vuestra opinion.

—Bravo!

—Decidme, Taverney no vive en Trianon con su hija?

—No, que reside en Paris.

—Esa joven es muy bonita, querido conde..

—Aunque lo fuese tanto como Cleopatra, ó como.... mi hermana, no la temo, si es que formamos la liga propuesta.

—Decis que Taverney reside en Paris. Es acaso la calle de Saint-Honoré?

—No, sino la de Coq-Heron. Se os ha ocurrido quizas algun medio para castigar á Taverney?

—Creo que sí, conde: creo que he concebido cierta idea...

—Sois un hombre incomparable. Os dejo porque quiero saber lo que por ahí se dice.

—Adios, pues, conde.... mas, á propósito, no me habeis dicho quiénes son los nuevos ministros.

—Oh! puede asegurarse que son aves de paso: Terray, Bertin y no sé qué otros,

pues lo que es Aiguillon se ha aplazado el tiempo en que debe ser ministro.

—Y quizá para siempre, pensó el mariscal saludando á Juan con una graciosa sonrisa.

Asi que este salió entró Rafté, quien todo lo habia oido y sabia á qué atenerse habiéndose realizado todas sus sospechas; pero nada dijo á su amo porque le conocia bien.

Ni siquiera llamó á un ayuda de cámara, sino que él mismo le desnudó y le condujo al lecho, en el cual se hundió el mariscal tiritando como si tuviese calentura, despues de tomar una píldora que le dió su secretario.

Entouces corrió este las cortinas y se dirijió á la antecámara, la cual estaba ya llena de criados que habian acudido presurosos y se hallaban á la escucha. Ratfé cojió por el brazo al primero y le dijo:

—Cuida bien al señor mariscal, pues está malo; segun parece que esta mañana ha tenido un gran disgusto: sin duda ha debido desobedecer al rey....

—Desobedecer al rey! esclamó asustado el ayuda de cámara.

—Sí; Su Majestad ha enviado una cartera á monseñor; pero asi que supo este que esto lo hacia por mediacion de la Dubarry no quiso admitirla. Oh! Es cosa soberbia y los habitantes de París deberian levantarle un arco triunfal, pero como el choque que ha tenido que sostener era demasiado violento se ha puesto malo y es preciso cuidarle bien.

Despues que Rafté dijo estas palabras, conociendo de antemano que no tardaria en circular, se dirijió á su habitacion, y al cabo de un cuarto de hora todo Versalles estaba enterado de la noble conducta y jeneroso patriotismo del mariscal, quien dormia á pierna suelta sin soñar siquiera con la popularidad que acababa de granjearse, gracias á su secretario.

FIN DEL TOMO VII.